

SERGIO BIZZIO

Un lugar precioso



SERGIO BIZZIO

Un lugar precioso

*Les habían dicho que estaba
bueno y fueron para allá*

Radiografía de la pompa



RANDOM HOUSE

LES HABÍAN DICHO QUE ESTABA BUENO Y
FUERON PARA ALLÁ

El pueblo era mínimo: un puñado disperso de casas en el bosque, en las que vivían los locales desde hacía décadas; una cuadra de construcciones nuevas, que constituían “el centro”; y un hotel frente al mar, también nuevo. Tenía además dos playas, regalo geográfico del que carecían las ciudades vecinas, todas con una única franja de arena parcelada y enhebrada a lo largo de la costa y que se veía recta aunque no lo fuera. Aquí la forma en medialuna de cada una de las dos playas podía apreciarse a simple vista, separadas una de la otra por un brusco angostamiento del terreno, como las alas de un pájaro dibujado por un niño. El turismo recién empezaba a descubrirlo. Por el momento, no había absolutamente nada que hacer allí para quien no estuviera enamorado de otro, o del silencio y la soledad. Jota y Efe cumplían con ambos requisitos.

Habían alquilado una casita en el bosque, a trescientos metros del mar. Estaban contentos; era la primera vez en años que se daban el gusto de salir de vacaciones. Si se hubieran demorado un año más, según dijo Efe mientras caminaban por una calle de tierra blanda, en dirección al mar, él llevando una sombrilla y dos sillitas plegables y ella una canasta con un termo de agua caliente, el mate, una lona y un libro, no hubieran podido hacerlo; el pueblito estaba casi listo ya para dar un salto directo a la exclusividad. Eso era algo que no se adivinaba en el estilo de las construcciones recientes, ni en los espacios adinerados que podrían abrirse en el bosque, sino en lo que

de ellos flotaba en el aire, según dijo Efe. Jota lo escuchaba y asentía en silencio, mirando a un lado y a otro, sin comprender del todo qué era lo que decía y a la vez comprendiéndolo perfectamente, solo que sin llevarle el apunte.

Su especialidad, la de Efe, era la crítica literaria, pero opinaba sobre cualquier cosa que se le pusiera delante. Tenía opiniones para tirar al techo; a algunas las sacaba de la galera, a otras del bolsillo, donde atesoraba una gran cantidad de opiniones formadas, definitivas e inmunes a las marchas y contramarchas del mundo, que desenvolvía y ofrecía como si fueran caramelos. Al escribir usaba tantos adjetivos que parecía dueño de una ferretería del lenguaje.

Jota lo quería. Pero el amor de Jota no tenía en cuenta las cosas en las que Efe se destacaba, sino la suma de fallas por entre las que se abría paso para cebarle un mate, para abrazarla o para interesarse por sus minucias cotidianas. Entonces era el hombre más encantador del mundo. Podía estar escribiendo, o pensando (pensaba mucho, muchísimo) en un asunto de la mayor trascendencia, que lo dejaba en el acto para atenderla si ella se quemaba un dedo o si despertaba sobresaltada de una siesta en el sofá.

Así que, por fin, ahí estaba la playa, las playas. En la primera playa, que era hacia donde los llevaba el camino, no había nadie, o casi nadie: una mujer sentada en la arena sobre una lona y dos chicos que jugaban a la pelota en la orilla. Eran las diez de la mañana. El cielo y el mar estaban planchados, los dos del mismo color; de no ser por un barco, perfectamente apoyado sobre la línea invisible del horizonte, se hubiera dicho que aquello era tan vertical como una pared. No soplaban ni la más mínima brisa.

Efe entrecerró los ojos y aspiró el perfume de los pinos y del mar, estacionados en una sola capa a la altura de su nariz. Y entonces, de pronto, Jota dijo:

—¿Aquella no es Ce?

—¿Cuál? —preguntó Efe. La pregunta era absurda: no había otra mujer en toda la playa.

“No, no, no”, se dijo Efe hablándose a sí mismo cuando vio que efectivamente era Ce, “decime que no es verdad”.

No lo podía creer. Sintió el impulso adolescente de correr y tirarse de cabeza al agua así como venía, con la remera puesta, incluso sin soltar las sillitas y la sombrilla.

Un mes atrás Ce y él habían tenido un encuentro sexual bastante salvaje; volaban plumas. Fue solo una vez, pero la culpa que sentía Efe por haber engañado a Jota no se había apaciguado todavía. Y de pronto ahí estaba Ce, sentada sobre una lona, abrazada a las rodillas, mirándolo. Parecía tan sorprendida como él.

En respuesta al brazo enérgico con el que Jota la saludaba desde lejos, Ce alzó apenas una mano, una mano seria, incrédula, y enseguida la llevó de nuevo a su lugar alrededor de las rodillas.

A Jota le pareció que limitarse a un saludo con el brazo era poco menos que descortés, si no grosero, teniendo en cuenta que los tres se conocían y que eran los únicos en la playa. Ce y ella no eran amigas, pero habían coincidido decenas de veces en eventos de toda clase a lo largo de los años y habían bebido y charlado como si lo fueran. Ce incluso había estado una mañana en su casa, tras un encuentro casual en la calle donde vivían. Efe le sirvió café, Jota le mostró el jardín y le regaló un brote de una planta transparente que

parecía de cristal y que a Ce le había llamado la atención. ¿Cómo no se iba a acercar?

Efe dejó caer la canasta en señal de que ahí se plantaba, pero Jota le dirigió una mirada fulminante, y no tuvo más remedio que seguirla.

Para él fueron treinta metros infinitos. Los recorrió a paso de tortuga, clavando en la arena todavía tibia un talón después del otro, con los dedos de los pies doblados hacia arriba, como si estuviera quemándose.

—¡Qué sorpresa! —dijo Jota.

—¿Cómo andan? —dijo Ce sin levantarse.

—Bien, ¿vos?

—Acá.

—¿Hace mucho que estás?

—No, llegué el jueves. ¿Ustedes?

—Anoche.

—Qué casualidad.

—Sí, ¿no?

—Hola —dijo Efe, que llegaba con retraso.

—Hola.

—Vino el jueves —le contó Jota.

—¿Ah, sí?

Jota se dejó caer de rodillas sobre un borde de la lona.

—¿Alquilaste?

—No, estoy en el hotel. ¿Ustedes?

—Alquilamos una casa en el bosque. Bueno, por lo que veo todo acá es bosque. No habíamos venido nunca.

—Yo tampoco.

—Es muy lindo.

—Precioso.

—¿Viniste sola?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Bien, todo bien, tranquila.

—Por lo que alcanzamos a ver no hay ningún lugar donde cenar, ¿no? Ningún restaurante, quiero decir.

—Sí, hay uno en el hotel, y se come bastante bien. Y enfrente de la otra playa, cien metros para adentro, hay un bar donde hacen sándwiches de milanesa de medio metro de largo. Yo comí uno. Se los recomiendo.

Efe les dio la espalda y paseó nerviosamente la vista por el mar, a un lado y al otro, arriba y abajo, como ante un paisaje al óleo de grandes dimensiones. Por adentro insultaba.

Dejó de prestar atención a lo que decían, hasta que Jota soltó una carcajada. ¿Qué había dicho Ce para que Jota la festejara así? Su risa, alegre, exuberante, amistosa, segura de sí misma, lo fastidió todavía más de lo que ya estaba. La agarró suavemente de un brazo y le dijo con voz de enfermo:

—¿Vamos?

—Sí —dijo Jota. Y agregó dirigiéndose a Ce—: Bueno, nos vamos a armar el campamento. Cualquier cosa estamos allá.

Se apartaron, no tanto como hubiera querido Efe (la extensión de la playa no ayudaba), pero sí lo suficiente para que Jota sintiera que Efe la arrinconaba contra las rocas que separaban una playa de la otra; frenó y volvió unos cuantos metros sobre sus pasos.

Efe clavó la sombrilla en el lugar que Jota le indicaba y se sentó a medias bajo su sombra, mudo. Si Ce no estuviera allí, su comportamiento hubiera sido muy distinto: habría ido corriendo a tirarse de cabeza al agua, habría nadado con energía hasta la rompiente y de allí otra vez hacia la orilla, hasta encallar, y habría ido en busca de Jota riéndose de sí mismo y deteniéndose de tanto en tanto para dar unos saltitos sobre un pie, con un oído tapado... Nada de eso había ocurrido esta vez. Efe se había comprimido en la sillita. Daba la impresión de que de un momento a otro empezaría a echar humo por las orejas.

Jota le preguntó si le pasaba algo.

—¿En qué sentido? —dijo él.

—Estás de malhumor. Te pusiste de malhumor ni bien pisamos la playa. Y además fuiste muy descortés con Ce, no le diste ni la hora.

—Me duele la espalda. Manejé quinientos kilómetros y dormí mal. Los avisos de alquiler deberían obviar el dato de la parrilla y la cercanía del mar y poner qué clase de colchón tiene la cama. ¡Este colchón tiene un centímetro de alto!

—Pero anoche —dijo Jota con voz sensual— no pareció molestarte. Al contrario, se te veía muy entusiasmado. ¿Querés tomar mate? ¿Querés ir al agua? ¿Qué querés?

Aceptó unos masajes. Después, cuando Jota le propuso ir a nadar, dijo que sí, que fuera yendo, que enseguida la alcanzaba. Tenía algo en mente, agregó haciendo unos circulitos con un dedo a la altura de la sien. Jota puso los ojos en blanco y se alejó haciendo chirriar los pies en la arena.

Efe quedó pensativo, pero pensativo con la mente en blanco; masticaba literalmente los granos de arena de la mala suerte que

tenía. No se tranquilizó hasta un buen rato después, cuando dio vuelta la cabeza en dirección a Ce y vio que ya no estaba. Se había ido.

Miró la hora en el celular: once de la mañana. Lo arrojó hacia la canasta, embocándolo en el primer tiro, y fue al encuentro de Jota, que salía del mar con la vista gacha, retorciéndose el pelo. Reanimado, la tomó sorpresivamente de la cintura, la llevó de vuelta al agua y la hizo caer con él.

Al mediodía volvieron a la casa. Efe hizo unas pastas, bebieron una botella de vino (él admiró una vez más la elegancia con la que ella levantaba la botella, como si la botella se levantara con sus propios pies) y durmieron la siesta abrazados, durante los minutos previos al sueño; entonces los cuerpos transpirados se separaron buscando el aire del ventilador y ya no volvieron a juntarse. Cuando despertaron eran las cuatro de la tarde.

—Dios mío —dijo Jota—, cómo dormí.

Efe no había dormido tanto como ella. Se la había pasado pensando en lo que podía hacer para evitar un nuevo encuentro con Ce, al menos en lo que restaba del día. Durante la siesta aceptó que, a lo largo del tiempo que pasarían allí, sería imposible que no se la encontraran un cierto número de veces. ¿Cómo reducir ese número al mínimo? En un pueblo tan pequeño como aquel las opciones eran pocas. Por empezar, Jota querría ir al centro y cenar en el restaurante del hotel, donde sería inevitable un encuentro con Ce. A cambio, él podía proponerle un paseo por los alrededores, es decir, por el bosque. Era una buena idea, pero de corto alcance: no podía pretender que Jota lo siguiera en la aventura de pasar las vacaciones caminando entre los árboles. Podía usarla una vez, a lo sumo dos. Y

esta no parecía la ocasión más apropiada. Tenía que disuadir a Jota de ir esa noche al restaurante del hotel donde se hospedaba Ce. Si iban al restaurante y Ce estaba allí, sola, estudiando la carta, o si entraba un momento después, Jota la invitaría a sentarse y a cenar con ellos. Y Ce no podría negarse, sería muy antipático de su parte; en una segunda ocasión sí, con cualquier excusa, pero no en la primera, aunque sería maravilloso que lo hiciera y que Jota se ofendiese. Así que ahí estaba el primer escollo. ¿Qué hacer? Le dijo a Jota que iba a comprar carne para un asado y salió sin darle tiempo a que dijera nada, ni a favor ni en contra.

Un hombre que pasaba en bicicleta le indicó dónde había una carnicería, trazando con un dedo una línea imaginaria de derecha a izquierda y continuándola con un dedo de la otra mano, tan lejos estaba. Pero el trayecto resultó más breve que la indicación. Compró un pescado (la vaca llegaba al otro día), unas verduras y una bolsa de carbón y volvió sin ningún problema, con excepción de un perro silencioso y tenso que lo siguió hasta la puerta.

Jota acababa de ducharse. Se había puesto un vestido de hilo de una sola pieza, con la bikini debajo, y se había recogido el pelo en un rodete. Parecía diez años más joven. Los dos tenían la misma edad, que sumadas daban un siglo.

—Compré pescado. Nunca hice pescado a la parrilla. ¿Querés preparar un trago mientras prendo el fuego?

—Efe, son las cuatro y media de la tarde. ¡Vamos a la playa, es la mejor hora! Hay tiempo de sobra para cenar. Preparé unos sándwiches... —agregó Jota señalando la canasta, ya lista junto a sus pies.

—Pero el pescado...

—Lo hacemos a la vuelta, ¿qué apuro hay?

Efe quedó unos segundos en silencio, otra vez pensativo. ¿A qué playa iría ahora Ce?

Calculó que Ce iría de nuevo a la primera playa, por la sencilla razón de que estaba enfrente del hotel. Lo único que tenía que hacer Ce para ir a la playa era salir del hotel, cruzar la calle y tirarse en la arena. Para ir a la otra, en cambio, debía caminar cien o ciento cincuenta metros... ¡Dios mío, cien metros no era nada! Sí, no era nada, y al mismo tiempo lo era todo; confiaba en eso. Jota y él podían ir a una playa o a otra porque la casa que alquilaban estaba a trescientos metros del mar, y para ellos caminar trescientos metros o cuatrocientos daba lo mismo. Además, *querían* caminar. Pero a Ce no podía darle lo mismo caminar veinte metros que cien; eso era caminar cinco veces más. En definitiva: Ce iría a la misma playa de la mañana. Así que propuso ir a la otra. Y allá fueron.

Ce estaba ahí.

“La concha de la lora”, se dijo Efe.

Había alguien con ella, un hombre joven que, a juzgar por la vestimenta (zapatos, jean, camisa blanca impecable, reloj) y por la posición (de rodillas sobre la lona, con el trasero apoyado en los talones), acababa de llegar. ¿O estaba a punto de irse? Charlaban. El joven, con cada cosa que decía o ante cada cosa que escuchaba, inclinaba la cabeza sobre un hombro y sobre el otro como un péndulo, muy sonriente. Sí, acababan de conocerse. Mejor. No era buen momento para acercarse a saludar.

Efe clavó la sombrilla lo más lejos que pudo y la inclinó para quedar oculto a los ojos de Ce. Podría haber pasado toda la tarde así, leyendo, fingiendo que leía, pero Jota lo agarró de un brazo con

las dos manos y lo arrancó de la sillita en la que se había hundido. Quería ir al agua. Efe no pudo negarse.

A mitad de camino Jota dio un salto y se le subió a la espalda. Él la sostuvo de las piernas. Era una mujer menuda, liviana, pero su energía contrastaba con el letargo de aquellos viejos jóvenes y jóvenes viejos desparramados por la playa, todos quietos y callados, a los que llamaba la atención. Ce también debía estar mirándolos. Eran unas treinta personas, treinta y una contando a Ce, más del doble de los que había esa mañana en la otra playa. El número le resultó alentador. Mientras menos solos estuvieran, más solos podían estar.

A pesar de eso no salió del agua hasta media hora después de haberse metido, cuando vio que Ce y el joven de camisa blanca se iban.

Jota hacía rato ya que estaba parada en la orilla, tiritando.

—Primero no querés entrar y después no querés salir —le dijo.

—Soy como los chicos —respondió él de buen humor.

Se pasearon ida y vuelta a lo largo de la playa tomados del brazo, Efe mirando a lo lejos, Jota mirando al suelo (no había un solo caracol).

—Tenés una uña más larga que la otra —le dijo de pronto Jota.

Efe se detuvo y se miró los pies.

La uña del pulgar izquierdo era mucho más larga que la del pulgar derecho.

—¿Trajimos alicate?

—No.

—¿Habría una tijera en la casa?

—No creo. Igual no importa, te queda lindo —le dijo ella en tono burlón.

Al atardecer, mientras volvían, Jota dijo, tal como Efe temía, que le gustaría ir a cenar al restaurante del hotel. Él le recordó que iba a hacer un pescado a la parrilla. A ella le dio pena contradecirlo.

Efe no había hecho nunca nada a la parrilla. Si no hubiera sido por Jota, que agregó unas piñas a la pila de carbón y papel, habría estado hasta el otro día tratando de encenderlo. Cuando tuvo brasas suficientes las acumuló debajo del pescado, que se doró enseguida y que, ni bien trató de darlo vuelta, se rompió en miles de pedacitos grises.

Comieron puré de pescado. Después, para ganarle de mano (Efe sabía que Jota querría ir al centro), desempolvó la idea del paseo por los alrededores.

Jota asintió con la cabeza, contrariada. Nunca se le hubiera ocurrido ir a caminar de noche por un bosque. Pero bueno, ¿por qué no?

Mientras tuvieron la luz de la casa detrás, anduvo todo más o menos bien; les bastaba con mirar a un costado para ver el resplandor y sentirse seguros. Pero el camino torcía a un lado y a otro y en determinado momento ya no la vieron más. No había luna, la oscuridad era total. Llevaban una linterna que habían encontrado en un cajón de la cocina y aun así no se veía nada.

Y si no se sabe adónde se va, no se sabe tampoco dónde se está. Así que decidieron volver. Lo hicieron a paso rápido, embocando el camino más que reconociéndolo.

—Hagamos esto de día —dijo Jota—. Ahora ya estoy un poco cansada, pero mañana a la noche vamos a cenar al hotel.

—Debe haber algún otro lugar donde comer...

—Ce dijo que era el único.

—¿Y cómo puede estar tan segura, si llegó apenas dos días antes que nosotros?

—¿Te parece que se necesita más tiempo que ese para conocer el pueblo?

—Sí. Sobre todo si te pasás el día en la playa. Mañana voy a averiguar. Estos pueblitos suelen tener lugares escondidos de lo más encantadores. Sin ir más lejos, hoy a la tarde compré el pescado en un mercadito que parecía un shopping. Había de todo. Era carnicería, farmacia, boutique. Vendían hasta tablas de surf. Y mirá que desde que estamos acá no vi ni media ola.

¿Qué haría al día siguiente? ¿A cuál de las dos playas convendría ir? A Jota le daría lo mismo; no había ninguna diferencia entre una y otra; la primera, frente al hotel, era apenas un poco más corta; la segunda un poco más ancha. Eso era todo. Así que la decisión quedaba en sus manos. Tenía que acertar con la playa a la que iría Ce, para ir a la otra.

Los datos que arrojaba el día que acababa de terminar (Ce había ido por la mañana a la primera playa y por la tarde a la segunda) permitían sospechar que Ce *también* quería evitarlos. Habiéndolos encontrado a la mañana en la primera playa, a la tarde se mudó a la segunda, calculando que él repetiría la primera. Eso era justo lo que había pensado Efe. Fallaron los dos. Ahora, ¿cuál sería la próxima?

Si Ce estaba en ese momento pensando lo mismo que él, optaría por ir de nuevo a la segunda, segura de que él iría a la primera,

considerando acertadamente que ella no querría dar la impresión de estar evitándolos adrede, con tantos cambios de playa.

Sí, él iría a la primera.

Y con la decisión ya tomada, se durmió.

Llegaron temprano. Tanto que fueron los primeros. Habían comprado medialunas en la carnicería y tomaron mate leyendo, él una revista de arquitectura, de Jota, y ella una novela, de él.

Como la diseñadora obsesiva que era, Jota dejó pronto la lectura para examinar la tapa y la contratapa del libro y la tipografía y todo lo demás, hasta el último detalle. Efe hacía de tanto en tanto algún comentario impertinente sobre la sintaxis de los textos que acompañaban a las fotos. De pronto Jota alzó un brazo y sacudió el libro en el aire. Ahí estaba Ce.

Efe negó milimétricamente con la cabeza. Había fallado otra vez.

Ce se detuvo un instante al verlos, pero ahora caminaba decidida hacia ellos.

Llevaba puesto un sombrero color crema, de ala ancha, anteojos negros y un vestido transparente, con la malla debajo. En una mano traía la lona, arrastrándola por la arena.

—Hola, ¿qué tal? —dijo sin entusiasmo—. ¿Qué hacen?

—Bien, ¿vos? —dijo Jota—. ¿Cómo estás?

—Lo más bien, tranquila. Hola, Efe.

—Hola.

—Te vimos ayer con un muchacho muy buenmozo —dijo Jota.

—Ah, sí, mi hijo.

—¿Tu hijo?

—Sí.

—Pero... ¿qué edad tiene?

—Treinta.

—¿Treinta? ¿Vos qué edad tenías cuando lo tuviste?

—Diecisiete.

—Ah, no sabía que habías tenido un hijo de tan joven.

—Fue lindo. Lo crio mi mamá. Yo salía todas las noches a bailar y volvía contentísima sabiendo que lo iba a ver.

—No te creo —dijo Jota después de pensarlo.

—Un chiste —respondió Ce sin reírse—. Tiene veintidós.

—Eso me pareció. Y al mismo tiempo me pareció un poco más grande. Pensé que estabas...

—Ja ja, no.

—Es muy buenmozo.

—Eso dicen todos. Y yo también. Terminó este año la carrera de Diseño. “¿Sabés quién está allá?”, le dije. “Jota U”. Se le cayó la mandíbula. “¿Querés que te la presente?”. Pobre, no quiso, le dio vergüenza.

—¡Llamalo, decile que venga!

—Se fue con el padre, que está en un balneario más allá. Pasó a saludarme.

—¿Se llevan bien?

—¿Mi hijo y yo?

—Vos y el padre.

—Sí, qué se yo, ni bien ni mal.

—¿Querés una medialuna?

—No, gracias, desayuné recién en el hotel. ¿Cómo la están pasando? —agregó dirigiéndose a Efe.

—Genial.

Jota cebó un mate y se lo alcanzó. Ce lo rechazó con un gesto de la mano.

—Si no lo toman a mal —dijo—, me voy a ir para allá a descansar y tostarme un poco. Anoche se tildó el aire acondicionado en doce grados y casi no pude dormir del frío que pasé.

—Uh —dijo Efe. Sentía que tenía que decir algo y no encontraba la oportunidad.

—Quería saludarlos, nomás —dijo Ce—. Bueno, nos vemos. Que la pasen lindo.

Y se alejó arrastrando de nuevo la lona por la arena.

—Me cae bien —dijo Jota.

—¿Un chapuzón?

—Andá vos, yo no tengo calor todavía, es muy temprano.

El mar seguía planchado. Mejor así. Efe entró al agua hasta que no hizo pie y se puso a nadar en paralelo a la orilla. No era un buen nadador, no tenía fuerza ni estilo, pero la rabia que le daba la simpatía de Jota por Ce lo impulsó casi hasta el final de la playa, donde pegó la vuelta.

Nadaba pensando. ¿Cómo era posible que no acertara en la elección de la playa? Si tuviera que apostar a color en el casino saldría arruinado. Los días de playa, para colmo, eran días dobles: iban a la playa a la mañana, se retiraban al mediodía, y volvían a la tarde. Deseó que lloviera. Si la lluvia era intensa se quedarían en la casa. Si era nada más que una llovizna, irían al centro. De hecho, todavía no habían ido ni una sola vez, no lo conocían. Jota querría ir después del almuerzo, sin duda. Y luego de vuelta a la playa. Esta vez él elegiría la segunda. Si tenía suerte, bien; si no, Ce

comprendería el mensaje. ("Medio día en cada playa... Medio día en cada playa..."). Ah, si pudiera hablar un minuto a solas con ella para ponerse de acuerdo.

¿Por qué las playas eran tan cortas y estrechas? ¿Y por qué eran solo dos, y no tres? El cuestionamiento a la naturaleza le disparó una idea brillante y ridícula a la vez: ir a una tercera playa. Había decenas de playas a lo largo de la costa. Tenían de sobra para elegir. Y ni siquiera debían alejarse mucho: podían ir en auto al pueblo vecino, a un tiro de piedra de allí. La parte ridícula llegaría cuando Jota le preguntara por qué ir al pueblo vecino, más grande y ruidoso, habiendo alquilado una casa en este, justamente porque era pequeño y tranquilo, y además con dos playas hermosas. Él no sabría qué argumentar. No se caracterizaba por ser un hombre de acción, inquieto y aventurero. No obstante, decidió que al día siguiente lo propondría como "excursión".

Pero ahora tenía que ocuparse del resto del día. Almorzaron en la casa y, tal como había previsto, fueron a dar un paseo por el centro, tomaron café en un bar, y a pedido de Jota entraron a conocer el restaurante del hotel. Después (Efe con el corazón acelerado todavía) volvieron a la casa, agarraron la sombrilla, las sillitas y la canasta y caminaron hasta la segunda playa.

Había mucha más gente que el día anterior. Mientras Jota cebaba mate, Efe se puso anteojos negros para que Jota no captara su ansiedad y miró a los veraneantes uno por uno, buscando a Ce. No estaba. Se quitó los anteojos, aliviado, y en ese mismo momento la vio aparecer. Bajaba la calle arrastrando la lona, como siempre. Afortunadamente, ni bien Ce puso un pie en la arena y los vio, dio media vuelta y se fue.

Jota no advirtió nada. Efe, aunque satisfecho con la comprobación de que Ce prefería evitarlos, tanto como él a ella, no daba crédito a lo equivocada que resultaba siempre su martingala. No pegaba una. ¿Tendría que elegir A sabiendo que era mejor B para ir a A y acertar?

La mañana siguiente, lunes, su deseo de lluvia se cumplió con creces. La tormenta fue tan fuerte que no salieron de la casa en todo el día.

El martes amaneció despejado. Efe propuso entonces visitar el pueblo vecino. Esperaba que Jota se resistiera, pero no lo hizo, y a él le dolió en el alma el aire de resignación con el que preparó la canasta, sumándole una bolsa con dos abrigos, uno para ella y otro para él, por si refrescaba.

A Jota el comportamiento errático de Efe (cambiar de playa a cada rato, caminar de noche por el bosque, aceptar ensimismado un paseo por el centro, negarse a una cena en el restaurante del hotel, sus silencios, sus cambios repentinos de humor, su deseo de que llueva —lo había dicho dormido—, a lo que se sumaba ahora la propuesta de pasar el día en el pueblo vecino) empezaba a preocuparla. Ni bien Efe se detuvo para cargar nafta en una estación de servicio al costado de la ruta, aprovechó para llamar a Linda, su hermana.

—Efe está muy raro —le dijo.

—Dejalo, venite ya mismo para acá —dijo Linda.

Jota se quedó helada.

—¿Cómo?

—Que lo dejes y te vengas para acá —repitió Linda—. Hace años que te lo digo.

—No, nunca me dijiste algo así...

—¿Segura?

—Sí.

—Creía habértelo dado a entender.

Se hizo un silencio.

Jota preguntó:

—¿Y cómo están ustedes?

—Bien, de lo más bien, bárbaro. Anoche fuimos a una fiesta, bailamos hasta las nueve de la mañana. Recién llegamos.

—Te dejo, ahí viene Efe. Trae una caja de alfajores.

El pueblo vecino era una marea inhumana. Había tantos autos en todas partes que les llevó un buen rato encontrar un hueco donde dejar el de ellos. Y lo mismo la playa: para ocupar un metro cuadrado donde clavar la sombrilla tuvieron que negociar con una decena de personas, todas hostiles. Finalmente desplegaron las sillitas y fueron a darse un baño.

—Por fin un mar con olas —comentó Efe zigzagueando en dirección al agua. Iban agarrados de la mano, como si pudieran perderse.

Había tablas de surf, flotadores de toda clase, motos de agua, un avioncito que iba y venía promocionando una discoteca, etcétera; no faltaba nada. Jota y Efe barrenaron una ola que los depositó en la orilla y volvieron a sentarse en las sillitas.

Se quedaron un rato allí, completamente mojados (no habían llevado toallas), mirando un partido de pelota-paleta que jugaban dos señores de sunga en una cancha marcada en la arena. Llamaba la atención lo inhábiles que eran y la precisión con la que, sin embargo, evitaban golpear con la pelotita a la gente que cruzaba la cancha en todas direcciones.

—Se va el mar —dijo de pronto Jota.

Sí, bajaba la marea. El mar se retiraba a una velocidad que podía calificarse de sorprendente. En un abrir y cerrar de ojos la playa se amplió varios metros. El apretujamiento de gente empezó a descomprimirse, moviéndose hacia la franja liberada.

Jota aprovechó la bajante para ir en busca de caracoles. Le encantaba el diseño de los caracoles de mar, de todos los caracoles en realidad, fueran de donde fuesen, incluso el de aquellos que no eran más que una cáscara esférica verdinegra y sin gracia.

Efe quedó solo. Sacó el celular de la canasta y abrió su cuenta de Facebook. “Ups”, dijo, “un pedido de amistad”. Lo aceptó. Encontró un mensaje del autor de un libro que había criticado duramente semanas atrás: “Vení vos a inventar un lenguaje nuevo, forro”. Después se puso a leer algo que una psicoanalista amante de la literatura seria había escrito sobre la novela de moda, haciendo gala de un humor también serio.

Entonces escuchó que Jota le decía:

—Mirá con quién me encontré.

Levantó la vista.

Ce le hizo una rápida mueca de sonrisa. Traía en la mano un caracol plateado.

“¿Me estaré volviendo loco?”, se dijo Efe. “¿Qué hace acá?”.

—¿Podés creer que vi primero el caracol y recién después a Ce? —dijo Jota.

—Ah, bueno, gracias por el cumplido —dijo Ce con ironía.

—No, no quiero decir eso —contestó Jota riéndose—. Iba en modo caracol.

Ce le puso el caracol plateado en una mano y le dijo:

—Tuyo.

Jota lo aceptó con una inclinación de la cabeza.

—Sentate, tomemos unos mates.

—No, no, gracias, estoy allá con amigos... —Era evidente que mentía, estaba sola—. Pero... —agregó y se detuvo, pensativa. La pausa hizo que a Efe se le erizara la piel—. ¿Quieren que cenemos esta noche en el hotel?

—¡Me encantaría!

—Los espero a las ocho y media.

—Perfecto. Nos vemos ahí.

—Qué macana —dijo Efe apenas Ce se alejó—. Yo tenía ganas de cenar acá, en uno de esos chiringuitos sobre la playa. Y después ir a bailar.

Jota soltó una carcajada.

—¿Bailar? ¿Pero qué bicho te picó?

—¿No tenés ganas de bailar?

—¡No! ¿Por qué voy a tener ganas de bailar?

—Qué se yo, porque es lindo, porque hace bien, porque hace mucho que no bailamos. Juntos, quiero decir. Mil veces llego a casa y te encuentro bailando sola.

—¿De verdad querés que nos metamos en una discoteca donde el más viejo tiene veinte años?

—Y sí. ¿Qué tiene de malo? No vamos a cometer ningún delito.

Jota hizo un silencio, aunque no pensaba en nada. Simplemente no lo podía creer.

—No —dijo después—. No tengo ninguna gana de ir a bailar.

—¿Y a comer en el chiringuito aquel? —preguntó Efe en un hilo de voz.

—Tampoco.

—¿Segura?

—Segurísima.

—Mirá que no vamos a venir todos los días, eh.

—Mejor.

Efe ya no insistió. Fingió sentirse herido, apagó el celular, sacó el libro de la canasta y se puso a leer.

Jota, mientras preparaba el mate, se dio cuenta, mirándolo de reojo, de que no leía: pasaba las páginas demasiado rápido. Le alcanzó un mate y le preguntó en qué pensaba.

—En lo que leo —dijo Efe—, en qué voy a pensar.

—Estás enojado.

—No, no, enojado no, lo que pasa es que te noto rara.

—¿A mí?

—Sí, no querés hacer nada de lo que te propongo. Todo te parece mal.

—Es cierto, algunas cosas me parecen mal. Todas no. Y sin embargo las hago.

—A mí me gustaría que te parezcan bien, aunque no las hagas.

—Ay, mi amor, ¿así comentás los libros que leés?

Efe la miró fijo, con una levísima inclinación de la cabeza, como si mirase por encima del marco de unos anteojos. No usaba anteojos.

Tenía una vista perfecta.

—¿Querés ofenderme?

—Sí —dijo ella.

Y por un momento quedaron mirándose inmóviles; hasta que Jota dejó escapar por la nariz una carcajada a presión que enseguida se difundió por toda su cara y contagió a Efe, haciéndolo abrir la boca y sacudir los hombros; pero sus ojos seguían serios.

Jota le echó los brazos al cuello.

—Está bien, vamos a bailar. Llamo al hotel para que le avisen a Ce que nos disculpe, que tuvimos un problema con el auto.

—Estaba pensando en eso.

Y tuvieron, efectivamente, un problema con el auto. Después de comer rabas y papas fritas en el bar al que Efe llamaba chiringuito y de bailar sin pausa, los dos de pantalón corto y con los abrigos puestos, durante más de una hora en una disco en la que tuvieron un éxito inesperado (adolescentes que se filmaban y fotografiaban bailando con ellos y les regalaban tragos de todos los colores), el auto, que seguía en el mismo lugar donde lo habían dejado por la mañana, a varias cuadras de la disco, no arrancó. Pero tuvieron suerte. Un mecánico ique justo pasaba por ahí! manejando su camión de auxilios y al que detuvieron con señas desesperadas les cambió un fusible y volvieron al pueblo sin ningún problema.

La habían pasado genial. Estaban agotados. Lo único que dijo Jota durante el viaje de regreso, con voz pastosa, fue:

—Tenías razón.

Efe no respondió, estaba tan cansado que no pudo ni abrir la boca.

Al día siguiente se levantaron pasadas las doce. Deambularon un rato por la casa arrastrando los pies, sin saber muy bien qué hacer.

Hacía años, décadas, que no dormían hasta tan tarde. Jota se levantaba a las nueve de la mañana, ni un minuto más ni un minuto menos, como un relojito. Desayunaba sin apuro, se ocupaba de las cosas de la casa (contaban con la ayuda de una mucama tres veces por semana), y a las diez se iba al estudio a trabajar. Efe se levantaba a las siete. Leía, escribía un comentario o una nota, todo sobre la más estricta actualidad, y salía a caminar.

Si tenía suerte y durante la caminata se le ocurría algo, una idea, un tema, le daba forma mentalmente y perdía la noción de hacia dónde iba; si no, seguía el rumbo trazado con anterioridad, tanto de ida como de vuelta, sintiendo que las piernas le pesaban y que no había nada, absolutamente nada en ninguna parte.

Lo único que lo alegraba era el regreso de Jota, al atardecer. Le servía la comida, se interesaba en sus cosas, se abrazaba a ella en la cama y la sentía irse, dormirse, algo que él no conseguía hasta un buen rato después.

Ahora que el hábito de despertarse a las siete había fallado, y que Jota, por primera vez en mucho tiempo no se levantaba a las nueve, parecían sonámbulos, se llevaban por delante al pasar; pero estaban satisfechos y ligeramente felices.

Jota había bailado con un desenvolvimiento fuera de serie. La luz estroboscópica, el vestuario y su desaliño la habían hecho parecer diez o quince años mayor de lo que era, por lo que sus contorsiones de envenenada, muy al estilo Iggy Pop, habían llamado enseguida la

atención de los jóvenes, aunque ella no era consciente de eso. Tampoco fue consciente de haber tomado tres de los muchos tragos largos que le ofrecían cuando aceptó el cuarto; Efe se lo hizo notar.

Él no había bebido nada, ni una gota, sabiendo que lo esperaban el auto y la ruta, pero aun así el empeño que había puesto en la disco para seguirle el tren y no quedar como un zombi al lado de ella había sido realmente extraordinario. Jota se sentía borracha todavía.

Salieron de la casa y se sentaron en las sillitas a tomar un poco de aire en el jardín, si es que podía llamársele jardín a un espacio mínimamente abierto en lo compacto del bosque. Por un momento ninguno dijo nada. Durante un segundo momento tampoco. No abrieron la boca hasta que una pareja que pasaba frente a la casa los saludó levantando las manos.

—Buen día —dijeron a dúo Jota y Efe.

—No sé qué hice con el caracol que me regaló Ce —dijo Jota.

—Debe estar en el auto.

—No, en la discoteca ya no lo tenía. Debo haberlo dejado en el plato de rabas. Me acuerdo que lo puse en el borde del plato para no olvidármelo. Y me olvidé.

—El mozo, cuando vino a levantar la mesa, te lo hubiera dicho. No, nos fuimos antes de que levantara la mesa. ¿Qué es lo que te gusta tanto de esas cositas?

—¿Casitas?

—Cositas. Casitas, sí. Tenemos la casa llena de esas casitas. Nunca te lo había preguntado. Doy por hecho que no por el mérito de la variedad en un diseño tan simple, esa es una idea un poco pueril, ¿no? ¿Qué es lo que...?

—El interior, la escalera. Rodando sobre si mismo el caracol fabrica una escalera. Con cada contorsión que hace para crecer fabrica un peldaño de su escalera de caracol. Los caracoles son escaleras.

Efe se quedó pensando.

—¿Pagamos? —preguntó Jota.

—Por supuesto. Y vos dejaste de propina un caracol. Una escalerita plateada.

—Qué raro que es el efecto del alcohol. Te hace olvidar hasta de cosas que pasaron *antes* de beber.

Sí, pero él no había tomado, y recordaba perfectamente la invitación a cenar que les había hecho Ce. La habría recordado aun si hubiera bebido como una esponja. Ce de pronto se había detenido, a punto de irse, y había dicho: “¿Qué les parece si cenamos juntos esta noche en el hotel?”. La detención indicaba un cambio repentino. Sin duda se le había ocurrido de pronto, y lo había pensado y decidido a la velocidad del rayo. Pero, si era verdad que hasta ese instante prefería evitarlos ¿qué la había llevado a terminar con el calvario (porque era un calvario, isi lo sabría él!) de prevenciones, excusas, cálculos y apuestas? No tenía idea. ¿Quizá el calvario mismo? ¿Había bajado los brazos, harta?

Él quería preservar la dignidad de Jota, la dignidad que él mismo había traicionado. Dicho de otra manera: preservar a Jota de la indignidad que le propinaba, a través de él, la presencia de Ce. Pero nunca se lo había planteado en esos términos, que hasta entonces parecían reservados al ámbito, si es que puede decirse así, del comentario de ficciones; esto era otra cosa. Y ni hablar del temor que sentía ante la posibilidad de que las vacaciones, si seguían viéndose a diario, en pequeños encuentros, entablando pequeños

diálogos, fueran el trampolín para una amistad duradera entre Jota y Ce. Eso sería el colmo de los colmos. Confiaba en que Ce no permitiría que la amistad, si se daba, empezando por el empujoncito final de una cena en el hotel, se prolongase más allá de las vacaciones... A menos que Ce fuera una mala persona y una perversa, y estaba seguro de que no lo era. Pero ¿cómo saber de antemano qué será duradero o pasajero, por más fuerza que haga uno en una dirección o en otra?

Durmieron una siesta de dos horas. Después, ya repuestos, se prepararon para la playa.

“Si Ce quiere bajar los brazos, allá ella”, se dijo Efe mientras ponía la bombilla y el mate recién lavado en la canasta. “Yo no puedo permitírmelo”. Y de pronto se le ocurrió una idea totalmente novedosa: preguntarle a Jota qué playa prefería, ya que él siempre erraba.

—Cualquiera, son las dos iguales —dijo ella.

—Bueno, sí, pero ¿a cuál querés que vayamos ahora?

—Me da lo mismo.

—¡Jota, por Dios, elegí una!

—La primera.

Allá fueron.

No habían almorzado, así que pasaron primero por una panadería en el centro y compraron sándwiches de miga y un cartón de jugo de naranja. Todo lo demás ya lo tenían. Antes de cruzar la calle se pararon un momento frente a una casa que Jota observó detenidamente, sin decir palabra. Después encararon hacia la playa.

Ce no estaba.

“Todavía puede venir, todavía puede venir”, se dijo Efe mientras clavaba la sombrilla en la arena.

Una hora después, a las cinco de la tarde, ya era evidente que eso no ocurriría: Ce debía estar en la playa de al lado, no había duda.

Con el acierto de Jota, que era también su acierto, Efe sintió que se quitaba un peso de encima. Había encontrado la fórmula. Era Jota la que tenía que elegir la playa. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Estaba cómodo por primera vez desde que habían llegado.

Era nada más que un día, era nada más que la mitad de un día, pero suficiente para que pasara el resto de la tarde entendiendo lo que leía y para que nadara sin pensar; no era poco. La caída del sol con su espiral nacarada, que bajaba como en tandas, acelerándose en el tiempo ínfimo de cada parpadeo suyo, coronó la tranquilidad que sentía. Faltó muy poco para que se quedara dormido.

Los veraneantes recogían sus cosas y se iban. Ya era de noche y empezaba a hacer frío. Unos barcos descansaban a lo lejos, a un centímetro por encima del horizonte, un horizonte por su parte muy cercano al suelo y que invitaba a tumbarse. Se oía el chuc- chuc de los peces con la boca fuera del agua, cazando insectos. Era el momento ideal para que pasara algo. Efe abrió los ojos.

Nada, estaba todo en orden.

Jota dijo:

—¿Vamos?

Efe cerró la sombrilla, plegó las sillitas y la siguió como un autómatas. Caminaba a un metro por detrás de ella. La silueta de Jota se recortaba contra las luces del hotel.

—Tendríamos que aprovechar que estamos acá para disculparnos con Ce por lo de anoche.

—No hace falta —dijo Efe—. Le dejaste un mensaje.

—Igual. Es muy desconsiderado no hacerlo personalmente.

Ya estaban casi en la puerta del hotel, una amplia puerta de vidrio, de doble hoja; desde afuera se veía la recepción, y al fondo un sector del restaurante. Algunas mesas ya estaban ocupadas.

Efe le dijo que presentarse a esa hora era poner a Ce en un aprieto: se vería obligada a invitarlos a pasar, y tal vez incluso a comer con ella. Jota le dijo que en ese caso le diría que no, que estaba muy cansada, que lo dejaran para mañana o para otro día; además no estaba adecuadamente vestida para ir al restaurante, con una remera que apenas le cubría el trasero, las piernas desnudas y una canasta en la mano. Y agregó:

—Esperame acá si querés. Es un minuto.

Ni bien Jota entró al hotel, Efe se apartó paso a paso y dobló en la esquina.

La calle lateral no debía tener más de treinta metros de largo y moría en otra calle, paralela a la playa. Fue hacia allí.

Lo sorprendió la actividad con la que se encontró. Para él, y para Jota, “el centro” estaba a la izquierda del hotel, sobre una calle perpendicular. Pero en esta había mucho más movimiento que en aquella. Fue todo un descubrimiento. Este era el verdadero centro.

Se sintió un cretino por haberse negado a una recorrida completa del pueblo. Hasta el momento habían ido solo a lugares puntuales: una panadería, y el centro equivocado. Mañana a la noche invitaría a Jota a dar un paseo por allí. Lo único que necesitaba era un poco de valor. Después de todo, prefería un encuentro casual con Ce en el centro, entre la gente, que un encuentro programado en el

restaurante. De ese modo mataría dos pájaros de un tiro: lavar la culpa y evitar la cena.

Una camioneta negra estuvo a punto de atropellarlo. “¿Por qué no hacen veredas en estos benditos pueblos costeros?”, se dijo. En la vidriera iluminada de una tienda ya cerrada vio un vestido que le gustaría mucho a Jota. Volvería mañana con ella y se lo compraría. Después la invitaría a tomar un trago en el bar de enfrente, lleno de chicos que se hablaban a los gritos por encima de una música que también gritaba, o en aquel otro, con mesitas en la vereda, que parecía más acorde a los de su edad.

¿Habría salido Jota ya? Se había alejado y había perdido la noción del tiempo. ¿Jota estaría esperándolo en la puerta del hotel? Fue hacia allá, ahora a paso rápido. Algo le decía que había pasado mucho más tiempo del que había calculado que le llevaría a Jota disculparse con Ce.

Pero Jota no estaba ahí parada esperándolo. Se arrimó a la puerta vidriada del hotel y miró hacia adentro, todo lo discretamente que pudo. Después se apartó, apoyó en el suelo las sillitas y la sombrilla y durante cinco minutos, diez minutos, quince minutos, trató de adivinar la razón por la que Jota se demoraba tanto. Había dos posibilidades: o Ce la había invitado a subir a su habitación y ahora mismo charlaban de lo más entretenidas en el balcón frente al mar, o la había hecho pasar al restaurante, a pesar de su vestimenta, y tomaban una copa juntas.

Efe se paró en mitad de la calle y miró hacia el hotel. Las luces de todas las habitaciones estaban encendidas. Había dos o más personas en todos los balcones, excepto en uno, que estaba a

oscuras. Esa debía ser la habitación de Ce. Era evidente que no estaban ahí.

Volvió a arrimarse a la puerta del hotel y, pegando casi la nariz al vidrio, escudriñó el sector de mesas a la vista. Tampoco estaban ahí. Pensó que tal vez se habían sentado en el sector del restaurante que quedaba oculto por la pared de la recepción y dio unos pasos a la derecha para ganar perspectiva. Al hacerlo golpeó el vidrio con la punta de la sombrilla. El conserje salió de atrás del mostrador, abrió la puerta y le preguntó si buscaba a alguien.

Efe dijo que sí. Buscaba a una mujer de pelo negro, cortado sobre los hombros, con una remera celeste y una canasta en la mano. ¿La había visto?

—Sí —dijo el conserje—, habló conmigo. Después estuvo un rato parada ahí afuera, como si esperara a alguien, y al final se fue.

Efe encaró para la casa.

A mitad de camino se cruzó con Ce. Ella no lo vio. Efe sabía que Jota se había ido sola del hotel, pero el hecho de no verla con Ce lo inquietó igual, y apuró el paso.

Entró a la casa. Jota no estaba. Recorrió la casa llamándola. De pronto se abrió la puerta de calle y Jota dijo a dúo con él:

—¿Qué pasó?

—¿Dónde estabas?

—¿Y vos? Salí del hotel y no te vi.

—Yo fui a buscarte y tampoco.

—Te esperé un rato y como no venías pensé que te había pasado algo, que necesitabas ir al baño o algo así, y que habías venido para acá, así que me vine yo también. Te llamé, pero tenía tu celular en la canasta. Y además apagado.

—Me preocupé —dijo él y la abrazó—. Qué raro que no nos hayamos cruzado en el camino...

—Es que vine por otra parte. No sabés lo movidita que es una calle que descubrí al otro lado del hotel. Me parece que ese es el centro, no donde creíamos nosotros.

Efe le contó su parte.

No podían creer que no se hubieran visto. Él lo creía todavía menos que ella. ¿Cómo era posible que se encontrara todo el tiempo con Ce, en todas partes, incluida la ciudad vecina, y no con Jota, la única vez que paseaban solos, en la misma calle y a la misma hora?

Le preguntó cómo le había ido con Ce. Aunque se había cruzado con Ce en el camino, podía ser que Jota hubiera hablado con ella un minuto antes.

—No estaba.

Al día siguiente Efe se levantó a las siete de la mañana y, por primera vez desde que habían llegado, se puso a trabajar en sus notas. Abandonó alrededor de las nueve sin que hubiera hecho ningún avance. Frustrado, agarró un poco de plata y fue a la carnicería a comprar medialunas para desayunar con Jota cuando despertara. En el camino de regreso se comió dos, dejó el paquete sobre la mesa y salió a estirar otro poco las piernas, yendo ahora en dirección contraria al mar. No encontró nada digno de atención y pegó la vuelta. Se sentó en el jardín. Al lado había una planta de menta; arrancó una hoja y la masticó pensativo. Le extrañaba que Jota durmiera tanto, pero más todavía le extrañó darse cuenta de que no sabía qué hacer sin ella.

Era una sensación nueva, fresca y pesada a la vez, una mezcla de menta y desamparo. Las vacaciones, históricamente pensadas como descanso del tiempo productivo, se habían convertido, no por culpa de Ce, sino por culpa de la coincidencia allí con ella, en una máquina imparable de estrés, remordimiento y simulación.

Su inexperiencia en la infidelidad lo hacía vulnerable a todas y cada una de las consecuencias envenenadas que la traición le arrojaba como dardos; entre ellas, el temor a ser descubierto. Estaba seguro de que Ce no diría una palabra sobre aquello y que, si la apretaban, no lo reconocería jamás. El problema era él, que lo vivía como un crimen. Si Jota ligaba su malestar a la presencia de Ce, sus preguntas podían llevarlo a embarazosas evasivas, y bastaría con que cometiera un mínimo error para que Jota tirara de ese error como de un hilito y lo descubriera todo. Y él confesaría. Y ella no lo perdonaría.

En definitiva, ya desde el arranque no era un buen día.

Pero ¿qué le pasaba a Jota que seguía durmiendo? Fue al cuarto con intención de despertarla. Se encontró con que Jota no estaba en la cama. Ni en la cama ni en ningún otro lugar de la casa. En el baño vio un papelito con su letra pegado al espejo. ¿Por qué había supuesto que ese era el mejor lugar para dejarle una nota? Decía: “Me levanté y no estabas. Seguro fuiste a la playa. Te veo allá. Primera playa”.

No lo podía creer. ¡Cuántas cosas no podía creer últimamente!

Fue hasta la primera playa casi corriendo. Había mucha gente, pero la divisó enseguida, más que nada por el amarillo limón de la sombrilla.

¿Y quién estaba con ella? Ce.

Jota acostada boca abajo, con el torso apoyado sobre los codos y la cabeza en alto. Ce sentada enfrente, abrazada a las rodillas.

Se detuvo a cierta distancia y las observó cuidadosamente. Hablaban, y transmitían señales de entendimiento. Daban la impresión de estar muy compenetradas en la charla.

Antes de avanzar al encuentro de ellas recordó la premisa, si es que podía decirlo así, a la que lo había llevado la depresión de esa mañana: ser un poco más amable con Ce. Era siempre seco y hasta antipático con ella, por más breves que fueran los encuentros. Y eso, tarde o temprano, terminaría llamando la atención de Jota, si es que no lo había hecho ya.

—¡Buenos días! —dijo.

—Ah, mi amor, hola. Vine pensando que estabas acá y me encontré con Ce. ¿Adónde fuiste?

—Salí un minuto a comprar medialunas. Hola, Ce.

—No sabés lo alterada que estaba tu mujer —dijo Ce—. Pensó que te habías ahogado.

—La única manera de ahogarse acá es en condición de suicida.

—Fue lo que le dije.

—Las mismas palabras —agregó Jota.

—Bueno, chicas —dijo Efe—, iba a preguntarles de qué hablaban pero mejor voy primero a darme un baño.

Se metió al mar y volvió enseguida.

—¿Qué tal, Ce? —dijo de parado, chorreando agua hasta por la nariz. No se atrevía a sentarse y mojar la lona—. ¿Cómo la estás pasando?

—Muy bien. Necesitaba un poco de soledad. No la encontré —dijo mirándolos—, pero se acerca bastante a lo que buscaba.

—Jota ya te habrá dicho por qué no llegamos la otra noche al restaurante...

—Sí, y me vino bien, porque estaba un poco descompuesta. No hubiera probado bocado ni bebido un sorbo de nada.

—Habrás comido algo que te hizo mal...

—No creo, casi no como.

—¿A lo mejor alguna cosa sin importancia, comprada en la calle...?

—No.

—¿O esos choclos que venden a veces por acá...?

—Mi amor, ¿no estás siendo un poco inquisitivo? —intervino Jota.

—Sí, perdón. Es que no hay nada peor que salir de vacaciones y andar mal del estómago.

—Bueno, hay cosas peores —dijo Ce enigmáticamente.

—Sí, claro, siempre hay cosas peores. A nosotros nos tocó un colchón de un centímetro de alto. Duermo con la espalda apoyada en una parrilla de madera. ¡Miren, ahí viene el vendedor de choclos! Díganme que lo pelee y lo peleo.

—Ja ja —dijo Ce.

—Qué raro un vendedor de choclos en esta playa —comentó Jota—. ¡Hay tan poca gente acá! Lleva más choclos de los que podría vender.

—Lo más probable es que sea de acá y vaya caminando hasta las playas del pueblo de al lado. Debe ser un choclero local. Sale de acá y va para allá.

—Si es así ha de llegar con los choclos fríos.

—Quién sabe, van al sol.

—Hablando de sol —dijo Ce levantándose—, ya es casi mediodía, no quiero cocinarme. ¿Les dejo la lona? Me la dan después.

—No hace falta, tengo una en la canasta.

Jota y Ce se despidieron con un beso en la mejilla y prometieron verse “después”. Efe la saludó alzando la mano.

Ce se alejó. Arrastraba la lona.

—¿Vamos nosotros también? —dijo Jota—. Tengo hambre.

—Sí.

Efe cerró la sombrilla y caminó al lado de Jota con aire meditativo. Temía haber sido esta vez quizá demasiado simpático.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Jota. No era la primera vez que se lo preguntaba.

—¿A mí?

—Sí, ¿a quién, si no? Ce te cae mal.

—No, ¿por?

—Se nota a la legua.

—Creo haber sido muy amable con ella recién.

—Estabas fingiendo. Me parece que hasta ella se dio cuenta y se fue molesta.

—Espero que no. Pero sí, preferiría que estemos solos. Vinimos con la idea de estar solos y tranquilos y... —hizo una pausa y añadió—: qué sé yo. ¿Teníamos que encontrarnos con un conocido, con una conocida, justo en un lugar donde es muy difícil, si no imposible que...? Bah, no me hagas hablar. ¡Es como un fantasma, está en todas partes!

—Nosotros también. Para ella nosotros también estamos en todas partes. Es un pueblo muy pequeño. Y eso es lo que tienen estos pueblitos, que hay muy poca gente pero está en todas partes.

—La próxima vez que salgamos de vacaciones vamos a Mar del Plata.

El fastidio le duró poco (Jota le daba la razón en todo, moviendo afirmativamente la cabeza) pero volvió a reaparecer cuando, ya en la casa, fue a buscar una botella de vino al baúl del auto y se encontró con un pájaro muerto. Era un pájaro pequeño, regordete, de pecho blanco y espalda negra, con patas y pico rosa, como un pingüino en miniatura. ¿Cómo había entrado? Por la ventanilla del lado del conductor, evidentemente, que había olvidado cerrar.

Llamó a Jota con un grito. Lo asqueaban los animales muertos. Hizo incluso una arcada ante la sola idea de tocarlo.

Jota tampoco se atrevió. No por lo menos en un primer momento. Después, cuando vio que Efe no lo sacaría de allí por nada del mundo, y teniendo en cuenta que el pájaro, con semejante calor, pronto empezaría a oler mal, fue a la cocina y volvió con una mano metida en un guante de goma.

—Sí, eso, eso —comentó Efe.

Jota alargó el brazo de la mano enguantada hacia el pingüinito, caído de costado entre la caja de vino y el matafuego, y enseguida la retiró. Dijo:

—Primero habría que hacer un pozo donde enterrarlo. No quiero quedarme esperando con el pájaro en la mano.

—Lo tiramos por ahí.

—No me parece. Además se va a llenar de bichos. Quién te dice que no vengan hasta cangrejos a comer.

Efe empezó a hacer un pozo ayudándose con un palo.

—Más lejos —le pidió Jota.

Efe fue a la cocina, volvió con una cuchilla y se apartó de la casa todo lo que pudo, hasta el borde mismo del bosque, donde de golpe

se hacía espeso. Giró hacia Jota preguntándole si ahí le parecía bien. Ella dijo que sí y Efe clavó la cuchilla en el suelo.

Jota agarró al pájaro con la mano enguantada y lo llevó hasta el lugar en el que Efe acababa de levantar un pequeño bloque compacto de arena y tierra, tejido con raíces en espiral. Jota lo depositó en el fondo y lo cubrió con el bloque de tierra, que calzó en el pozo como una tapa. Acto seguido, Efe pisoteó la tapa una y otra vez, descargando la zapatilla con fuerza. A Jota la expresión de rabia de su cara le llamó mucho la atención. Nunca lo había visto así.

“Es una lástima que esté tan nervioso”, se dijo, “justo cuando llega mamá”.

Y sí, a las tres de la tarde llegaba la madre de Jota; venía a pasar dos días con ellos, después de los que seguiría camino a Miramar, donde la esperaba su esposo, padrastro de Jota, con el que Jota no se llevaba del todo bien.

Quince minutos antes de las tres, Efe agarró el auto y fue a buscarla al parador de la ruta. Se sentó a esperar en una mesa del bar de la estación de servicio y tomó una lata de cerveza y enseguida otra, decidiendo si debía llamar o no por teléfono a Ce para acordar con ella un cronograma de playas, a fin de que no siguieran produciéndose esos encuentros diarios dobles, mañana y tarde, tan incómodos y fastidiosos para ambos. Sus vacaciones se habían reducido a meros intervalos entre un encuentro y otro con Ce, a lo que había que sumar el estrés de los cálculos previos y sus consecuencias, que lo fastidiaban y abatían. No la llamó. Eso era algo que únicamente podía decirle en persona, si tenía la oportunidad de estar un minuto a solas con ella. Por teléfono resultaría ofensivo.

El ómnibus llegó con media hora de retraso, pero ahí estaba por fin.

Dora traía nada más que un bolso de mano. Efe lo echó en el asiento trasero. Diez minutos después llegaron a la casa.

Jota los esperaba con la comida.

—¿Arroz con hongos? Qué rico —dijo Dora—. ¿Hay hongos por acá?

Dora era una mujer mucho más menuda todavía que Jota, y también más enérgica; al parecer ese sería el periplo del ser de Jota a lo largo de los próximos veinte o treinta años, en los que iría reduciéndose físicamente y a la vez cargándose de energía vital. Dora tenía setenta y cinco años. Era una mujer anticuada, y al mismo tiempo le gustaba todo, absolutamente todo. Y siempre quería más. Daba la impresión de que la vida no le alcanzaba.

Le había gustado el viaje en ómnibus, le gustó lo que había visto durante el trayecto en auto, le gustó la casa, le gustó la comida, le gustó el vino, y recién llegaba.

—¿Quiere descansar un poco, Dora? —le dijo Efe—. ¿Una siestita?

—Sí, me vendría bien.

—También podríamos ir un rato a la playa —intervino Jota.

—Me encantaría.

—Dejala que descanse un poco —dijo Efe.

Pero Jota no dijo una sola palabra más, y se puso a preparar la canasta.

Efe no insistió.

—Ya tendré tiempo de dormir en la tumba —le dijo Dora con una sonrisa.

—Bueno, como ustedes quieran. ¿A qué playa vamos? —preguntó Efe esperando que Jota decida.

Fueron a la primera.

Ahí estaba Ce.

Efe la saludó de lejos con la mano, inmediatamente irritado, sin detener el paso. Clavó la sombrilla a treinta o cuarenta metros de distancia y, mientras Jota llevaba a su madre de un brazo para presentársela a Ce, se tiró de espaldas en la arena pensando en la cantidad de información sobre él que debía haber recabado Ce con la suma de esos encuentros, que ya eran menos una casualidad que una burla del azar. Ce, en efecto, ya debía estar al tanto de cómo se trataban Jota y él, y de ello habría deducido si se saludaban cada mañana con un beso, si eran considerados el uno con el otro, si se ponían metas a corto y a largo plazo, si se daban las gracias de manera regular, e incluso de cuán culpable se sentía él y qué clase de escapes y artimañas era capaz de tramar. Y como si esto fuera poco, ahora también conocía a su suegra.

Supo que se había quedado dormido, a pesar de todo, o por eso mismo, cuando sintió que Jota, sentada a su lado, entre él y la madre, le tocaba una y otra vez el pecho con la punta de los dedos.

—Efe —le dijo Jota en voz baja, señalándole la entrepierna con los ojos.

Tenía una erección. Efe se puso rápidamente boca abajo y dijo:

—¿Qué tal? ¿Cómo les fue?

—Muy bien —dijo Dora.

—¿Y vos? —preguntó Jota—. ¿Con quién soñabas?

—Con qué, mejor dicho. Soñé que iba en un... Bah, no importa.

Jota no insistió.

Atardecía.

Ce ya se había ido.

Cómodamente sentadas en las sillitas desplegadas, Jota y Dora se enfrascaron en una conversación que Efe siguió con atención, una atención distraída, hasta que de pronto cayó en la cuenta de que le hablaban a él. Entonces se levantó y dijo que era mejor que fueran yendo. Empezaba a refrescar.

Durante el trayecto se cruzaron con una chica hermosa. Hermosa quiere decir hermosa. Debía tener unos veinticinco años. “Qué mierda, se me fue la vida”, pensó Efe. Era el lamento propio de quien siente que ha perdido, con la juventud, toda posibilidad de conquista, y se dice que con veinte años menos la habría seguido y le habría hablado. Pero Efe nunca en la vida había hecho algo así. Nunca había sido un hombre atractivo, tampoco, ni particularmente divertido. Sus conquistas habían sido siempre milagrosas. Desde un punto de vista racional, inexplicables.

En verdad eran las mujeres, que podía contar con los dedos de una mano, las que lo conquistaban a él, sin que esto signifique la anulación del milagro o de lo inexplicable. Jota no tenía nada que envidiarle a la chica cuya belleza lo había angustiado, con excepción, quizá, de la edad. Tampoco era de las que darían el alma por ser jóvenes de nuevo; no, no le hubiera gustado pasar de nuevo por ahí. Ni siquiera con un cambio radical de condiciones. ¡Y mucho menos todavía sin drogas!, que la habían tenido a mal traer durante años.

Efe creía haberla salvado, aunque ella se había salvado sola, agarrándose de él, una tabla solitaria pero firme flotando en un océano de errores, sin que esto signifique cálculo o utilidad. Todo lo

contrario (ahí entra el milagro): se enamoró. Y también lo inexplicable: a primera vista.

Los conocidos de Jota solían decir: “Cómo puede ser que una chica tan hermosa se haya puesto de novia con ese bagarto”, y cosas por el estilo. Ni con un telescopio hubiesen sido capaces de ver que nadie alcanza jamás el futuro si no se coloca en él de golpe. Y en efecto, durante diez años habían sido plenamente felices. Ahora, con la aparición de Ce... Pero no, ya se ha dicho bastante sobre esto y no tiene sentido sobreabundar.

Al día siguiente amaneció nublado y a Dora se le ocurrió dar un paseo en bicicleta por el bosque. Efe fue a la carnicería y volvió con dos bicicletas, una en cada mano.

Dora le dijo que debería haber alquilado tres, y él le respondió que había ido con esa idea en mente, pero que una vez allá se dio cuenta de que era imposible traerlas. Dora le dijo que imposible no, que tendría que haber montado una de las bicicletas y andar sin manos, trayendo las otras a los costados. Efe se rio con ganas, como si fuera un chiste. Dora lo acompañó segundos después con una risita confusa.

—Vayan, vayan, nos vemos a la vuelta —dijo Efe.

Ni bien Jota y Dora se alejaron pedaleando, Efe salió en busca de Ce.

Era una buena oportunidad. Tenía que hablar con ella, tenían que ponerse de acuerdo sobre la playa a la que irían de ahora en más a fin de que cesaran los encuentros, los infortunados encuentros... Pero el término “infortunados” lo hizo vacilar. ¿Qué derecho tenía

para hacerle semejante propuesta? Ninguno. ¿Quién era él, después de todo, para pretender que ella se asociara a su engaño?

La oportunidad, sin embargo, era tan buena que siguió adelante. Ya encontraría las palabras justas cuando estuviera frente a Ce.

Cabía la posibilidad de que, a pesar del día, ventoso y gris, Ce estuviera en alguna de las dos playas. Jota y él estarían ahí ahora mismo si no fuera por Dora, que odiaba el viento. El viento era lo que más odiaba del mundo, en tanto que para Jota no había nada en el mundo que le gustara tanto como la playa, con viento o sin viento. De hecho, ir a la playa era casi lo único que él y Jota hacían desde que habían llegado. Ce también había dado señales del mismo fanatismo por el ocio genuinamente inútil e infructuoso: ni siquiera lo aprovechaba para leer o caminar; se instalaba en la playa y...

No se equivocó. Ce estaba en la segunda playa, sentada sobre la lona. Con ella había un hombre mayor, mayor que él, al menos, pero muy musculoso y bronceado, de pelo blanco revuelto para un lado, ahora para el otro.

Efe olfateó que se trataba de alguna clase de empresario. Su actitud, la del empresario, permitía entrever que hasta el día anterior pensaba en el dinero que dejaba de ganar por rascarse el higo en vacaciones; ahora al menos había hecho una conquista. Sin duda había pasado la noche con Ce.

Poquísima gente en la playa. Para no ser visto, Efe no se aventuró un solo metro más allá del punto en el que se había detenido. Al contrario, retrocedió lentamente marcha atrás, como si no quisiera hacer ruido, hasta que tocó la tierra de la calle, y se encaminó de regreso a la casa.

Anotaba el dato de la playa en la que estaba Ce, para el caso de que el cielo abriera y Jota quisiera venir, cuando al pasar por la primera playa vio a una mujer solitaria sentada sobre una lona y se le heló la sangre. La mujer estaba de cara al mar, de espaldas a él, pero todo indicaba que era Ce. Los mismos hombros, el mismo pelo, la misma lona.

Bajó a la playa paso a paso, con cuidado, como en una cristalería, y avanzó hacia el mar en una suave diagonal por la que, una vez a su altura, podría verle claramente la cara sin necesidad de aparecer a su lado.

La ansiedad, sin embargo, le jugó una mala pasada, convirtiendo la diagonal en una línea directa hacia ella. Se detuvo. No había más de dos metros entre uno y otro.

Era tan poca la distancia, en una playa desierta, que no se atrevió ni siquiera a mirarla. El corazón le latía a mil, ahora por dos razones: si era Ce ¿qué hacía él ahí parado, duro como una estaca, y mudo? Si no era ¿qué hacía ahí parado ese viejo verde, duro como una estaca?

Mantuvo la vista fija en el mar. No se le movía un pelo, casi ni respiraba, como si toda la máquina nerviosa se hubiera apagado. Mentalmente se reprochaba lo torpe del acercamiento, y le daba vueltas para un lado y para el otro a la única posibilidad que tenía de salir de la situación en la que acababa de meterse: retroceder por donde había venido, o seguir adelante y zambullirse en el agua helada. Esta segunda opción era la mejor, la más civilizada. El problema, y fue por eso que no se puso en movimiento, era que se había detenido, es decir: el daño ya estaba hecho. Tanto si era Ce

como si no, saldría mal parado (ridículo si era Ce, grosero si no lo era). Todo esto sucedió en segundos.

Y en efecto, segundos después de haberse detenido, la mujer alzó la cara hacia él, que seguía mirando hacia adelante, impertérrito, y le dijo con una voz finita que sin embargo transmitía gravedad:

—Yo no lo haría.

Efe siguió mirando al frente.

Era imposible, acababa de verla en la otra playa, pero también estaba acá y le aconsejaba no meterse al mar!

—Está feo, ¿no? —dijo fingiendo aplomo. Calculaba que, si era Ce, todavía estaba a tiempo de mostrarse sorprendido de verla, como si no la hubiera reconocido antes.

El mar estaba completamente picado, como un perro lleno de pulgas. Las olas eran tan violentas que se desprendían y saltaban para un lado y para el otro. A veces incluso una misma ola cambiaba de dirección en el aire, sacudiéndose de encima la espuma.

Dio un paso adelante.

—Si se va a meter, espere a que me vaya. No me gusta ver cómo se ahoga la gente.

Efe se dio cuenta de que si la mujer que le hablaba fuera Ce, lo tutearía. Esta lo trataba de usted. Entonces la miró. No era Ce. Por supuesto. ¡Si la había visto en la otra playa!

El parecido, asombroso al primer vistazo, se disolvió rápidamente. No podían ser más distintas. Solo el pelo y la lona seguían siendo iguales.

—No, no —dijo Efe—, pensaba en meter los pies, nada más. Pero parece que ni eso se puede hacer. No es el mismo mar de ayer, ¿no? Es como si durante la noche hubiera venido otro.

—Ja ja, qué gracioso —dijo la mujer—. Un reemplazo.

—¿Verdad que sí?

—Jota —dijo la mujer.

—¿Cómo?

—Jota, que me llamo Jota. ¿Y usted?

—No, no puede ser. Mi esposa se llama Jota.

—Yo... soy... tu... esposa... —dijo la mujer con voz de ultratumba.

Y se rio. Por un instante Efe le vio los ojos rojos, completamente rojos y brillantes, como los ojos de un demonio. La piel se le puso de gallina.

—Perdón —dijo la mujer—, no pienso lo que digo. Me salen chistes por todos lados. Lo peor de todo es que ni siquiera me divierto.

—No hay problema.

—No me dijo su nombre...

—Efe.

—¿Efe? Ah, no, bueno, esto ya es demasiado —dijo la mujer amagando levantarse.

—No me digas que así se llama tu marido...

—No, soy soltera.

—¿Y qué es demasiado entonces?

—Nada, Efe, ime extraña, era otro chiste! ¿Ve lo que me pasa? No puedo hablar en serio. Mi psiquiatra me despidió.

—Bueno, peor sería hablar en serio todo el tiempo, toda la vida.

—Las dos cosas son igual de insoportables. Por lo menos hoy salvé el día —dijo ella señalando melancólicamente el mar con el mentón.

—¿Pensabas meterte...?

La mujer asintió.

Efe no supo qué decir. Abrió y cerró los labios sin encontrar ni una sola palabra respetable. Los dedos de las manos se movieron también, como si quisieran ayudarlo.

Y de pronto la mujer estalló en una carcajada. Efe estaba más que confundido.

—Mejor me voy —dijo la mujer levantándose—, hoy estoy fatal.

Agarró la lona y se alejó arrastrándola, como hacía Ce.

Efe se quedó mirándola boquiabierto. ¿Estaba drogada? ¿Había encontrado una manera particularísima de librarse del acoso de un viejo verde en una playa solitaria?

Ya de vuelta en la casa encontró a Jota y Dora cocinando. Entró sin decir hola, no respondió a la pregunta de dónde venía y salió de nuevo sin decir adónde iba. Agarró una de las bicicletas y se internó en el bosque.

Ni bien comprendió que su comportamiento lo obligaría a dar explicaciones que no tenía, pegó la vuelta.

Y para corregir de alguna manera lo intempestivo de la salida, entró diciendo en un tono casual, alegremente:

—¿Notaron que la luz entre los pinos es la misma luz de un eclipse?

Jota y Dora se quedaron mirándolo serias, con idénticas miradas inexpresivas.

“Bueno, por lo visto ahora voy a tener que corregir la entrada”, pensó Efe.

Jota lo miró durante cinco segundos sin parpadear y sin moverse, con una papa en la mano izquierda y en la derecha un cuchillo detenido en mitad de un rulo, hasta que Dora la codeó (dos veces) y dijo:

—¡Pero este hombre está cada vez más joven!

Efe agradeció el cumplido soplando una sonrisa falsa por la nariz.

Después de la cena decidieron ir a tomar algo al centro. La calle estaba misteriosamente congestionada de personas (o seres) y no consiguieron mesa en ninguno de los dos bares, ni en una pizzería que parecía haber abierto esa misma tarde, así que no tuvieron más remedio que conformarse con ir y venir una y otra vez calle arriba y calle abajo.

Jota iba agarrada de un brazo de Efe, Dora agarrada de un brazo de Jota, y Efe agarrado del brazo del chico que había sido mil años atrás y que, misteriosamente, acababa de aparecersele, serios los dos. A todo el mundo, en efecto, le llamaba la atención lo serio que era de chico. Se lo decían a cada rato, tanto que la seriedad pasó a ser un rasgo de carácter, cuando en realidad no era más que una insinuación, una inasible nada todavía. Nunca o casi nunca jugaba, no se trepaba a los árboles, se cuidaba de ensuciar la ropa. A pedido suyo, su madre lo vestía como a un adulto: zapatos en vez de zapatillas, camisa en vez de remera. Su espíritu también se vestía así. Si volaba en sueños, no se le movía el pelo; si soñaba que caía, mantenía con la mano la corbata pegada al pecho...

Efe se sonrió, inclinó la cabeza hacia el lado de la pared, donde no había nada aparte de un medidor de gas, y dijo en voz apenas audible:

—Te quiero.

—Yo también —dijo Jota.

Cada cual lleva a cabo su propio desorden.

Al otro día fueron a la playa ni bien se levantaron. ¿Y quién estaba ahí? Ce, ahora en compañía del hombre mayor musculoso. Fue inevitable que Jota y Dora se acercaran a saludar mientras Efe, que ya lo había hecho, alzando una mano, se alejaba con la sombrilla y las sillitas.

Era un día precioso.

Efe se sentó de cara al sol, afuera del óvalo de sombra que proyectaba la sombrilla, y sin protector: quería quemarse, asarse a tal punto que no pudiera volver a la playa por la tarde, y quizá tampoco al otro día. Era temprano, pero el sol ya picaba de lo lindo.

Media hora después Jota y Dora no habían vuelto todavía.

Miró hacia atrás por encima de un hombro. Jota, Dora y Ce festejaban algo que acababa de decir el hombre mayor musculoso. Ce no parecía tan divertida como ellas, pero les seguía la corriente. Y de pronto lo vio. Efe dio rápidamente vuelta la cara y la alzó al cielo con los ojos cerrados.

Era consciente de lo antipático que estaba siendo. Más antipático y más consciente a cada minuto que pasaba. “Mejor”, se dijo, “que me odien todo lo que quieran, yo de acá no me muevo”.

—Les dije que no te sentías bien —dijo de pronto Jota sentándose a su lado.

—¿Y tu mamá?

—Sigue allá. Se enganchó con Armando y no paran de hablar. Armando es el novio de Ce. Digo novio porque apenas si se conocen

y ella ya se instaló en la casa de él. Agarrate...

—Escribe.

—No, es geólogo. Nos invitó a cenar hoy a la noche.

—Ni en pedo —dijo Efe. Era la primera vez en su vida que usaba esa expresión. “Pedo” estaba en su lista de palabras horribles. Otras eran verga, tetilla, pecho, cacho, conde, difuso, prebenda, interpela, muela, labor, bozo, bregar, obispo, pis, bola, pollo...

—Ahí vienen.

—¿Quién?

—Mamá y Armando. Entiendo lo que decís, pero por favor tratá de no ser odioso. Parece buena persona.

—No te levantes, no te levantes —dijo Armando.

Efe se levantó de todos modos y le estrechó la mano.

—¿Te sentís muy mal?

—No, no, ya estoy un poco mejor. ¿Qué tal, cómo va?

—Ojo, acá hay que tener cuidado con el agua corriente.

—Sí, a lo mejor fue eso.

—Le decía recién a tu mamá...

—Mi suegra.

—Sí, perdón, le decía a tu suegra que esta noche... Bueno, supongo que Jota ya te dijo que esta noche comemos en casa.

—Me lo acaba de decir. Te agradezco mucho, pero no hace falta que te molestes con...

—¿Molesté? ¿Que me moleste? ¿A mí? No, querido, todo lo contrario, es un gustazo. Le venía diciendo a tu mamá que le voy a hacer probar algo muy especial y si adivina qué es le regalo la bandeja.

—Mirá que mi suegra tiene mucha puntería, eh —dijo Efe solo por repetir que Dora no era su madre.

—Ya veremos, ya veremos —dijo Armando y le palmeó un hombro—. Bueno, los dejo, descansen, nos vemos esta noche en casa. A las nueve.

Efe volvió a sentarse, ofuscado.

Jota se inclinó y le dio un beso en la mejilla, en parte compadeciéndolo y en parte agradecida por la amabilidad con la que había tratado a Armando. Él la sujetó de una muñeca.

—Esto es obra de ella —le dijo al oído, refiriéndose a Dora—. Llévala un rato al agua o la ahorco.

Ni falta que hizo.

—¡Me voy a dar un chapuzón! —dijo Dora.

Jota corrigió cariñosamente la posición de la sombrilla para que la sombra lo cubriera, pero Efe se apartó sin levantarse —dando saltitos con la silla pegada al cuerpo— hasta que quedó de nuevo expuesto al sol.

—Mamá le comentó que se iba mañana —dijo Jota disculpándose— y él salió con lo de la cena. Yo traté de negarme, pero no hubo caso. Se cayeron tan bien. No te enojés.

Efe la disculpó; no era culpa de ella, la culpable era Dora. Con Dora pasaba siempre lo mismo. Lo encantada que estaba con todo, lo bien que le caía a los demás. Era capaz de hacer amigos de por vida en un minuto. De hecho, tenía más amistades de las que cualquiera podría imaginar. Y una memoria prodigiosa, además; bastaba con que alguien mencionara a tal o cual persona para que Dora dijera: “Sí, la conozco, es amiga mía”.

Era el colmo. Todo lo que había procurado evitar se le venía de pronto encima. Ce debía sentirse igual de molesta, aunque ella no tenía el mismo interés que él en mantener a raya las consecuencias del encuentro; era soltera, lo era aquella noche, no había engañado a nadie, y ahora vacacionaba sola, lo que limitaba su libertad de acción, paradójicamente, porque ¿adónde iba a ir, si no a la playa? ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Quedarse encerrada en el hotel? ¿Engancharse a una miniserie de muchas temporadas? ¿A quién iba a proponerle un paseo por el bosque, un asado en casa, una siesta, un día en la playa de la ciudad vecina? Esto último lo había hecho, sí, tenía que reconocérselo. Pero habían coincidido igual, como cada mañana y cada tarde en la primera y en la segunda playa del pueblo, aunque eso era algo que no podía achacarle a ella, desde luego, ni a sí mismo; la cara negativa del azar los perseguía como un cubilete a un dado.

No obstante, Ce y él habían hecho todo lo que estaba a su alcance para mantener la distancia, con distintos grados de urgencia; él estaba ahora mismo cocinándose con ese fin. No podía esperar de Ce que hiciera lo mismo, pero creía haber notado cierta frialdad en su trato con Jota, una frialdad disfrazada, elegante, para no resultar descortés. Sí, al regalarle un caracol se había excedido, pero el gesto estaba plenamente justificado si se lo pensaba como un rapto de hartazgo, al que ella tenía más derecho que él, lo que no era poco decir. Lo verdaderamente brutal era que dos personas ajenas al asunto, Dora y Armando, ambas patológicamente sociables, lo hicieran volar todo por el aire. ¿Podía evitarlo? ¿Había algo que pudiera hacer? No. Podía rechazar el protector solar que acababa de alcanzarle Jota, pero nadie le creería si se excusaba de ir a la cena

diciendo que estaba descompuesto, y si alguien le creía, de todos modos, la invitación a cenar ya había sido planteada y se pospondría hasta el día siguiente, cuando se sintiera mejor.

Era todavía peor que volar por el aire: era cavar un pozo y hacerlos caer. Porque después de haber cenado juntos ¿cómo iban a hacer para salir de ahí? Después de haber cenado juntos, uno ya no puede saludar a los anfitriones con la mano desde lejos. Ahora tendrían que acercarse, compartir la sombrilla, hacer rancho... "Dios mío", se dijo. ¿Cuántos días de vacaciones quedaban? Abrió los ojos.

Jota miraba el mar vacío, el mar desierto, sentada a la sombra.

—¿Cuánto hace que llegamos? —le preguntó.

—¿Cuánto hace que llegamos?

—Sí.

—No sé, llegamos el sábado pasado...

—¿Y hoy qué día es?

—¿Hoy? Creo que viernes.

—¿No sabés qué día es?

—No, ¿y vos?

—¿Lunes?

—Puede ser, no sé. Yo creo que es viernes. ¡Mamá!

Dora iba camino adonde estaban Ce y Armando. Acababa de sacar los pies del agua y llevaba algo en las manos abiertas, con las palmas vueltas hacia arriba, como sosteniendo una bandeja invisible. Volvió sobre sus pasos.

Jota le preguntó qué día era.

—Sábado.

—¿Cómo que sábado? —dijo Efe—. ¿No es lunes, o por lo menos domingo?

—No, es sábado. Mañana domingo me voy.

Aunque seguía sentado, Efe se desmoronó sobre la silla.

—¿Qué llevás ahí, mamá?

—Dos algas. Mirá qué increíble, parecen piezas de un rompecabezas. ¡Coinciden perfectamente! Se las iba a mostrar a Armando.

—Quédese acá, Dora, hágame el favor —dijo Efe con voz monocorde, sin abrir los ojos.

—Tiene razón, mamá. Ya los vamos a ver esta noche. A lo mejor ahora quieren estar un poco solos.

“Ja”, pensó Efe, “un poco solos”.

Teniendo en cuenta que esa noche cenarían afuera y que tal vez sería una noche larga —y motorizados por Efe, que no se sentía lo suficientemente quemado todavía y no quería dejar la playa—, se quedaron hasta primeras horas de la tarde. El plan, que no comandaba nadie, pero que tenía a Efe de portavoz, proponía cambiar el día por la noche, es decir un almuerzo lento, una siesta larga, y unas horas de relax a fin de cargar las baterías para la actividad nocturna.

Volvieron a la casa a las tres de la tarde. Después de la siesta, Efe metió el auto de trompa en el jardín y durante una hora o más tomaron mate escuchando la radio. En determinado momento, en una entrevista, un escritor se quejó del trabajo que le daba cada frase y Efe comentó como para sí mismo:

—Qué vivo, quiere fluir.

A las ocho cayó el sol. A las ocho y media Jota y Dora ya se habían bañado y cambiado y estaban listas para salir.

Efe seguía sentado en el jardín a oscuras. Sostenía entre las manos un libro abierto; no se veía nada.

—¿No vas a cambiarte? —le dijo Jota.

—¿Ya? ¿Pero qué hora es?

—Las ocho y media.

—Dijo a las diez.

—A las nueve.

—¿Segura?

Jota no respondió.

Minutos antes de las nueve salieron los tres en fila india. Dora, que guiaba la expedición, tocó el timbre en una casa solitaria a dos cuadras del centro, tal como le habían explicado.

Armando abrió la puerta. Por detrás de él, al fondo, a treinta metros de distancia del umbral, Efe alcanzó a ver a una pequeñísima Ce que se levantaba de un sillón con una copa en la mano y (vestido azul, ropa interior vibrante) crecía metro a metro a medida que se acercaba.

La descripción no es vana: se creaba al mismo tiempo que la percepción de algo tremendo iba haciéndose más fuerte en Efe con cada paso de Ce. Y en efecto, Ce se detuvo apenas para saludar con un beso a Jota y Dora, quedó por fin un instante a solas con él, y le dijo al oído:

—Por favor, no me sigas más.

Fue demoledor.

Desde luego, esa no era forma de recibir a un invitado, ni de enterarlo de que los cálculos y argucias que había tramado y tenido

en cuenta para evitarla a lo largo de todos aquellos días habían sido interpretados por ella exactamente al revés, como una persecución. Era brutal. Ce podría haberle dicho: “¿Me estás siguiendo?”, que era lo mismo pero más amable, y él le habría respondido con el mismo gesto de sorpresa divertida con el que ella acababa de acusarlo. Pero no había sido así, y el resto de la noche, que recién empezaba, fue para Efe, más que eterno, un instante, la mitad de un instante, la cuarta parte de un instante, algo que no duraba nada y que a la vez no terminaba nunca. Enmudeció.

A partir de entonces no habló más que con monosílabos, de a uno por vez, y muy ocasionalmente con monosílabos mellizos. La insinceridad de sus sonrisas era tan evidente que molestaba, como un chico que llora en un avión. Alcanzó a notar, sin embargo, que algo había cambiado también en el carácter de Armando: ya no estaba tan animado como esa mañana en la playa; seguramente Ce le había hecho saber que la invitación a cenar, inconsulta, intempestiva, no la hacía feliz. Y era probable que, como recién se conocían, Ce no hubiera ido más allá de un fruncimiento de los labios, pero dejándolo a Armando profundamente afectado; se esforzaba por ser amable.

Los llevó a conocer la casa. Era preciosa, ambientada con pocos muebles, telas sobre las ventanas, pisos de madera cepillada, hormigón y vigas a la vista. La cama del cuarto de huéspedes era tan baja que cualquiera se despertaría al tocar el suelo con los brazos. Allá y aquí había un oso forrado de tejido de punto y gatos y pájaros de cerámica: un soplo de naturaleza en el hogar. Jota, fascinada, definió lo que veía como “lujo simple y sin estridencias”. Dijo también, al final del recorrido, que “aportar felicidad en lo

cotidiano es para mí la única misión del diseño”. Armando estuvo de acuerdo.

Ya sentados alrededor de una enorme mesa ratona que los obligaba a levantar la voz para escucharse, bebieron unos tragos de colores exóticos, fluorescentes, que Armando preparó en el momento, y picotearon unos palitos salados con forma de bastón. Hablaban un poco de esto y de aquello, sin que Efe llegara a captar nada de lo que se decía; o sí, pero siempre tarde, por lo que no se animaba a abrir la boca.

—¡Cómo te quemaste! —le dijo Armando.

Efe asintió con la cabeza. El bronceado, en su caso una quemadura de segundo grado, empezaba a hacerse ostensible. Lo que hasta una hora atrás se veía como un arrebatamiento había ido intensificándose milímetro a milímetro, a paso de hormiga, y seguía adelante; si no se detenía pronto terminaría en un hospital.

—Así que geólogo —dijo Dora para cambiar de tema.

—No, no —respondió Armando—. O sí, pero de una rama lateral. Gemólogo. Soy gemólogo.

—¿Gemólogo de “gemas”?

—Turquesa, obsidiana, jaspe, cuarzo, lapislázuli, rubí... —enumeró Armando afirmativamente. Y le puso a Ce una mano en la rodilla, sumándola a la lista de joyas.

La conversación derivó hacia los métodos y procedimientos que le permiten a un gemólogo distinguir una piedra natural de una versión sintética, y de allí a las prácticas esotéricas que asignan a las gemas propiedades terapéuticas, es decir, del fraude a la magia.

—¿Habría algo de verdad en eso? —preguntó Efe.

Fue su primera y última intervención en toda la noche. Y aunque el tema le importaba un comino se inclinó valerosamente hacia adelante y apoyó los codos en los muslos, mostrando interés en la respuesta.

—Seguro que sí —respondió Armando—, como que hay vida en otro planeta y monstruos milenarios en los lagos. Lo único que hace falta es comprobarlo.

Dora, siempre interesada en cambiar de tema, preguntó si tenía en casa alguna piedra trabajada por él, algo que pudiera mostrarles para... En ese momento sonó el timbre.

—Llegó la pizza —dijo Armando levantándose.

—Ah, pero... —comentó Jota desconcertada—, pero qué buena idea...

Armando salió y un momento después volvió diciendo:

—El muchacho del delivery vino con el perro, ¿pueden creer? Y encima lo trata de usted. “¡Quédese quieto!”, le dijo. “¡No me rompa más las guindas!”.

Comieron hablando un poco de todo, con las manos, con servilletas de papel, sin plato. Dos cajas de pizza y tres litros de cerveza.

—Lo mejor que hice fue una silla —dijo Jota en determinado momento—. Nunca antes había hecho una y me puse a investigar. Dos años después llegué a un prototipo que me pareció bueno. Y un año después de eso conseguí ponerla en producción. Pasaron otros dos años antes de que pudiera por fin sentarme en ella. Fue un gran trabajo.

Que nadie preguntara a continuación, al menos por cortesía, el nombre de la silla, o si tenía en el celular alguna foto, puso en

evidencia el desconcierto en el que los había dejado el comentario. Efe se sonrió, más que nada para demostrarle a Jota su complicidad, es decir: no entendía nada de lo que pasaba, pero estaba seguro de que Jota había dicho algo solo para que él —el único allí que podía entenderla— se sonriera.

Armando terminó de pelar la última aceituna con los dientes y dijo:

—Me va a tener que perdonar, Dora, sé que le prometí algo especial, pero no tuve tiempo de ir a buscarlo. Esta muchachita no me ha dado un minuto de respiro en todo el día —agregó cabeceando en dirección a Ce.

Medio minuto después se disculpó también con Efe por haberlo retenido quizá más de la cuenta, considerando “el estado en el que estaba”. Efe dijo que no era nada. Pero Armando insistió; era evidente que además de agradecerle que hubiera venido le sugería que ya era hora de partir.

Efe entendió el mensaje con toda claridad. Se levantó, golpeó las manos, interrumpiendo la charla susurrante que sostenían en un aparte Jota y Ce, y dijo a su vez que lo perdonaran pero que no daba más.

Se fueron como habían venido, en fila india, pero ahora al revés: Efe adelante, Jota detrás, con los brazos cruzados sobre el pecho, y Dora última, hablando sola.

Ya en la casa, Efe se tiró boca arriba en la cama y, mientras Jota le llenaba de crema la cara y el pecho, se devanó los sesos tratando de entender cómo era posible que Ce creyera que él la perseguía... con Jota del brazo. Era insólito.

¿Por qué no le dejaba un mensaje en el celular con su reclamo, ya que ni él ni ella encontraban la ocasión de hablar un minuto a solas? Él no le había dejado un mensaje por temor a que Jota lo descubriera, pero ¿quién podía descubrirla a ella? Jota, también. En ese sentido, Ce había hecho lo correcto, se había cuidado de no dejar ninguna huella: lo había protegido; en verdad se protegía a sí misma, pero indirectamente también a él. Y debía ser consciente de esa indirecta; caso contrario, si el precio de no mensajearlo era sacrificar la tranquilidad de sus vacaciones le hubiera importado un pito ponerlo en peligro. De hecho, ¿por qué había ido de vacaciones sola, y a un lugar solitario además? ¿No tenía amigas? Él no tenía amigos, pero la tenía a Jota. Si no la tuviera, jamás se le ocurriría ir de vacaciones a la playa. ¿Para qué? ¿Para descansar de qué? ¿Para disfrutar de la arena caliente, de los rayos salados del sol?

Le pareció comprender que Ce no solamente ignoraba lo que quería, sino que además no tenía ningún interés en saberlo. Eso le gustó. Por lo que había alcanzado a captar durante la cena, Armando no era para ella más que un episodio a prueba en la trama general de unas vacaciones solitarias, por no hablar de la trama general de su vida; Ce lo borraría de un plumazo en cualquier momento, o presionando una tecla con un dedo. “Bien por ella”, se dijo. Pero se iba por las ramas, cada vez más finas...

Empezaba a sentirse progresivamente menos humillado por su pedido (“no me sigas”) y más comprensivo, como ante la demostración de que uno hace siempre más de lo que puede, aunque no se note. ¿Qué más podría haberle dicho Ce aparte de lo que creía, si no lo que sentía? En este punto un atisbo de ternura lo

hizo volver a la realidad. Le comentó a Jota lo raro que le parecía que desde hacía ya varios días no sonara el celular.

—¡Lo apagaste! —contestó ella—. Dijiste que nada de teléfonos en vacaciones.

—¿Me lo alcanzarías, por favor?

Jota le alcanzó el celular. Efe lo prendió. Tenía decenas de mensajes de Ce.

Al día siguiente, mientras pensaba frente al espejo del baño cómo podía hacer para afeitarse, Dora llamó a la puerta y le dijo que se iba.

Efe asomó la cara incendiada y se ofreció a llevarla. Dora le dijo que Jota ya estaba sentada en el auto, esperándola. Él no insistió. Se despidieron con un beso y un abracito.

Desde la casa hasta la ruta no había más de diez minutos. Faltaba una hora todavía para que llegara el ómnibus. “Deben querer hablar un poco a solas”, se dijo Efe.

¿Y de qué querrían hablar, si no de él?

Reconocía que la noche anterior, durante la cena, se había comportado entre regular y mal, o entre mal y pésimo, pero Jota estaba al tanto del fastidio que le producían los encuentros cotidianos con Ce, ahora llevados a la cima con una cena, obra de Dora, así que Jota ya tenía la explicación de su conducta. Jota no la justificaba —ya se lo había hecho saber mientras lo llenaba de crema, esparciéndola a desgano; e incluso lo subrayó cuando se metió en la cama, apagó la luz y le dio la espalda—, pero lo entendía. Sí, sin duda era Dora la que quería hablar con su hija

sobre él. ¿De qué? Ya se enteraría cuando volviera Jota; ahora tenía cosas más importantes que él mismo en las que pensar.

Primero: no podía ir a la playa. De ninguna manera. Bastaba con ver lo blanco que estaba de atrás para que el rojo de la parte delantera no fuese ya ni siquiera una excusa: ni falta que hacía. El fracaso de la cena no alteraba lo que la invitación había establecido; las consecuencias de la cena seguían en pie (compartir la sombrilla, etcétera). Y no podía permitírselo. Menos todavía después de haberse puesto al tanto de los mensajes de Ce.

Segundo: ¿cómo llenaría el tiempo con Jota, que amaba la playa, sin salir de la casa?

En la cocina descubrió, metida en el espacio vacío entre la heladera y la mesada, una mesita plegable. La abrió en el jardín, colocó dos sillas, una frente a la otra, llenó el termo con agua caliente, puso yerba en el mate y se sentó a esperar el regreso de Jota. Un minuto después se levantó, agregó el libro que estaba leyendo, o que tenía la intención de leer, la revista de arquitectura de Jota, y volvió a sentarse. Casi en el acto se levantó de nuevo y corrigió la ubicación de las sillas. Las colocó una al lado de la otra, ambas mirando hacia la calle.

Jota lo encontró ahí sentado, de malla, con el torso violeta desnudo y una expresión neutra, de paz. No dijo nada. Se sentó al lado de él con un paquete sobre las piernas, como ausente, y no abrió la boca hasta que él señaló el paquete y le preguntó qué era. Entonces reaccionó y lo abrió. Medialunas.

A partir de ese momento volvió a ser la de siempre; fuera lo que fuese lo que traía en mente, se había disuelto. Cebó el mate, se mostró preocupada por sus quemaduras, dio por hecho que ese día

no habría playa, y comentó sin ironía, al contrario, con agrado, que ahí tenían por fin un poco de soledad. Desde luego, a Efe le quedó la sensación de que Jota venía con algo en mente que decirle, y que a último momento lo había desechado (“Debió quedarle en el tintero un reproche más por el fracaso de la cena”, se dijo), pero ahora que había pasado ni se atrevió a sacar el tema.

—Se está bien acá, ¿no?

Jota dijo que sí. Y era verdad. Estaba bien.

Habían almorzado y dormido la siesta y estaban de nuevo sentados en el jardín, los dos callados mirando para arriba (un aguilucho patrullaba los alrededores de la casa), cuando de pronto Jota dijo:

—Hay que reconocer que tuvimos un matrimonio largo y feliz. Siempre me la hiciste fácil. Con excepción de estos días.

—Ya sabés, yo...

—No importa —lo interrumpió Jota—. Quedate con la otra parte. ¿Qué comen los aguiluchos?

—Ni idea.

—Sea lo que sea lo que coman, espero que no ande cerca de acá en este momento.

Recién entonces, con retraso, quizá por efecto de la quemadura, a Efe le corrió un sudor helado por la espalda; creyó incluso sentir un chisporroteo en la base de la nuca y otro en el cóccix.

¿Podía ser que Jota hubiese percibido la verdadera razón de su fastidio con Ce? ¿O no tenía nada que ver? ¿“Hay que reconocer que tuvimos un matrimonio feliz” era una de esas cosas que se dicen por decir, sin segundas intenciones, sin ninguna intención en particular?

Probablemente sí. ¿Acaso no había dicho también, un rato atrás, que escuchaba “el sonido de flauta de caña de la brisa” entre los árboles? “¿Y las notas mentoladas del canto de los pájaros?”, le había dicho él en tono de burla, y se habían reído. Sí, Jota no se hubiera reído con aquella duda en mente.

—¿Salimos un poco?

Efe asintió y se levantó antes que ella.

Caminaron sin rumbo, pero evitando el centro adrede, a pedido de Jota. Al parecer, pensó Efe, ahora era ella la que no quería encontrarse con Ce, y mucho menos todavía con Ce y Armando. ¿Quería estar a solas con él? Sí, ¿por qué no?

Al día siguiente se dio un baño de protector solar, se puso una remera y un gorro y fue a la playa con Jota. Estaba lleno de ampollas. Algunas se habían reventado durante la noche; empezaba a pelarse. Blanco de atrás, rojo de adelante y con colgajos de piel en la frente, las mejillas y la nariz, se abrazó al palo de la sombrilla ni bien terminó de clavarla, como agotado, y paseó con aprehensión la vista por la playa.

Ce no estaba.

Pasó lo mismo al otro día. Era la segunda vez en dos días que acertaba. Animado y ya bastante repuesto de la quemadura, caminó por la orilla con Jota hasta la otra playa.

Ce tampoco estaba ahí.

Se fueron poco antes del mediodía y volvieron a la tarde, como siempre.

Leyeron un rato, tomaron mate, nadaron. Efe prendió el celular y, después de comprobar que no había ningún mensaje de Ce, volvió a apagarlo.

—Me parece que se fue —dijo Jota sorprendidamente. Estaba acostada boca abajo en la lona, con los ojos cerrados.

Efe estuvo a punto de preguntarle a quién se refería, pero no lo hizo y se quedó pensando cuál de las dos cosas era peor, si fingir que no sabía de quién hablaba o seguir callado. No dijo nada. Se acostó al lado de ella y le apoyó un brazo en la cintura. “Al fin solos”, pareció decir.

Volvieron a la casa más temprano que de costumbre. Se dieron una ducha rápida para quitarse la arena y la sal y fueron juntos a alquilar dos bicicletas, con las que zigzaguearon por el bosque, dejándose llevar, hasta que empezó a hacerse de noche y decidieron volver.

Jota se quedó en la casa. Efe fue a devolver las bicicletas. Al pasar por una calle lateral a la calle donde se levantaba la imponente casa de Armando (hubiera sido un atrevimiento que se acercara, y más todavía con una bicicleta en cada mano) alcanzó a ver las ventanas cerradas.

Al pasar de vuelta se detuvo un momento, confiado en la oscuridad. El auto no estaba. No había una sola luz prendida.

Casi se muere cuando alguien dijo a sus espaldas:

—Buenas noches —y siguió de largo.

Efe no le contestó. Se quedó ahí parado mirando al que le había hablado, subyugado por la forma tan curiosa que tenía de inclinarse a un lado y al otro, como si la pierna de apoyo se acortara a cada paso mientras que la otra se alargaba.

Una mañana, sentada a la mesita que Efe había puesto días atrás en el jardín —con el propósito de que pasaran allí el rato conversando tranquilos o leyendo, en vez de tanta playa—, Jota observaba dos aves sumamente vistosas que se paseaban frente a ella. Para no espantarlas se mantenía inmóvil. Las aves, muy seguras de sí mismas, caminaban como en cámara lenta y de tanto en tanto agitaban las plumas, unas plumas larguísimas, tornasoladas, que nacían en la cabeza y les cubrían el cuerpo.

Cuando Efe salió de la casa (era la primera vez en una década que se levantaba después que Jota), las aves dieron media vuelta y huyeron sin apuro por la maleza, coqueteando delicadamente con las flores silvestres.

Jota dijo que para ella eran aves de paraíso traídas desde algún lugar de Oceanía por un traficante de pájaros exóticos, al que se le acababan de escapar.

—A lo mejor un vecino —dijo Efe.

Se sentó al lado de Jota y después de un silencio meditativo le preguntó cómo estaba.

—Bien —dijo ella—. ¿Por?

—Te noto apagada.

—Sí, puede ser, me levanté temprano.

—¿Y qué hiciste?

—Fui a dar una vuelta por ahí, medité un rato, revisé la casa... No hay un solo libro, ni un cuaderno o libreta, ni un lápiz, si hubiera querido escribir “enseguida vuelvo” no hubiera podido.

Efe recordó que días atrás Jota le había dejado una nota pegada al espejo. Pero no lo mencionó.

—Después —siguió diciendo Jota— me senté acá, aparecieron las aves y me quedé mirándolas hasta recién. Les tiré un poco de pan, pero no les interesó.

Efe enderezó la espalda. Pasear sola, meditar, revisar la casa, darle de comer a las gallinas, no había una pizca de alegría en el relato. Ese era el problema con el que se encontraba ahora, un problema que no se hubiera activado nunca si él no hubiera puesto tanto empeño en evitar a Ce: qué hacer. Con su malhumor, sus dudas, sus indecisiones, su incomodidad, sus silencios, con todos sus “sus” había creado un clima de insatisfacción del que no sabía cómo volver, o cómo salir. Ahora que estaba seguro de que Ce se había ido, descubría lo difícil que era estar en un lugar donde no hay nada que hacer. Lo único que se le ocurrió, y que propuso poco menos que como una experiencia privilegiada por la que ambos entrarían en comunicación con un principio trascendente, fue ir a la playa.

Jota asintió en silencio.

La playa estaba casi desierta.

“Caramba”, pensó Efe mirando a un lado y a otro después de clavar la sombrilla, “para acertar con la playa correcta era necesario que Ce no estuviera en el pueblo”.

Al mediodía dejaron todo, menos los celulares, en el lugar que habían ocupado, una gran parcela de arena —el veraneante más cercano estaba a más de veinte metros de distancia—, y fueron a almorzar a un chiringuito, un verdadero chiringuito, hecho con cuatro palos y un techo de paja artificial, que acababa de abrir, o de montarse, y que ofrecía cerveza y sándwiches de lomo de cerdo.

Efe comió casi dos sándwiches, el suyo y la mitad del de Jota, y tomó una cerveza tibia. Jota tomó dos.

Después caminaron un rato por el centro, apagadísimo a esa hora, tomaron café en uno de los bares a los que por la noche iba todo el mundo, y a las tres o tres y media de la tarde volvieron a la playa.

Estaba todo tal cual lo habían dejado.

—Acá nadie roba —dijo Efe.

—Sí, se reservan para otras cosas. El día que alguien te robe una canasta con un libro va a ser señal de que estamos en un mundo mejor.

Se sonrieron los dos, a dúo, pero Efe se sintió levemente humillado con el comentario de Jota, por lo que su sonrisa se prolongó más que la de ella. Sintió que no podía decir ninguna trivialidad sin que Jota se lo hiciera saber.

Esa noche, ya de vuelta en casa, la tomó de una muñeca (Jota se disponía a pelar una papa) y le propuso ir cenar al hotel. A Jota la idea le gustó. Se vistieron de noche, aunque los dos con pantalones cortos, y fueron los primeros en llegar.

El resto de los que se hospedaban allí, a los que poco a poco fueron sumándose comensales “de afuera”, completaron las mesas cuando ellos ya iban por el postre.

—Me tomaría un whisky —dijo Efe como para estirar la velada.

—Te acompaño —respondió Jota.

Tomaron dos whiskies cada uno y se fueron medio mareados, agarrados del brazo.

—Este perro ya me siguió el otro día —dijo Efe refiriéndose al perro que iba detrás de ellos y que la semana pasada lo había acompañado desde la carnicería hasta la casa.

Cuando llegaron, Jota le dio al perro los restos de pasta y carne del día anterior y Efe le dijo que hacía mal: ahora no iban a poder sacárselo de encima.

—¿Sabés qué día es hoy? —le preguntó Jota.

—No...

—Miércoles. Mañana nos vamos.

Tenían que dejar la casa al mediodía, así que se levantaron temprano, limpiaron y ordenaron, hicieron las valijas y fueron a darse un último chapuzón.

En la playa había gente nueva, todavía pálida; un chico de siete u ocho años se paseaba por la orilla montado en un poni que alguien llevaba de las riendas. Jota sacó de la canasta el celular, lo encendió y se quedó mirando a Efe, que se alejaba en dirección del hotel: iba a comprar un par de las cajas que la noche anterior habían visto en el restaurante (una de ellas estaba abierta, exhibiendo el contenido) con dos medialunas, un scon, un vaso de jugo de naranja y otro de café con leche. Le habían dicho que era un “desayuno para llevar” y que, por supuesto, lo preparaban en el momento. Avanzaba con cierta dificultad, por culpa de las ojotas; no parecía darse cuenta de que era mejor caminar sin ellas y calzarse de nuevo en la calle.

A Jota se le llenaron los ojos de lágrimas, literalmente; apenas si le alcanzaron los dedos de ambas manos para secarse y ver con claridad en el display el número de Bruno, el hombre del que se había enamorado meses atrás y por el que abandonaría a Efe ese mismo día, ni bien llegaran a la ciudad.

A punto de llamar, decidió no hacerlo, sin embargo, y apagó el celular. ¿Qué sentido tenía decirle “vuelvo hoy”? Bruno lo sabía perfectamente. A menos que “vuelvo hoy” fuese una especie de contraseña para indicar que la decisión que había tomado seguía en pie. Pero eso Bruno también lo sabía. Y lo sabía porque lo sabía ella.

Tenía algo mucho más urgente que decir. Pero ¿cómo se le dice a un ser querido, y Efe era exactamente eso, un ser querido, que una se ha enamorado de otro hombre, después de una década de convivencia, sin grandes discusiones ni peleas y apoyándose en todo el uno al otro? Si hubiera dejado de quererlo sería otro cantar, por supuesto. Pero no era así. Lo iba a lastimar. Iba a herirlo. Ella también saldría herida, pero a partir de ese momento Efe quedaría detenido en el pasado, para él no habría más futuro que el pasado, siempre en marcha, en tanto que para ella el pasado se dilataría sin cesar en un presente totalmente nuevo. Nada que no se sepa, pero había que sentirlo.

Y ahí volvía Efe con un desayuno en cada mano.

Jota lamentó no haber hablado con él ni bien llegaron. En algún momento, semanas atrás, cuando las vacaciones ya estaban decididas, se le había ocurrido que ese sería el mejor lugar, la mejor situación para decírselo. Efe jamás reaccionaría con furia; lo más probable era que anduviese un rato por ahí como aturdido y que terminara llorando en sus brazos. Pero tendrían varios días por delante todavía para estar juntos, tendrían tiempo para hacerse todas las preguntas que quisieran y darse explicaciones y ella le demostraría que aun así lo quería con todo su corazón. Aunque eso a él no le sirviera de consuelo, la separación no habría sido abrupta,

como lo sería ahora, ese mismo día; ella lo habría ayudado a aceptarla y él a irse.

Pero no lo había hecho, confundida por el comportamiento errático de Efe, que le hizo pensar que intuía algo de lo que pasaba; de ahí su insistencia con aquello de estar solos, y su fastidio con Ce y con Dora. En cierto sentido, Efe se le había adelantado. Si era así, y ella le decía que estaba enamorada de otro hombre, él ya no la escucharía como a alguien que lo pone honestamente al tanto de lo que siente, sino como a alguien que ha sido descubierto. Entonces no tendrían ni un solo minuto por delante para hablar de nada y se irían rotos y peleados... Días después, cuando creyó entender que no era así y que Efe no abrigaba la más mínima sospecha, ya era tarde. No tenía más remedio que decírselo al volver. Se lo diría de golpe.

Terminaron el desayuno, se dieron un último baño y recogieron sus cosas para irse. Efe se molestó porque no había ningún cesto a la vista donde arrojar las cajas y los vasos de cartón y plástico; tampoco había cestos en la calle. Podían haber llevado la basura con ellos y tirarla en la casa, pero Efe quiso ir a dejarla al hotel, enojado. Enojado no solamente con el hotel: con todo el pueblo.

Entraron con arena en los pies, cargando la sombrilla, las sillitas y la canasta, y se encontraron con Ce y Armando.

La sorpresa los paralizó a los cuatro por un instante, como una foto. "Esto ha de ser un error que avanza hacia la madurez", pensó Efe.

Jota dijo:

—¡Creíamos que se habían ido!

—Fuimos un par de días a Mar Azul. Ahora nos vamos de verdad —dijo Armando mirándolos de arriba abajo mientras trataba de sujetar una valija con rueditas que parecía emperrada en seguir adelante.

—¿Cómo la están pasando? —preguntó Ce en plural pero dirigiéndose solo a Jota.

—Bien, bien, nosotros también nos vamos. Veníamos a devolver estas cajas que...

—Ajj —dijo Ce—, ¿ustedes también cayeron en ese café horrible con medialunas de goma? Fue lo peor que tomé en mi vida. Este hotel deja mucho que desear.

—Ce, te escuchan —le dijo Armando por lo bajo.

—Y que escuchen, ¿qué más da? Lo bien que hicieron ustedes en alquilar una casita.

—Sí, una casa preciosa, por suerte —intervino Efe, que se sintió tocado.

—La pasamos muy bien la otra noche —dijo Armando—. ¡Quieta! ¿Pero qué mierda le pasa a esta valija? ¿Tu madre se fue contenta?

—Sí.

—Es un encanto de mujer. Me cayó diez puntos. Mandale mis saludos.

—Cómo no.

—Bueno...

—Sí, bueno, ya nos veremos por ahí... supongo —dijo Jota—. ¿Tenés mi número?

—No —dijo Ce—, pero tengo el de Efe y él tiene el mío, así que...

—Cuando quieras me dejás un mensajito y nos juntamos a tomar algo.

—Me encantaría.

Se dieron unos besos, en cruces lo suficientemente atropellados y confusos para que Efe y Ce pudieran limitarse al amague y a un adiós con el mentón.

Armando tiró de la valija, a la que de pronto parecían habérsele trabado las rueditas.

—Ahora que nos vamos no quiere arrancar —dijo y la sacó chirriando sobre el piso encerado del hall.

Efe dejó las cajas y los vasos sobre el mostrador del restaurante con un gesto casi de disculpas por la devolución de la basura. El enojo había desaparecido por completo.

En la ruta, durante el viaje, no mucho tiempo después de haber salido, Jota iba pensando en lo raro que era saber algo que el otro ignora mientras los dos miran el mismo paisaje (en ese momento un suburbio ya sin pinos, con grandes cunetas pegadas a la banquina) cuando de pronto giró hacia él y vio que se había dormido.

—¡Franco!

Efe abrió los ojos en el acto —el auto ni siquiera se desequilibró— y miró hacia adelante y a ella y de nuevo adelante, extrañado por el grito de Jota.

—¿Qué pasó...?

—Primero pará y después te explico. Manejo yo.

“A eso le llamo relajarse”, se dijo Jota mientras daba la vuelta al auto para ocupar el asiento del conductor.

Abrió la puerta.

—¡Pero estoy bien! —protestó Efe, todavía sentado al volante.

Un minuto después siguieron viaje; ahora manejaba Jota.

Efe reclinó el asiento y trató de dormir. No tenía nada de sueño en realidad, pero mantuvo los ojos cerrados y no los abrió hasta que Jota le dijo que duerma, precisamente, quizá porque no lo veía intentarlo, atenta al camino.

—Descansá —repitió ella con suavidad, como al tanto de lo que él llevaba en mente.

EPÍLOGO

Una brusca desaceleración hizo que Efe se despertara sobresaltado.

Jota, agarrada con fuerza al volante, como tirando de las riendas del auto, frenó justo a tiempo para embocar el desvío que llevaba a un restaurante al costado de la ruta.

—Necesito comer algo —dijo.

Efe odiaba las paradas, a menos que fueran inevitables: echar nafta, ir al baño. Todo lo demás —estirar las piernas, descansar un poco, tomar café— le parecía innecesario y un tanto ridículo; creía que la gente se detiene para sentir que viaja. Pero bueno, la que tenía hambre era Jota, así que disimuló el fastidio lo mejor que pudo.

Agarró del codo a un mozo que pasaba y le dijo:

—Somos dos.

El restaurante estaba lleno y era muy ruidoso, aunque todo el mundo parecía agotado, abatido, incluso los chicos. Algunos comían medialunas y tomaban café con leche y otros asado y vino. El mozo paseó la vista para un lado y para el otro en busca de una mesa libre hasta que descubrió una al fondo y la señaló extendiendo el brazo como un látigo.

Avanzaron zigzagueando entre las mesas. Efe iba adelante, apurado por concluir lo antes posible con el trámite. Jota lo llamó de pronto dándole unos golpecitos en la espalda con un dedo.

—Mirá quién está acá —le dijo.

“No, no puede ser”, pensó Efe; antes de darse vuelta ya sabía que Jota se refería a Ce.

Le había pasado al lado sin verla. Justo él, que durante días y días y más días la había visto en todas partes. Le vino a la mente la imagen de un paisaje matemático que se mostraba como un entorno natural y que crecía por sí mismo, no por el sol o por la lluvia o por las propiedades del aire y de la tierra; era el paisaje con el que soñaba en el auto. Recordó que en el sueño trataba de entenderlo y era imposible.

Se dio vuelta y le dijo a Ce, efectivamente:

—¿Esto es real?

—Yo me pregunté lo mismo cuando los vi entrar —respondió ella.

—Qué loco encontrarnos acá —dijo Jota—, ustedes salieron bastante antes que nosotros...

Ce le contó que por un negocio de Armando habían parado un rato en una de las ciudades vecinas (“me extrañó no verlos”, añadió sin sonreírse, aunque lo intentó). Efe miraba al suelo. “¿Será que términos como inexistente y real, ordinario y extraordinario, son sinónimos que, fingiéndose opuestos, trabajan codo a codo en la parte risueña de la vida?”, se dijo con cierta pompa. “Qué tontería”, añadió. “Todos los días entiendo algo que no me gusta”.

—¿Quieren sentarse? —invitó Ce estirando sobre la mesa una mano con la palma hacia arriba.

Jota se sentó enseguida. Efe tardó un poco más y lo hizo en cámara lenta, como un ser flotante.

—¿Y Armando? —preguntó Jota.

—Se fue.

—Cómo que se fue...

—Le dije que me dejara acá y siguiera solo.

—¿Qué pasó? —intervino Efe.

Era una pregunta indiscreta y desubicada. Ce giró la cabeza muy lentamente hacia él.

—Preferiría no hablar de eso —le dijo—. Pero estoy aliviada y en media hora tengo un ómnibus.

Jota y Efe se miraron por un segundo, como ante una catástrofe inminente. Tendrían que llevarla. La mirada de Efe decía: “Tiene un ómnibus en treinta minutos, treinta minutos no es nada”. De los dos, de los tres, la que más necesitaba ahora estar sola, sola con Efe al lado, era Jota. Pero dijo:

—Te venís con nosotros.

—No, gracias pero no. Ya compré el pasaje. Quiero dormir.

—Podés dormir en el auto. Efe durmió dos horas hasta acá. Incluso habló dormido. Ahora le toca manejar a él y a mí cerrar un poco los ojos, yo también estoy cansada.

—Jota, ¿qué vas a comer? —dijo Efe—. Si esperamos al mozo vamos a estar toda la tarde acá. Yo no quiero nada.

Ce tampoco quería nada.

Efe se levantó y fue a buscar un café y un sándwich de miga. ¿Semejante frenada por un sándwich? Pidió tres, no fuera cosa que más adelante quisiera parar de nuevo. Mientras esperaba que le alcanzaran el pedido se dio vuelta y las miró. Parecían entretenidas.

Pero cuando volvió a la mesa y las vio de cerca, la verdad era otra: Ce estaba de malhumor, seguramente enojada todavía con Armando, fuera lo que fuese lo que había pasado entre ellos, y Jota, como ausente, con la cabeza en otra parte.

Ya sabemos dónde tenía la cabeza Jota. No obstante, comió los tres sándwiches con hambre y, aunque no había nada que necesitara tanto como estar sola (vale la pena repetirlo), metida en su burbuja, preparándose para lo que diría unas horas después, eligiendo las palabras y calibrando mentalmente el tono con que las diría, puso todo su empeño en convencer a Ce de que viajara con ellos; no insistir en el ofrecimiento de llevarla era el summum de la descortesía.

Insistió hasta que Ce puso los ojos en blanco —sin verdadero hartazgo, más bien como una gracia, una gracia boba— y aceptó.

En el baúl no había más lugar. Efe cargó la valija de Ce en el asiento trasero, justo detrás de él, ahora sentado al volante, y mientras salían a paso de hombre en dirección a la ruta abrió la ventanilla, puso el aire acondicionado, enderezó apenas el respaldo del asiento para darle unos centímetros de espacio más a la valija, que lo molestaba, cerró de nuevo la ventanilla, y, como al mando de una nave ya lista para el despegue, preguntó si estaban bien.

Jota y Ce asintieron con la cabeza.

—Bueno, allá vamos —dijo él sin convicción.

Y allá iban. Increíble pero real.

Ni bien las cuatro ruedas pisaron el asfalto empezó a correr entre ellos la obligación de hablar, tortura de la que Jota se llevó la peor parte. Efe, a quien el rol de conductor le permitía, amparado bajo el paraguas de la atención que debía poner en la ruta, mantenerse más o menos al margen de las conversaciones, participaba apenas con monosílabos y gestos. Jota no estaba de ánimo, para colmo; apagada, distante, era el negativo de la que había sido en las vacaciones, pero aun así se esforzaba por ser amable. De tanto en

tanto, procurando que los silencios no fueran demasiado largos ni demasiado incómodos, daba vuelta la cabeza hacia atrás para decirle algo a Ce, y a veces incluso el cuerpo entero, mostrándole que sonreía si lo que había dicho Ce era algo de lo que se espera una sonrisa.

Ce no se mostraba muy colaborativa que digamos. Efe tenía toda la impresión de que estaba profundamente arrepentida, aunque no llegaba a resultar grosera (y que ella pensaba lo mismo de él). Sus aportes a la charla, durante la primera media hora de viaje, que fue la más brava, eran tramposos: lo que buscaba Ce cada vez que decía algo era pasarle la pelota a Jota, pidiéndole su opinión sobre tal o cual diseñador (“Bueno, capta perfectamente el carácter contemporáneo de lo feo. Y si le queda tiempo, también de lo que no sirve para nada”, dijo Jota) o sobre la combinación adecuada de ciertos materiales. En este punto Jota se dio vuelta y le dijo:

—No soy arquitecta, Ce.

—Últimamente ando mucho en bicicleta... —dijo Ce un rato después, inspirada en un hombre que pedaleaba en un camino de tierra paralelo a la ruta.

Hubo un largo silencio. Pasaron al lado de un auto detenido en la banquina con el capot levantado y un kayak en el techo y, aunque no había nadie a la vista, Jota murmuró:

—Pobre.

La ruta hizo una “s” y volvió a enderezarse. Efe hizo lo mismo con la espalda.

—¿Puedo preguntar cómo fue que se conocieron, o es demasiado? —dijo Ce.

—En la presentación de algo —respondió Jota.

—Sí —intervino Efe. Era la primera vez que hablaba en más de una hora de viaje—. Estábamos en grupo. Acababan de presentarnos. Cada vez que yo hacía un comentario, Jota me daba un golpecito en el brazo y decía divertida: “Ja ja, qué boludo”.

Ce se sonrió, pero no dijo nada.

—Un exceso de confianza —comentó Jota un momento después.

—Confianza inmediata —la corrigió Efe.

El tema no prosperó.

—Tendría que volver a fumar —dijo Jota.

—Tranquila. Ya falta menos.

—¿Pueden creer que yo nunca fumé? Tabaco, ¿no? Nunca, ni una sola vez.

—Yo tampoco —dijo Efe levantando una mano.

Jota se acurrucó en el asiento, cerró los ojos y no volvió a abrir la boca. Suficiente. Necesitaba pensar y no podía. Estaba agotada.

Durante varios kilómetros nadie dijo palabra. En determinado momento Efe cayó en la cuenta de que Jota se había dormido y se sintió completamente abandonado. No sabía qué decir y si lo hubiera sabido no lo habría dicho. ¿Por qué Ce no aprovechaba y dormía un poco ella también, como había dicho que haría en el ómnibus? A Efe le molestaba la obligación de tener los ojos abiertos. Era un absurdo, sí, pero lo sentía con toda claridad. De tanto en tanto daba vuelta la cara hacia Jota y la miraba fijo durante uno o dos segundos, como si quisiera (y pudiera) tocarla con la mirada y despertarla. Lo único que consiguió fue que Jota se cruzara de brazos.

Prendió la radio.

—¿Te molesta la música? —dijo encuadrando un ojo en el espejito retrovisor.

—¿La música? —dijo Ce—. No, en absoluto —y volvió a mirar para afuera. Había clavado el codo en el apoyabrazos de la puerta y llevaba el mentón apoyado en una mano. No había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que no veía lo que miraba.

Cuando la canción que sonaba en la radio terminó, dijo sin cambiar de posición:

—Qué bueno, viví toda mi vida al mismo tiempo que Paul McCartney.

La posición en la que iba (el codo en el apoyabrazos, el mentón en una mano) no era precisamente una posición cómoda, al contrario. Hubiera estado mucho más cómoda y relajada si se echaba contra el respaldo, como había hecho Jota. Pero no. Parecía somnolienta, con los párpados a media asta, y sin embargo seguía así. No tenía lógica.

Se despabiló cuando las ruedas derechas del auto golpearon con fuerza contra una grieta o un pliegue del asfalto, sacudiéndola.

Efe insultó entre dientes.

Ce enlazó las manos y empujó los dedos para un lado y para el otro sin que sonara ninguno. Después sí, se echó contra el respaldo, pero ahora completamente despierta. Miró directo a la nuca de Efe y le preguntó:

—¿Qué leíste?

—Oh, my God —dijo él. Nunca en la vida había usado esa expresión, de la que siempre se había reído sin ganas—. ¡Nada!

—¿Nada?

—Estuve de vacaciones.

—Ja —hizo Ce—, una vez me dijiste que...

Pero se interrumpió.

Efe le echó un vistazo por el espejito retrovisor. ¿Acaso iba a contar algo que él le había dicho *aquella vez*?

Ce recordaba no solo lo que él le había dicho sino también cuándo (y la fecha no tenía nada que ver), pero prefirió no seguir adelante. Se puso un dedo sobre los labios, pensativa. En tanto, Efe la miraba a ella y a la ruta y a ella y a la ruta y a ella y a la ruta con regularidad de tic tac.

—Te juro por Dios que no sé qué iba a decir —dijo Ce por fin.

Y volvió a adoptar la posición incómoda anterior.

Estaban a menos de una hora del centro de la ciudad, se acercaban al conurbano. Todavía podía apreciarse la sobriedad de la llanura. No se diría que la calidez, la pureza y la inocencia (construcciones que no precisan ni un solo tornillo) de los montes era conmovedora, pero sí que durante la noche debían haber retrocedido, tan claramente quietos estaban ahora, conteniendo la respiración.

Entonces sonó un celular. Jota abrió los ojos. Era el suyo.

Con el tercer llamado Efe le preguntó si no iba a atender.

Jota sacó el celular de un bolsillo del pantalón y miró el display.

—Hola. Estoy en viaje —dijo—. ¿Qué pasó? No, no, ahora decime... —Escuchó lo que alguien le decía del otro lado y se puso pálida, literalmente blanca. Un momento después cortó y echó la cabeza para atrás con los ojos cerrados y el celular todavía en la mano.

—¿Todo bien? —le preguntó Efe.

Jota no respondió.

Tenía una lágrima agarrada de las pestañas. Era una lágrima brillante, saludable, se diría que una lágrima feliz. Todo indicaba que

en el lado derecho de la cara había otra.

Efe la llamó. La llamó dos veces.

Jota dejó caer el celular y se llevó las manos a la cara. Fue una explosión. “No tengo que llorar”, se decía mientras lloraba. La cabeza le daba vueltas. Era consciente, sin embargo, de que no podía decirle a Efe lo que había pasado, con Ce ahí atrás. Si Ce no hubiera estado con ellos lo habría dicho inmediatamente, por supuesto, necesitaba hacerlo, además, pero no podía, era imposible. Y tampoco podía quedarse callada, alguna explicación tenía que dar. Algo que justificara el llanto y evitara cualquier pregunta.

—Murió mamá —dijo.

—¿Qué?

Nada, eso, ya lo había dicho. Era algo totalmente irreflexivo y loco, pero por un lado protegía a Efe delante de Ce y por el otro le permitía a ella entregarse con sinceridad a lo que sentía.

Ce se inclinó hacia adelante y le puso una mano en un hombro. Enseguida la retiró para darle lugar a Efe, que esperaba su turno con un brazo doblado en el aire.

Efe la abrazó.

—No te distraigas —dijo Jota soltándose, y dejó de llorar; ahora empezaba la conmoción—, hay mucho tránsito. Yo...

Ya no había nada después de ese “yo”.

—¿Tu hermana está ahí?

Jota negó sin fuerza, ausente, moviendo apenas la cabeza, un milímetro para cada lado.

—Vamos directo para allá... —preguntó Efe con tono afirmativo.

—A mí déjenme donde les quede cómodo —dijo Ce.

“Por supuesto”, pensó Efe.

No veía la hora de llegar. El tránsito era ya tan espeso que los últimos kilómetros parecían dilatarse y multiplicarse.

Jota no tenía el mismo apuro que él. De hecho, ya no tenía adónde ir. La entrada a la ciudad podría haberse despejado de golpe y permitirles acelerar y fluir, o cerrarse y atraparlos en un embotellamiento, y no habría ninguna diferencia. Todos sus proyectos se habían derrumbado. Efe le acariciaba la nuca y el cuello sin que ella diera muestras de sentirlo. Estaba aterrada y sin miedo, a la vez destrozada e insensible, como en el limbo del shock.

En determinado momento Efe le dio unas palmaditas en un muslo y Jota se dio vuelta por fin y lo miró. Enseguida bajó la vista, pensativa, pero no la cara, que siguió apuntada hacia él.

“Es la única persona en el mundo que puede ayudarte”, se dijo a sí misma con otra voz, acaso la voz de la que había sido hasta apenas un rato atrás. “No, ayudarte no. Pero cuando le digas quién fue en realidad el que murió, le va a hacer a tu dolor un lugar en el suyo. ¿Qué más podría hacer?”.

Efe le agarró una mano.

Dejaron a Ce en la esquina de una avenida, bastante lejos del barrio en el que vivía; desde ese punto ellos tenían que ir ya para otro lado.

—Gracias —dijo Ce. Efe le alcanzó la valija—. Mañana llamo para ver cómo sigue.

Efe la despidió sin decir palabra, con un cabeceo apenas perceptible que podía querer decir “sí” o “adiós” o “como quieras”, y a lo mejor nada.

Abrió la puerta. Ahora que se iba, ahora que él se iba, ahora que se iba Ce, la frialdad y la antipatía con que acababa de tratarla le

resultó de pronto incomprensible. No tenía nada en su contra, excepto su propia inseguridad, que le impedía absolverse. Si la hubiera encontrado casualmente en cualquier otro lugar y no en el pueblito del que venían habría sido muchísimo más amable y amistoso, y sin ninguna segunda intención. Pero todo eso no fue más que un relámpago.

Subió al auto y ni bien cerró la puerta ya estaba completamente enfocado en Jota.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Vamos a casa —dijo ella.

RADIOGRAFÍA DE LA POMPA

PRIMERA PARTE

MARCIANOS MUERTOS

Siempre hay alguien que pregunta: “¿Por qué te gusta tanto escribir sobre extraterrestres?”. Por la libertad, respondo yo, por “los vuelos de la nave de la imaginación”, como le escuché decir a un profesor de flauta, y es verdad. Pero hay dos razones más. Una, las *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury, que leí a los once o doce años; lo empecé en un viaje en auto con mi papá desde Arrecifes a Ramallo, el pueblo donde vivíamos; fueron setenta kilómetros de lectura, que no se interrumpió cuando llegamos: seguí leyendo en el auto estacionado hasta que se hizo de noche y ya no pude ver nada; y además me llamaban a comer. Bajé, comí, me metí en la cama y leí hasta el final.

Un día, años después, *muchos* años después, se me ocurrió escribir mis propias *Crónicas marcianas*. No una versión, no una parodia, Dios me libre, sino historias nuevas, sin ningún contacto con el original, pero situadas en el mismo lapso de tiempo en el que lo había hecho Bradbury, entre los años 1999 y 2026. Lo que más me gustaba de la idea era la idea (porque había una idea adentro de otra) de contar la historia de un futuro que ya pasó.

Bradbury publicó el libro en 1950. El futuro, para sus crónicas, empezaba en 1999. Es decir que imaginó un futuro a cincuenta años de su presente y lo terminó a casi ochenta años de allí. Lo que yo planeaba —en 2015 o 2016, no lo recuerdo con precisión y no importa— era escribir *también* sobre el futuro *a partir de 1999*.

Pero lo más estimulante no era esto, sino la posibilidad que el desafío me ofrecía de revolcarme en un estercolero compositivo (desarticulado, inacabado, episódico, caprichoso, excéntrico, colateral) opuesto en todo a la poética melancólica y a los temas perennes de la humanidad que Bradbury había tocado con su varita mágica (la guerra, el impulso autodestructivo de los hombres —y ahora, desde mi tiempo, también de las mujeres—, nuestra pequeñez ante la naturaleza, etcétera): mis crónicas iban a ser cualquier cosa menos edificantes, serían “reventadas, sin mensaje”, como decía Fogwill, y estarían repletas de groserías, tantas que ahora, solo con recordarlo, me dan ganas de ponerlo otra vez en marcha.

De aquel proyecto, que abandoné sin darme cuenta, es decir, antes de haberme embarcado en él, sale casi todo lo que escribí sobre extraterrestres en los últimos años; y en efecto, guardo en la memoria unos cuantos planes de relatos y esbozos que de tanto en tanto visito, y si puedo los escribo, y si me gustan los publico.

La segunda de las razones por las que “me gusta tanto escribir sobre extraterrestres” es mucho más prosaica que la anterior: mi experiencia. Soy de los que creen que todos sin excepción hemos tenido a lo largo de nuestras vidas al menos un encuentro cercano del tercer tipo, aunque miles de millones de personas en el mundo ni siquiera lo adviertan. Yo tuve varios. Referiré muy brevemente los últimos tres.

El 5 de diciembre de 1996, al mediodía, estaba a punto de prender el fuego para un asado cuando me di cuenta de que no tenía los fósforos encima. Un minuto antes había pisado un charco de barro, por una pérdida en la manguera con la que acababa de regar el

jardín, y, para no entrar y ensuciar el piso, le pedí a mi mujer que me alcanzara los fósforos. Ni bien terminé de decirlo me encontré saliendo de una casa que nunca antes había visto, en compañía de tres seres extraños, ligeramente distintos de nosotros: un hombre y una mujer, ambos de mediana edad, y un varoncito de alrededor de quince, hijo de ellos. Salíamos a dar un paseo por las afueras de un pueblito insulso y anodino sobre el que se volcaba como a desgano un paisaje de montañas multicolores y praderas aladas, en los confines de la galaxia.

La mujer estaba molesta con mi presencia. No me trataba mal, pero era evidente que se salía de la vaina por hacerlo y que, si se dominaba, era para no contrariar al varoncito, que ese día cumplía años. ¿Qué tenía que hacer yo ahí, con ellos? La mujer había planeado pasar el día en familia, solos los tres, y el varoncito me había traído a mí, abduciéndome, quizá por diversión, o como una irreverencia propia de la edad, justo cuando ella le daba el mejor regalo del mundo: un muerto.

El hombre que en ese momento salía de la casa con nosotros, en efecto, era su esposo, el padre del chico, y estaba muerto. Los habitantes del pueblito (y de todo el planeta) tenían el don de convocar a sus seres queridos muertos a fin de pasar un rato con ellos, para compartir un almuerzo o para dar un paseo, como íbamos a hacer ahora. Yo tomé la información —que me dictaba a hurtadillas, telepáticamente, el varoncito— con toda naturalidad, aunque mirando al muerto de reojo. Este, como todos los muertos, respondía a la convocatoria del amor, pero sin volver realmente a la vida; era lento y tan liviano que durante los primeros minutos del paseo la mujer debió sujetarlo en dos o tres ocasiones para evitar

que se desprendiera del suelo y se elevara como un globo de gas. Tampoco hablaba, no al menos fluidamente; todo lo que decía sonaba pastoso, como si tuviera la lengua pegada al paladar.

Desde hacía ya un buen rato el muerto pedía una y otra vez algo que yo no alcanzaba a descifrar. “Tiene hambre”, me explicó el varoncito. (“Sí”, dijo la mujer, y agregó sarcástica: “Este es de los que no han perdido el gusto por la comida”). Más allá de ese pedido puntual, se mantenía callado y silencioso; en vida había sido muy parlanchín, pero ahora prefería escuchar. Yo, en cambio, ya no escuchaba nada, alterado por la sospecha repentina de que también estaba allí porque acababa de morir, aunque era imposible que hubiese sido apreciado alguna vez por alguno de ellos, ni siquiera en sus sueños de cazadores, de abducciones al azar.

En determinado momento dimos vuelta una esquina y, vaya sorpresa, nos encontramos de golpe con alguien que venía en compañía del mismo muerto. En efecto, esta persona (digámoslo así) había sido muy amigo del esposo de la mujer, del padre del varoncito, y acababa de convocarlo para pasar la tarde con él. Esto era algo que solía ocurrir. A veces, incluso, si el muerto había sido muy querido en la comunidad, se daba el caso de que resultaba convocado por varias personas en simultáneo, por lo que era frecuente que se lo viera al mismo tiempo en distintos lugares a la vez: sentado a una mesa en la vereda de un bar, caminando al sol, paseando en auto, haciendo las compras.

No eran encuentros felices, al contrario: estaban llenos de tensión, y se aconsejaba evitarlos (“Que se miren de lejos, nomás”), cosa que nosotros no tuvimos tiempo de hacer. La visión de un muerto repetido, dicho esto entre paréntesis, aumentaba el cariño de los

familiares directos por sus amigos, y viceversa; cuando se descubrían unos a otros en veredas opuestas, se saludaban con un afecto que crecía a cada instante, alzando un brazo desde lejos (“¡Cómo se querían!”) hasta que dejaban de verse; pero este no era el caso. La mujer me culpaba por su distracción: sin mi presencia allí, que la molestaba, habría percibido al otro y hubiera seguido de largo, o cruzado de vereda. Ahora ya era tarde.

Ni bien nuestro muerto se encontró frente a frente con el muerto del otro, es decir con él mismo, el aire se espesó (podía cortarse con cuchillo). La mujer trató de restarle gravedad a la situación haciendo un comentario sobre el clima —hábilmente, aunque el clima era tan apacible que no había nada que decir—, a fin de mantener serenos a los muertos, por lo menos al muerto que llevaba ella, y el otro hacía lo mismo con el suyo, sobreactuando su interés en la temperatura y la transparencia del cielo.

Fue inútil. En un primer momento los muertos se limitaron a mirarse con recelo; ahora empezaban a gruñir y se mostraban los dientes. La carga de violencia contenida era enorme, compacta. Tuve la impresión de que la carga de violencia, enorme, compacta, no estaba contenida, sino todo lo contrario, completamente liberada, solo que su condición de muertos hacía que a mis ojos pareciera limitada e inofensiva, un ceremonial de posturas, movimientos amenazantes y ruidos destinado a provocar al oponente sin ningún contacto físico; el propósito real era no lastimarse. Pero ¿qué pasaría si, en lugar de liberarla, la hacían estallar? Un animal, cualquiera de nuestros queridos animales terrestres, desfila frente al oponente que se le acerca emitiendo sonidos guturales. Si esta actitud no aleja a su rival, lo ataca. Y si el otro responde, las cabezas chocan. Si

ninguno cede, hacen una pausa, se separan, y vuelven a intentarlo. La lucha termina cuando uno de ellos asume una postura de sumisión. El vencedor deja de cargar y espera en actitud amenazante hasta que el perdedor se retira. Una pelea dañina se desencadena solamente cuando uno de los dos no ejecuta esta ceremonia; entonces el otro lo ataca y lo muerde en el dorso del cuello.

—¡Basta, basta! —exclamó de pronto la madre del varoncito, que me leía el pensamiento sin que me diera cuenta. ¿Y cómo iba a darme cuenta de algo así?—. ¡Llévatelo!

Y en el acto reaparecí al lado de la parrilla, justo a tiempo para agarrar los fósforos que me alcanzaba mi mujer.

Aquella abducción me cambió la vida; ahora todo era posible. Pero ¿había tenido ya mi “al menos un encuentro” con seres inteligentes extraterrestres, y no habría más? Aparentemente no. Al principio anduve por la casa, y por el barrio, e incluso en el extranjero, con el mentón en alto, gesto que me dio fama de soberbio, cuando en realidad iba atento a la posibilidad de un nuevo rapto. Después, poco a poco, fui bajando el mentón, y me olvidé del asunto.

Para compensar el hueco de desesperanza que sin embargo había quedado en mí, me puse a componer historias de ficción. Hasta que una tarde, la tarde del 15 de enero de 2012, durante unas vacaciones en Jujuy, lo real se me volvió a dar.

Yo iba a caballo por los alrededores del campo de mi anfitrión cuando dos figuras con forma humana, con aspecto de peones, se corporizaron en el aire y descendieron oscilando como plumas. Es verdad: hacía tanto calor que hasta la línea del horizonte aparecía despegada del suelo, pero ni bien un relincho los advirtió de mi

presencia pusieron tal esmero en el arte del disimulo que inmediatamente me dije: "Estos son marcianos". Y me acerqué a saludar.

Se habían acodado rápidamente a los postes del alambrado y fingían conversar de lo más tranquilos, uno con la bragueta abierta, el otro descalzo, como si al cabo de un viaje interestelar no hubieran terminado de vestirse todavía, cuando llegué y les dije: "Los vi". Ni "buenas", ni "qué tal", ni "cómo va la cosa": "los vi". Los peones cruzaron una mirada, tragaron saliva, y no les quedó más remedio que aceptar que habían sido descubiertos. A partir de entonces fueron de lo más amables.

Yo me apeé y estuve un rato largo haciéndoles preguntas de toda clase. Así fue como me enteré, entre otras cosas, de que eran naves. Dicho de otro modo: eran su propia nave, eran a la vez nave y pasajero. ¡Y yo, que no tenía la dicha de haber visto nunca un mero ovni, estaba de pronto hablando con naves de carne y hueso! Nunca había ni siquiera imaginado algo así.

—¿Vienen de lejos? —les pregunté.

—No, de acá nomás —contestó irónicamente el de la bragueta abierta—. ¡Ups! —dijo al descubrísela y se la abotonó.

Aunque hacía décadas que venían de visita no dominaban todavía el castellano, pero alcancé a enterarme de que eran extraordinariamente cultos. Sabían todo sobre nosotros; admiraban la composición del suelo, la concentración altísima de polisacáridos, fenoles y flavonoides de las hojas; daba gusto escucharlos. En determinado momento (no sé qué dije, o qué dijo alguno de ellos) se enfrascaron en un duelo enciclopédico lleno de interjecciones

(iahá!, iey!, iuhh!), al cabo del que dieron media vuelta y se fueron cada uno por su lado, enojados.

Yo me quedé mirándolos, un poco al de la izquierda, un poco al de la derecha, como a un partido de ping-pong lento. Y de pronto el de la izquierda salió disparado para arriba a toda velocidad. El de la derecha siguió caminando hasta que se perdió de vista.

El tercer encuentro ocurrió unos días atrás. Acababa de despertarme. Era muy temprano, serían las cuatro de la mañana, todavía era de noche. Desde que nació mi hija, hace de esto ya cinco años, tomé la costumbre de levantarme temprano, a fin de hacerme de unas horitas para escribir, antes de que ella se despierte y arranque con el primer eslabón de la cadena de necesidades cotidianas. Así que ese día me desperté de noche, como siempre; mi hija estaba de viaje con su madre, pero madrugar se me ha hecho costumbre y ya lo hago aunque esté solo y aunque no tenga nada que escribir. Abrí los ojos y me llamó la atención un caballete en mitad del cuarto.

En casa no hay ningún caballete. ¿De dónde había salido este? Yo había estado todo el día anterior en casa, había cocinado y almorzado con dos amigos que vinieron de visita y había hecho pasar a una vecina nueva que quiso presentarse, pero en ningún momento vi que nadie trajera un caballete. Y mucho menos todavía que lo dejara en mi cuarto. Y sin embargo ahí había un caballete. Estaba cómodamente estacionado a un metro de la cama, como si hubiera entrado caminando.

Era un caballete de lo más común, de madera cepillada, de unos sesenta centímetros de alto. Las cuatro patas estaban unidas de a dos por un poste transversal, a la vez sujetados uno al otro por una

cadenita. Lo miré y pensé en el otro. ¿Dónde estaba el otro? Los caballetes andan siempre de a dos. La única función de este mueble, si es que puedo llamarlo así, es sostener una tabla y convertirse en mesa o escritorio, o elevar el piso a pintores de brocha gorda y albañiles. Pero para esto tienen que ser dos, por supuesto. Un caballete solo no sirve para nada. Así que, si ya era raro un caballete en mi cuarto, más raro todavía era que estuviera solo; despertar y encontrarme con dos caballetes me hubiera parecido igualmente raro, sí, pero también lógico.

Pensaba en eso mientras iba a la estación de servicio a comprar un encendedor; el chispero eléctrico de la cocina había dejado de funcionar. Era de noche todavía.

Ya de regreso noté que el caballete no estaba exactamente en el mismo lugar de antes. Este cambio, que era evidente (ahora estaba de perfil a la cama, cuando antes estaba de frente), hizo que me inmovilizara; hasta el humo del cigarrillo que acababa de prender parecía detenido.

Nadie podía habérselo llevado por delante, haciéndolo cambiar de posición. ¿Acaso había un fantasma en la casa? ¿Un ladrón escondido? Revisé la casa al milímetro. Estaba solo. Estábamos solos los dos. ¿Lo había movido yo sin darme cuenta? No lo creí posible: intrigado por su presencia allí, recordaba perfectamente haber dado un rodeo al salir del cuarto, apartándome de él como con aprehensión.

Me senté en la cama y me quedé mirándolo un rato largo.

—¿Qué hacés acá? —le dije por fin.

No soy de hablarle a los objetos, como mi padre, que le hablaba al auto y que traducía para nosotros lo que le decía la heladera; fue

una de esas cosas que se dicen por decir (aunque a veces llevando al lugar exacto lo que sentimos), no más que eso. Pero la reacción del caballete fue absolutamente extraordinaria: se echó hacia atrás para tomar impulso, doblándose como si fuera de goma, y se lanzó a la carrera por el cuarto. Iba de acá para allá, chocaba a veces con la silla, a veces con el escritorio y a veces con la pared, como un ciego; me pareció que quería irse y no embocaba la salida. Ni bien conseguí reponerme —el corazón tardó más que la mente— busqué tranquilizarlo con gestos y palabras amables, a lo que el caballete, por suerte, reaccionó bien; se detuvo y se quedó quieto en un rincón.

—¿Querés salir? —le pregunté. No hubo ninguna respuesta—. Yo te dejo salir si me decís quién sos.

En el silencio que siguió advertí una serie de detalles realmente curiosos: un cajón de la cómoda abierto y desordenado; la desaparición de una camisa que colgaba del respaldo de la silla; el vaso con agua que la noche anterior había dejado sobre la mesa de luz, ahora vacío. El caballete los había agarrado de alguna manera, no diría que con una mano invisible pero sí con un campo de fuerza equivalente a su función, por lo que acepté la idea figurada de que tenía manos, con las que había abierto el cajón de la cómoda y con las que se había robado mi camisa, y sin duda también una boca, con la que había bebido el agua. Deduje, obviamente, que estaba desnudo y que tenía sed, pero no supe qué pensar sobre el hecho de que lo que agarraba quedara velado, invisibilizado también, quizá en otra dimensión. ¡Curiosa capacidad esta de asir cosas concretas y desmaterializarlas sin tocarlas! Aparte de beber el agua del vaso, dejando de nuevo el vaso en la mesa de luz, y de llevarse una

camisa ¿qué buscaba en el cajón de la cómoda? Era el cajón en el que guardo las medias, pero no se había llevado ninguna. Convencido de que lo que tenía era frío, y para demostrarle que podía confiar en mí, abrí el cajón de abajo, saqué una bufanda y se la alcancé. La bufanda desapareció de mi mano. Casi inmediatamente me la devolvió, tirándola al suelo.

—¿No era eso lo que querías? ¿Qué es lo que querés?

Recogí la bufanda y me di cuenta de que era de muy mala calidad, áspera, hostil. Esa tenía que ser la razón de su rechazo, sin duda. Yo mismo la arrojé a un costado. Acto seguido saqué de la cómoda un gran pañuelo de seda que me había traído de regalo mi mujer de un viaje a la India y que yo nunca había usado y se lo ofrecí. Lo tomó con suma delicadeza, como aspirándolo, y se lo quedó.

Estaba en presencia de un caballete de lo más exquisito. Al rechazo de la bufanda y la aceptación del pañuelo había que sumar el hecho de que la camisa que se había llevado era ni más ni menos que mi mejor camisa —una camisa carísima, dicho sea de paso, de hilo Gutermann, que me obsequió mi editora francesa el año pasado en el Salón del Libro de París—, todo lo cual era prueba de que acababa de descubrir a, y hacer contacto con, un ser extraterrestre refinado y coqueto; la prueba definitiva fue que el frasco de perfume desapareció del estante de la biblioteca donde lo dejó siempre. Escuché el sonido del vaporizador, *alcancé* a escuchar el sonido del vaporizador (tres aplicaciones, con una brevísima pausa entre la segunda y la tercera aplicación), pero del aroma del perfume ni noticias. Que de una misma acción pudiera escuchar el sonido pero no oler el contenido me hizo pensar que el caballete era capaz de hablar. ¡Cuántas rimas, madre mía! Excitado por esta posibilidad le

pregunté a repetición (hasta el momento le había hecho apenas un par de preguntas aisladas) de dónde era, cómo se llamaba, qué hacía acá y ¿necesitás algo más?

Creí ver que el caballete adelantaba tímidamente una de las patas delanteras; en todo caso, ahora estaba apenas ladeado con relación a mí. Yo seguí sentado en la cama un rato más. Finalmente me levanté. Estaba ansioso y tenía hambre. Al pasar a su lado estiré un brazo y, también tímidamente, como él, le apoyé una mano en la parte superior de la "A" (visto de perfil), en señal de amistad. El caballete se cerró al contacto con mi mano juntando las cuatro patas, sin perder por eso el equilibrio. La cadena que sujetaba los postes transversales, cuya función era evitar que las patas se abriesen en caso de que se las sometiera a un peso excesivo, quedó como desmayada en el suelo. Pero era un avance, era un avance, yo interpretaba todo lo que hacía como un avance. Y lo era. Nada de lo que el caballete había hecho hasta ese momento iba dirigido a mí — correr enloquecido en busca de la salida, ponerse de lado, mover una pata—; ahora acababa de cerrarse ante el roce deliberado de mi mano. Eso era sin duda una respuesta. Pero ¿qué quería decir? ¿Me rechazaba? ¿Sentía vergüenza? ¿No le gustaba que lo tocaran? Volví a tocarlo y esta vez se abrió. Sí, lo mejor era no hacerse tantas preguntas. El caballete empezaba a dialogar conmigo, eso era lo único que importaba.

Salí del cuarto para ver si me seguía. No lo hizo. Fui hasta la cocina, agarré una pata de pollo de la heladera, le di un mordisco mientras volvía al cuarto y ya de nuevo frente a él le ofrecí un bocado. No demostró el más mínimo interés.

—¿Qué voy a hacer con vos? —le dije señalándolo con el hueso.

El caballete permaneció inmóvil.

Me conmovía lo común y silvestre que era, con apenas una bisagra metálica a cada lado en la parte superior y un tornillo en cada pata ajustando los postes transversales, sin pizca de la elegancia del trípode o el atril. Un caballete coqueto pero pobre, de pino, destinado a soportar tablones de poca monta, en lugar de grandes libros o el lienzo de un artista. Ser plegable era su única virtud, y la única preocupación que transmitía su diseño era por la conservación de la estabilidad.

Esa noche me fui a dormir temiendo que al otro día, al despertar, el caballete no estuviera allí. Me fui a dormir, digo; no pegué un ojo en toda la noche. Me dormía, abría un ojo, ahí estaba. Me dormía, abría un ojo, ahí estaba.

A la mañana, cuando me levanté, le di una palmadita cariñosa como al pasar, pero él ni se movió. Lo llevé a la cocina. Puse agua al fuego y le mostré cómo preparar el mate. Atendí el llamado de un periodista que quería entrevistarme para hablar de mi última novela, que había escrito mil años atrás, de niño. Cuando corté, la pava empezó a chillar; al lado del caballete me pareció la pava más pavota del mundo, si se me permite decirlo así. Apagué el fuego y le agregué un chorro de agua fría. El caballete me observaba con atención. Finalmente me senté a la mesa y lo invité con el primero.

—¿Querés?

Sentí que algo, a lo mejor un dedo, algo apenas más sólido que una espiración, empujaba el mate hacia mí. ¡Me decía que no! Tranquilamente podría haberse quedado inmóvil ante la invitación, pero elegía comunicarse. Yo estaba otra vez excitadísimo, pero me dije que era mejor no insistir, no presionarlo, y dejarlo hacer a él.

Tomé tres o cuatro mates mirando el cielo por la ventana.

Ese día tenía turno con mi médico de cabecera; lo había solicitado hacía ya casi un mes y no quería perderlo, pero tampoco dejar solo al caballete. Si lo hacía, corría el riesgo de que al volver a casa me encontrara con que se había ido. Así que lo llevé conmigo. Ni bien entré al consultorio, con el caballete enganchado de un brazo, como una cartera, me excusé diciendo que lo había comprado en el camino.

Después de un examen rutinario y aun así bastante minucioso nos sentamos al escritorio y el doctor empezó a buscar la lapicera. Escarbó en los bolsillos de la chaqueta, levantó una pila de papeles, hizo trotar dos dedos alrededor de la base de una lámpara...

—Qué raro, recién estaba acá —dijo.

Yo me agaché y, fingiendo que buscaba en el suelo, acerqué la boca al caballete y le dije en un susurro:

—Si la agarraste vos, devolvela. No sé para qué podés querer una lapicera.

Cuando me incorporé, el doctor estaba inclinado sobre mí, por encima del escritorio.

—¿Está ahí? —me preguntó. Le dije que no—. Ah, me pareció que me decía algo.

Le pidió una lapicera a su secretaria y me indicó una ergometría.

Salí del consultorio intrigado; podía entender que el caballete se bebiera el agua y se llevara mi camisa si tenía frío y sed, pero que se apropiara de cosas que no podían servirle absolutamente para nada me resultaba incomprensible. ¿Acaso quería mandar un mensaje, un pedido de auxilio? La distancia que había recorrido hasta llegar a mi casa debía ser asombrosa, teniendo en cuenta que poderosísimos

telescopios, sondas y satélites que viajan desde hace décadas por el espacio no han dado todavía con ningún indicio de caballetes inteligentes, lo que vuelve absurda cualquier intención de mensaje escrito. La solución a la intriga llegó en el auto: puse el caballete del lado del acompañante, di la vuelta para subir y al hacerlo vi la lapicera sobre el asiento, debajo de él. La había dejado caer. ¿Me hacía un regalo? Agarré la lapicera y la guardé sin demostrar ningún sentimiento, pero algo me decía que él estaba perfectamente al tanto del volumen de mi asombro, de la profundidad de mi sorpresa, de la altura de mi emoción, y de los ángulos agudos de la pirámide afectiva que subía mientras manejaba de regreso a casa.

—Gracias —le dije en un tono lo más neutro posible—, pero hace rato ya que no escribo a mano.

Y se me escapó una carcajada que apagué enseguida.

Quizá lo ofendí; durante el resto del día y buena parte del siguiente no hizo ni el más mínimo movimiento. Yo me mostraba tranquilo, pero en el fondo estaba inquieto, no solo por la posibilidad de que el caballete desapareciera o se esfumara de un momento a otro, por lo que no salí de casa ni para sacar la basura (sí, fui a la estación de servicio de la esquina, la que vende nafta y fuego, a comprar papel de armar, y lo llevé conmigo), sino también, y principalmente, por su palidez, que me hizo temer que hubiera muerto. Entonces mantuve durante horas una oreja pegada a él, hasta que oí un crujido diminuto, lejanísimo, en la madera. Me incorporé, y, para combatir la inquietud, corté el pasto, lavé los platos, hice abdominales y flexiones de brazos; intenté incluso cosas imposibles como leer y escribir. Nada dio ningún resultado. Estaba cada vez más inquieto. Su “silencio”, después de la promesa mayor

que significaban las pequeñas muestras de entendimiento que me había dado, era abrumador.

En lugar de aumentar, la comunicación entre nosotros cesó por completo. El grado de separación, lo tajante del modo, por decirlo así, con que me había dado la espalda, era tan profundo que terminó por arrastrarme a mí también. Al final del día ya no esperaba nada de él. Ahora era yo el que se había movido.

Al anochecer hubo una tormenta fuerte. Por todas partes caían pelotas de hielo. La luz se cortó durante diez o quince minutos y lo primero que hice cuando volvió fue mirar el caballete; lo primero y lo último. Después me fui a la cama. Estaba agotado, y enseguida me dormí. Recuerdo que antes de perder la conciencia alcancé a decirme: "Ja ja ja, y pensar que yo iba...". No sé cuánto tiempo después me despertó una succión en la entrepierna; sé que era delicada pero firme y tan envolvente que no pude rechazarla, al contrario: me entregué por completo, como a un abismo. Tuve que agarrarme de las sábanas para no caer hacia arriba, desde la cama: levitaba.

Me llevó un buen rato recuperarme cuando todo terminó. Prendí la luz. Ahí estaba el caballete, todavía a centímetros de mí. Le dirigí una sonrisa impar y me levanté, preparé el mate, me senté a escribir. "Así nunca voy a ganar un premio", me dije antes de pulsar la primera tecla.

Escribí hasta el mediodía. Desde que me levanté para escribir hasta que me levanté para dejar de hacerlo, porque podría haber seguido adelante sin ningún problema, salteándome la veracidad de los hechos, el caballete permaneció en el cuarto, en el mismo lugar donde lo había visto la última vez. Después de comprobar que

seguía ahí, volví sobre mis pasos (¿qué otra cosa podía hacer?), y aunque el camino me llevaba de nuevo al escritorio, di media vuelta y salí de casa. Hacía años que no desayunaba afuera.

A mi regreso el caballete ya no estaba.

Llevé la computadora a la mesa de la cocina y, sin nada mejor que hacer (y para despejar la melancolía, que empezaba a caer sobre mí como una llovizna negra), dediqué el resto del día a darle un cuerpo a la sombra de una historia que alguna vez planeé sería *La Segunda Expedición de mis Crónicas marcianas*.

En busca de Keith Medina

Lo primero que vieron al salir de la nave fue un indio que afinaba una guitarra a la sombra de un ombú.

—Ah, no —dijo el comandante—, si esto arranca así yo me voy a mi casa.

Los cinco astronautas, embutidos en gruesos trajes donde no faltaba nada (el comandante llevaba incluso cigarrillos y una petaca de whisky en uno de los bolsillos interiores, sobre el corazón), se acercaron paso a paso. El indio, concentradísimo en la afinación del instrumento, ni los miró.

—Buenas —saludó el comandante.

Silencio.

—Buenas —repitió.

Silencio repetido.

—Araoz —el comandante codeó al de al lado—, ¿es real?

—Se lo averiguo.

Araoz, milico de punta a punta, como todos a lo largo y a lo ancho de la historia de los viajes espaciales, dio un paso al frente y le pegó al indio una patada en un tobillo. El indio no se inmutó, siguió afinando la guitarra.

—Sí, mi comandante, es real pero no responde.

—Dele otra, ¿a ver?

Le dio otra.

—No hay caso.

—Vengan —dijo el comandante.

Presionó un botoncito en el casco, por encima de la visera, y el traje se infló, desplegando por adentro una banqueta de lo más confortable en la que se dejó caer con las piernas ya cruzadas, ahora completamente desnudo. Por una escotilla ubicada a su izquierda fue entrando la tripulación, de a uno por vez.

—Tomen asiento, muchachos.

Araoz, Espina, la doctora Lemes y Wapito se acomodaron como pudieron. Tenían, los cuatro, edades parecidas y la misma inexperiencia: era la primera vez que salían al espacio, no habían pasado ni siquiera un fin de semana en la Luna. Y de pronto estaban en Marte. Se sentían raros, como mareados. Cuando el comandante les preguntó qué pensaban de lo sucedido, ninguno de los cuatro supo qué decir.

—Veo que este asunto de llegar y encontrarnos con un indio que afina una guitarra abajo de un ombú los ha dejado mudos. Yo, sin esas pataditas que le dio usted, Araoz, hubiera dicho que era un espejismo, la presencia material de un espejismo verdadero. “Ese brillo de barniz que tiene en su totalidad es la esencia, la esencia que, como todo el mundo sabe, brilla al desprenderse de su forma”,

pensé. El tema me interesó enseguida, sobremanera. Pero al ver cómo la punta de su bota, Araoz, se hundía en la carne amarronada del bárbaro, me dije: "Espejismo no es". ¿Qué es? La pregunta no cabe, porque ya tenemos la respuesta: un indio. Y es más, un indio afinando una guitarra. ¿Cómo es posible? Un indio de edad indefinida —podría tener veinte años o cincuenta—, con el torso desnudo, de taparrabos, diría que en bolas, calzado con soquetes de lana y alpargatas... ¿Quién no ha visto alguna vez un indio, aunque más no sea en fotos, o dibujado? Vamos a la guitarra. No sé nada de música, nunca he tocado ni el timbre, pero esa guitarra de ahí afuera tiene una caja de resonancia, un mástil, diapasón, trastes, seis cuerdas y clavijero. En definitiva, una guitarra de lo más normal. ¿Y qué me dicen del ombú? Mi teoría es esta: lo inerte es lo único vivo ahí afuera. Me refiero a la guitarra. El indio y el ombú existen, igual que las piedras. No diría que el indio y el ombú son un sueño de la guitarra —se persignó—, ¡Ave María purísima!, pero sí un disfraz. Conclusión: la guitarra es un puto bicho inteligente.

—Ohh —exclamaron todos echando las cabezas para atrás.

—Ha de tener un radar de lo más poderoso —siguió el comandante—, con el que captó que veníamos de la pampa, y, como seguramente es un bicho pesado y lento, no tuvo tiempo de huir, por lo que adoptó la forma de guitarra, y para resultar convincente en su camouflage se puso de paisaje un indio y un ombú. Por eso el indio no contesta los saludos y no responde a las patadas. Pero la guitarra sí. La guitarra hizo sonar las cuerdas más de una vez, como diciendo algo. El problema no es que seamos sordos a la música, el problema es que no entendemos el idioma. Tenemos que salir y enfrentarnos cara a cara con la guitarra. ¿Quién tiene fuego?

Wapito se adelantó con un encendedor ya prendido. El comandante sumergió la punta del cigarro en la llama.

—¿Y? ¿Qué me dicen? —preguntó soplando una arandela de humo en L, es decir, con efecto: la arandela fue primero hacia adelante y enseguida para arriba.

La doctora Lemes, que había sacado un periscopio por un ojal del traje y miraba para afuera, gritó:

—¡Se escapa! ¡La guitarra se escapa! ¡El indio sigue en la misma posición, como si todavía la tuviera entre las manos, pero la guitarra ya está a un metro del ombú!

—¿La escucha?

—¡Sí! ¡Afina mientras se va!

—¿Velocidad?

—¡Centímetro y medio por minuto!

—Abra la escotilla, vamos saliendo. Muchachos, desinflen el traje y nos vemos afuera. Y ojo: nada de apurarlo. Déjenme hablar a mí.

Salieron.

Fueron directamente al encuentro de la guitarra.

—Guitarrita —le dijo el comandante—, ¿adónde vas?

La guitarra respondió con un rasguido desprolijo, como sobresaltada, pero lo emparejó enseguida con un ritmo de lo más pegadizo, perlado de chasquidos y repiques.

—Tranquila, muchacha —le dijo el comandante—, venimos en son de paz. ¿Sos de por acá?

Esta vez las cuerdas se apretaron sobre el puente, como presionadas por una mano invisible, haciendo una cejilla. Se escuchó un arpegio breve y enérgico que podía querer decir que sí tanto como que no.

El comandante torció la boca y dijo en voz baja, hablando para atrás:

—Intenta decirnos algo.

Y agregó, ahora dirigiéndose a la guitarra, con aire despreocupado:

—Venimos de la Argentina, pero aun así no sé si te entiendo. ¿Hablás el argentino?

Otro arpeggio.

—Si eso es un “no” —dijo torciendo de nuevo la boca hacia atrás—, no sé cómo hace para entender lo que le digo. —Y a la guitarra —: ¿Entendés lo que te digo?

El mismo arpeggio.

—Bueno, sorda no es. La escucho perfectamente. ¿Hay más guitarras por la zona?

A esta y a otras preguntas la guitarra respondió con floridas escalas ascendentes, acordes y rasguidos varios, demostrando voluntad de cooperación. Pero los astronautas eran uno más sordo que el otro y no sacaban nada en limpio.

La guitarra expresó su fastidio con un solo, estirando las cuerdas hasta hacerlas rabiarse.

A Wapito se le ocurrió abrir en su computadora de muñeca un lector de notas musicales.

—Dígame —le dijo al comandante— dónde aprieta las cuerdas y vemos qué resulta.

El comandante le fue dictando:

—Dedo en el traste 2 de la quinta cuerda... Dedo en el traste 2 de la cuarta cuerda... Dedo en el traste 1 de la tercera cuerda...

—Es un MI —dijo Wapito.

Empezaban a entenderse. Pero el diálogo era lento, demasiado lento. Las notas, trabajosamente reunidas una tras otra, formaban una melodía, y la computadora, que buscaba y rebuscaba en el inmenso cancionero nacional, a veces con demoras largas, exasperantes, les entregaba la letra. La primera respuesta que tuvieron completa fue:

*Tan alta que está la luna, ay sí,
y el lucero la acompaña, ay no,
qué triste se queda una, ay sí,
cuando el otro la engaña, ay no.*

—¿Pero de qué habla esta muchacha? —preguntó con fastidio el comandante.

Más allá de las demoras en la comunicación, el intercambio de preguntas y respuestas se fue haciendo, si no claro, más fluido, aunque no sacaran nada en limpio, aparte de versos solitarios, algunos conocidos por todos y otros nunca antes escuchados.

—¿Será que ella nos entiende a nosotros todavía menos de lo que nosotros la entendemos a ella? —preguntó la doctora Lemes.

El comandante asintió callado, pensativo. Era una buena pregunta. Cabía la posibilidad de que la guitarra no entendiera una sola de las palabras que pronunciaban los astronautas, y en ese caso tampoco las que ella misma decía, limitándose a responder con acordes de cinco o más notas, y por momentos rozando el flamenco, al sonido ininteligible que emitían ellos, como en un juego. Para salir de dudas se arrimó a la guitarra y le dijo:

—Si entendés lo que decimos tocá un SI, nada más.

La respuesta, como todas, se hizo esperar:

*Porque no engraso los ejes
me llaman abandonao...*

—Sí, no entiende —dijo el comandante—. Tiene la voluntad, pero con eso no hacemos nada. Se me ocurre algo —agregó haciendo un chasquido con los dedos enguantados—, ¿y si dejara de lado el camouflage y se mostrara tal cual es? A lo mejor con su forma verdadera y el espíritu de colaboración que demuestra...

Estuvieron todos de acuerdo. El asunto era qué hacer para que se mostrara tal cual era. Todo parecía indicar que les temía, principalmente el hecho de que después de horas de charla infructuosa siguiera disfrazado o disfrazada de guitarra. Sí, lo que tenían que hacer era tranquilizarla, dejar de lado el interrogatorio, hacerle ver que podía relajarse y salir del instrumento. Para tal fin el comandante se puso a cantar a capela una de las melodías que la guitarra había usado un rato atrás. La guitarra se le unió y lo acompañó con rasguídos prolijos y certeros.

El comandante giró hacia atrás, donde se agolpaban sus cuatro subordinados, y les guiñó un ojo.

—Así me gusta —dijo volviéndose a la guitarra. Y le acarició la caja—. Nosotros estamos vestidos de esta manera porque no hay más remedio, pero por adentro somos de carne y hueso. ¡Me pregunto cómo serás vos!

La guitarra hizo sonar unas notas sueltas tristes.

El comandante le puso una mano sobre las cuerdas.

—No, dejá, ya está, no hace falta —le dijo—. Relajate. Si querés cantamos otra, pero lo fundamental es que te aflojés, acá nadie te va a hacer nada.

—No entiende, comandante —le recordó Araoz en voz baja.

—Ya sé, pajero, busco inspirarle confianza con el tono. ¡Ja ja ja, ríanse un poco, che, no sean chambones, muestren un poco de alegría!

Pero las risas tampoco dieron resultado. La guitarra seguía, si puede decirse así, emperrada, respondiendo a todo con pedacitos sueltos de zambas y chacareras.

Las palmadas en la caja que de tanto en tanto le daba el comandante fueron haciéndose menos afectuosas cada vez, tanto como las manos que ponía sobre las cuerdas para callarla, por no hablar del tono de su voz, ahora de nuevo imperativo. Los demás empezaban a enojarse.

Araoz propuso cortarle las cuerdas. La moción fue aprobada, y Araoz sacó un alicate. Pero al acercar la mano a las cuerdas, con el pico del alicate ya abierto, la guitarra hizo de pronto una cabriola y quedó de espaldas, aterrada. Acto seguido implosionó y se redujo a la mínima expresión, apenas visible de tan pequeña.

El comandante le sacó a Araoz el alicate y dio un paso adelante con el brazo estirado, listo para cortarla en dos.

Entonces la minúscula guitarrita hizo el movimiento contrario: se expandió. A medida que aumentaba de tamaño las cuerdas se cortaban solas, por todas partes volaban pedazos de madera.

En cuestión de segundos se hizo un remolino de arena. Los astronautas, aunque protegidos por sus cascos, entrecerraron los ojos.

El remolino giraba tan rápido que succionaba piedras de los alrededores y, a medida que las pulverizaba, se iba haciendo más denso, más ancho y más fuerte, tanto que le arrancó el alicate de la mano al comandante y la visera del casco a Araoz. El comandante, Wapito, Espina y la doctora Lemes trataban inútilmente de escapar de la fuerza del remolino, que los atraía milímetro a milímetro y que de un momento a otro los succionaría y convertiría en polvo.

Los remaches del casco de la doctora Lemes empezaron a aflojarse, Araoz luchaba para sostener un guante en su lugar, al comandante se le descosía el traje...

Y de pronto el remolino frenó. Frenó de golpe, pero la arena tardó en caer. Caía de afuera hacia adentro, en capas. La primera capa dejó al descubierto una ronda de perros que giraban oliéndose el ano. Eran treinta, todos idénticos, excepto por el color: los había negros y blancos, rojos y verdes, y daban vueltas a velocidad regular, manteniendo fija la conexión hocico-ano.

Detrás de la segunda capa de arena, en el centro del círculo que formaban los perros, estaba el remolino. Pero no el remolino propiamente dicho sino nada más que su forma, que era la forma de un resorte, y que quizá lo fuera.

En el interior del resorte, al caer la tercera capa de arena, quedó a la vista una pequeña vivienda. La puerta estaba abierta. Sentado a una mesa había un hombrecito. Era un hombrecito común y silvestre, aunque de diez centímetros de altura. Escribía algo en un papel diminuto. Parados detrás de él había una mujer y dos niños, uno más asustado que el otro.

Cuando el hombrecito terminó de escribir, arrojó el papel como un naipe en dirección a los astronautas. Wapito lo atajó con el índice y

el pulgar y se lo entregó al comandante.

—¿Qué dice?

—Nada, es una línea recta. ¡Esperen, empieza a moverse...!

En efecto, la línea trazada en el papel se agitaba, adoptando la forma quebrada de un electrocardiograma. Al mismo tiempo se escuchó una voz muy baja que decía: "No somos de aquí... Estamos de paso... Ya nos vamos... No nos sigan... La explosión de uno solo de estos perros partiría al planeta en dos... Buenas tardes, mucho gusto".

Dicho esto, el hombrecito se levantó y cerró la puerta.

Los perros se pusieron en marcha, ganando velocidad en cada vuelta.

Segundos después giraban tan rápido que lo único que podía verse de ellos era la estela. Entonces empezó a girar también el resorte, convirtiéndose otra vez en un remolino de arena.

El remolino, con una leve inclinación hacia adelante, se alejó unos pocos metros y empezó a elevarse. Lo hacía muy despacio, tanto que una hora después los astronautas lo seguían viendo todavía.

—A esa velocidad no llegan más.

—¿Y qué sabe usted adónde van, Wapito?

El comandante dio un paso adelante, agarró una piedra y la tiró en dirección del remolino. Se oyó un "clac", seguramente del golpe contra el resorte central, y la piedra salió disparada hacia arriba a una velocidad asombrosa; si la vieron fue porque iba en llamas.

El comandante agarró otra y volvió a acertar. "Clac", piedra en llamas disparada para arriba.

Los otros lo imitaron. Nadie erró, tenían todos muy buena puntería, así que el verde cielo marciano se llenó como de fuegos

artificiales en espiral.

A pesar de la gran cantidad de piedrazos que le dieron, el remolino siguió subiendo, y llegó un momento en el que las piedras ya no lo alcanzaban. “¡Puto, puto!”, le gritaban los astronautas.

Finalmente se dieron por vencidos, agotados. El cansancio les permitió caer en la cuenta de lo insólito que era que una nave, cualquiera fuese su procedencia, y en este caso además con forma de remolino, se desplazara tan lentamente. Y en efecto, un buen rato después del despegue, el remolino estaba recién a veinte metros por encima de ellos. En sus cabecitas terrestres asombradas se deshacía todo lo que habían imaginado encontrar, en caso de un encuentro como el que ahora mismo tenían ante los ojos: naves, o una sola nave al menos, con un hipermotor capaz de crear una burbuja de curvatura alrededor de ella que la impulsara a una velocidad equivalente a varios múltiplos de la velocidad de la luz. Pero no. Todo lo contrario. A menos que (se le ocurrió a Wapito y el comandante lo hizo suyo) la propulsión superlumínica fuera un empuje que solo podía activarse fuera de la atracción gravitatoria de Marte.

—O —dijo Wapito tratando de retomar la autoría de la idea— son gente de una civilización sin tiempo, es decir con todo el tiempo del mundo a su disposición, por lo que les da lo mismo moverse a paso de hormiga que desaparecer de golpe, en un viaje instantáneo.

—Me inclino por la idea de que manejan —replicó el comandante— una tecnología imaginaria poderosísima que, por sí misma, los hace acercarse al punto de destino, como si esta tecnología, por más imaginaria que sea, tuviera de pronto la energía suficiente para alcanzarlo.

Los dos tenían razón; ni bien el comandante cerró la boca, el remolino desapareció en el cielo como por arte de magia.

Acto seguido, un objeto triangular brillante que nadie vio venir se estacionó por encima de ellos. Era un objeto relativamente pequeño, debía medir unos sesenta centímetros de lado. Además era plano, como una hoja de papel.

Los astronautas se quedaron mudos un rato largo, mirando para arriba con las bocas entreabiertas. Hasta que por un circulito que hacía de puerta bajó un rayo de luz color esmeralda de medio metro de altura. Era un rayo no emitido por artefacto alguno, como una varilla flotante de neón. El rayo se detuvo en el aire, cerca del suelo, y dijo en un español perfecto:

—¿Para dónde van?

—Para ningún lado, nosotros venimos —respondió el comandante—. ¿Ustedes?

—Todavía no sabemos. Nos detuvimos a echar un poco de combustible.

—¿Qué le ponen?

—Nada, la detenemos y se carga sola.

—Pero miren qué interesante. ¿Así nomás? ¿La paran y se carga?

—El rayo hizo un silencio, que el comandante interpretó como un “exacto” en respuesta a su pregunta—. ¿Cómo han llegado a alcanzar semejante cosa? ¡Qué hermosura, parar para andar! ¿Sería tan amable de pasarme la fórmula?

—Lo haría con gusto, créame. Pero no somos científicos, somos pilotos, nosotros lo único que hacemos es apretar un botón y la nave arranca y nos lleva.

—¿Son muchos?

El rayo hizo una torsión como de cintura, retorciéndose igual que un trapo, y gritó con voz humana hacia arriba, hacia el triángulo, diciéndoles a los demás que bajaran.

Bajaron treinta rayos, todos del mismo color y de la misma altura.

—¿Es la primera vez que vienen? —preguntó el comandante.

—No, siempre que salimos de viaje hacemos un alto aquí, acá.

Por lo visto, Marte era una suerte de restaurante al costado de una ruta: no paraban ellos solamente, eran muchas las civilizaciones que usaban el planeta rojo como lugar de recarga y de descanso. Eso, según dijo uno de los rayos, fomentaba la amistad y, mal que bien, el intercambio de experiencias, todas asombrosas e inútiles, ya que los que solían parar en Marte eran de naturalezas tan disímiles que nada le servía a nadie, excepto como excusa para charlar.

—¿Qué toman? —dijo un rayo—. ¿Beben algo?

—Cómo no —respondió el comandante.

—Carmen, trae la botella.

El rayo llamado Carmen subió al triángulo. Segundos después bajó con la “botella”: un frasco de vidrio cómico, con un gotero también de vidrio y cabezal de goma, lleno hasta el borde con un líquido cristalino y espeso semejante al gel.

La visión del frasco provocó una inmediata excitación en los veintinueve rayos restantes. Saltaban, se empujaban, chisporroteaban, y no se calmaron hasta que el gotero empezó a echar, por sí mismo, una gota en el extremo superior de cada uno de ellos. En cuestión de minutos ya estaban todos borrachos. Los astronautas se miraban con desconfianza. “¿Probamos?”, “lo que debe pegar eso”, se decían.

—Espina —llamó el comandante—, vaya y pruebe.

—¿En serio? ¡Me pide que me juegue la vida! —dijo Espina—. Es obvio que el organismo de ellos es distinto del nuestro, comandante, ese líquido podría matarme. ¿Y si no me mata pero me seco y me achicharro?

—¡No sea cobarde, Espina! ¡Obedezca!

—¡No obedezco una mierda, mi querido comandante! ¡Me tiemblan las manos, se me encogieron los huevos, lo siento con toda claridad!

—Si no hace lo que le ordeno, considérese detenido.

—No, no —intervino la doctora Lemes—, déjenme probar a mí, acá la bióloga soy yo.

Y dio un paso hacia el gotero. Todos la siguieron con la vista.

La doctora alzó la cara hacia el gotero y cerró los ojos y abrió la boca. El gotero, automáticamente (instintivamente quizá), expulsó una gota que cayó no sobre su lengua, adonde apuntaba, sino sobre la visera del casco. No obstante, al contacto con el líquido la doctora sacudió la cabeza y se puso a bailar.

—¡Ay mi dios qué bonito que es esto! —decía—. ¡Prueben, chicos, prueben!

En todos surtió el mismo efecto. En menos de lo que canta un gallo, los astronautas y los rayos bailaban mezclándose, hacían trencitos, puentes por debajo de los que pasaban pitando... Pero el clima de alegría y desparpajo no duró nada. “Si estos tuvieran boca los veríamos sonreír”, pensaban los astronautas mirando a los rayos. “Si estos tuvieran luz...”, pensaban los rayos mirando a los astronautas. En ese ida y vuelta los pensamientos terminaron enredándose y bastó un tropezón, un roce, para que empezaran a empujarse, al principio amistosamente y enseguida con decisión y

hasta con rabia. De ahí a que volara la primera piña no pasó más tiempo que el de un suspiro.

Los rayos se replegaron escupiendo esquirlas ardientes. Los astronautas formaron en semicírculo, a la defensiva. Los rayos avanzaban, retrocedían, volvían a avanzar. Los astronautas, abriéndose en abanico, los rodearon y empezaron a darles patadas en la base, haciendo caer de rodillas a varios de ellos, que sin embargo se las arreglaban para morderlos desde el suelo. Y de pronto el efecto cesó.

La nube de polvo que habían levantado durante la refriega y que se había estacionado sobre los contendientes empezó a bajar y a despejarse.

El comandante se pasó un guante por la visera transpirada.

—¿Dónde están...? —preguntó.

El triángulo se habían hecho humo.

Los astronautas estuvieron un buen rato recomponiéndose, desconcertados. Les faltaba el aire, les zumbaban las orejas. No habían conseguido serenar la respiración todavía cuando vieron que por el costado de una duna aparecía una trompa de langosta. Tenía dos antenas larguísimas y un ojo redondo y negro. Era enorme. Los astronautas alzaron los brazos a modo de saludo. La langosta, asustada, retrocedió y se ocultó detrás de la duna.

No estaba lejos. Fueron hacia allí siguiendo sus huellas en la arena. Eran huellas perfectas, nítidas, clarísimas, como independientes del peso del cuerpo que las dejaba; tan así eran que al otro lado de la duna de pronto desaparecían. ¿Había volado? En el cielo no había nada.

Inspeccionaron el lugar.

Espina se acucilló sobre una grieta del tamaño de un ojal, la examinó con un dedo y dijo:

—Se metió acá —refiriéndose a la langosta.

—¿Seguro?

—No. ¿Pero quién más puede haber hecho este agujero?

El comandante le alcanzó una pala. Espina, contra su voluntad, empezó a cavar. Un metro después paró y dijo desanimado:

—No va a ninguna parte.

Se estaban yendo cuando de la grieta brotó el inconfundible sonido de una risa, una risa gruesa y con eco. Volvieron. Espina agarró otra vez la pala y empezó a cavar. Pronto superó la profundidad de su propia altura, sin ningún resultado.

Esta vez, para sacarlo del pozo, tuvieron que arrojarle una cuerda, no había otra manera. Espina se la ató a la cintura y los otros tiraron para arriba, con tanta mala suerte que Espina se les cayó, y al mismo tiempo con tanta buena suerte que al caer rompió una capa de arena, agrandando el agujero.

Espina colgaba en el aire. Miró para abajo y vio que estaba a una altura considerable. Pidió que lo subieran. Pero no solo no lo izaron sino que ahora, a una orden del comandante, empezaban a descolgarse por la cuerda uno tras otro, empujándolo para abajo.

Cayeron amontonados en un espacio amplio, circular y bastante redondeado, como una cueva. Había una única abertura en la pared. Ahí estaba la langosta. Ni bien los astronautas fijaron la vista en ella, la langosta levantó vuelo, les pasó por encima arañando el techo y se fue por donde había venido.

Los astronautas se dirigieron intrigados hacia la abertura en la pared. Estaba oscuro, pero se veía una lucecita al fondo.

Sacudiéndose el polvo de los trajes, avanzaron por lo que resultó ser un largo pasillo en línea recta. La lucecita era cada vez más grande.

—¿Encontraremos la salida después? —preguntó Wapito.

—¿Y cómo no la vamos a encontrar, si hay una sola? —respondió el comandante—. Todavía no terminamos de entrar y usted ya está pensando en salir.

El pasillo daba a un claro, por llamarlo de alguna manera: una cueva adentro de la cueva. La luz salía de un artefacto que nunca antes habían visto, un huevo con escamas. Era una luz tenue, pero suficiente para que los astronautas distinguieran una silueta, la silueta de una figura, la figura de un hombre sentado, sentado en posición de loto sobre lo que parecía un paño. El pelo y también la barba le llegaban al suelo y, abiertos en dos, se extendían a un metro de distancia, con las puntas para arriba. Vestía un traje blanco pegado al cuerpo, sucio, roto. A su lado había un casco oxidado y polvoriento.

El comandante detuvo a la tropa extendiendo un brazo en la penumbra y dijo:

—¿Se puede? ¿Hay perro?

—Adelante —dijo el hombre con voz dormida y carraspeó aclarándose la garganta—. Pasen, pasen.

—¿Es humano?

—Casi. Pero lo fui completamente.

—¿Por casualidad usted no es Keith...? —preguntó el comandante. Se había inclinado para verlo de cerca.

—Medina —completó Keith.

—¿Keith Medina?!

—Si lo pregunta así me va a hacer dudar. Acá me llaman Ferramosca.

—¡Keith Medina! ¡Es Keith Medina! —gritó el comandante—. ¡Lo encontramos!

Se acercó un poco más.

—Keith, mucho gusto, soy el comandante Estanislao Isla. Vinimos hasta acá nada más que para buscarlo a usted. ¿Cómo está?

—Fresco y seco.

—Pensábamos que estaría muerto.

—Ah, ja ja, estoy más vivo que nunca.

Hacía mucho, mucho tiempo ya que Keith Medina, único sobreviviente de La Primera Expedición, había decidido quedarse, negándose a abordar la nave para el regreso. La nave no había tenido más remedio que volver a la Tierra sola.

—¿En qué año estamos?

—1999.

—¿Ya?

—¿Qué come? ¿Cómo respira?

—Respiro de lo más bien con esta arveja —dijo Keith señalando una arveja que llevaba pegada a la narina derecha—, me la obsequió un viajero de lo más amable. ¿Quieren probar? Me dio un montón.

Sacó de un bolsillo del traje un puñado de arvejas y las extendió hacia ellos en la palma de una mano.

—Aire puro del mejor —dijo—. Garantizado. Saquensé esos pesados y malolientes cascos y vean lo que es esto. Cambia todo.

Le hicieron caso. Se quitaron los cascos, agarraron una arveja cada uno y se la pegaron a la nariz. El comandante aspiró profundamente.

—¡A la pipeta, qué frescura!

—¿Vio lo que es? Pongansé cómodos, muchachos, no se repriman. Se sentaron todos en semicírculo frente a él.

—Y dígame una cosa, Keith. ¿De qué ha vivido todo este tiempo?

—De limosna y meditación. Con este aire que respiro caigo en trances que dan gusto, da lástima salir. A veces, si no me equivoco, porque no tengo manera de calcular el tiempo, estoy una semana o un mes así, doy una vuelta por ahí, más que nada para estirar un poco las piernas, y no veo la hora de volver. Acá hay muchas distracciones, vienen seres de todos lados, paran acá. Yo charlo con todo el mundo. Y por suerte me han tocado siempre viajeros generosos: me dejan comida, cosas locas, muy sabrosas, con excepción de la zanahoria, que es igual a la zanahoria de la Tierra. Hay de todo. Tengo la despensa llena. ¿Comieron?

—Pero, pero —titubeó el comandante—, pero ¿qué clase de vida es la que lleva acá, solo, respirando de una arveja y alimentándose con cosas que no sabe qué son?

—Le pido por favor que no se ponga en filósofo, comandante, no hay nada que me rompa las bolas más que eso. Dejelé ese chiquitaje a los que no salieron nunca de la casa, ahora estamos en Marte. ¡Deus, cuánto hacía que no hablaba! ¡Qué rara me suena la voz!

Los astronautas aceptaron la invitación a comer.

Los alimentos se deshacían en sus bocas, dejaban la impresión de una larga masticación aunque no hubieran ni apretado los dientes, y la idea sensitiva de placer y saciedad, por lo que en el acto ya no necesitaron más.

Durante la comida repiquetearon las preguntas fundamentales: “¿Por qué decidió quedarse?”, “¿por qué no quiso volver?”. Las respuestas fueron: “Porque tuve ganas” y “porque no tuve ganas”, así que la charla no prosperó, al menos en ese punto.

Ya de sobremesa, sin embargo, volvieron al tema, cuando el comandante dijo que tenían que llevarlo.

—Ni mamado —dijo Keith.

—¡Pero hombre! —exclamó el comandante—, ¿no tuvo suficiente?
¡En la Tierra hay gente que pregunta por usted!

—Mire, Isla. Allá ni bien internan a alguien en un psiquiátrico empieza a comportarse como un loco. Acá es lo mismo. Yo era un chico de Colegiales hasta que puse un pie en Marte. Ahora soy marciano y me quedo acá.

—¿Se va a pasar la vida en una cueva, con una arveja en la nariz?

—¿Y por qué no? Salgo poco, afuera hace frío, acá está lindo y no me falta nada. Y además tengo que cuidar a los marcianitos.

—¿En qué sentido?

—¿Ve esa burbuja que está ahí? Allá, en el rincón...

En un rincón había una burbuja, la mitad de una burbuja en realidad, como una campana de vidrio esmerilado, apoyada en el suelo. Keith dijo que ahí adentro vivían todos los marcianos del planeta. Gente pacífica, tímida.

—¿Quiere verlos? Yo voy seguido.

—¿Y cómo hace para caber en algo tan chiquito?

—Nada, pongo un pie y entro. Es más fácil de lo que parece.

—¿Y para salir?

—Lo mismo, saco un pie y salgo.

El comandante miró para atrás, primero sobre un hombro y después sobre el otro. La tripulación ni parpadeaba. Les preguntó:

—¿Vamo —comiéndose la ese— a ver?

—No, no, no —dijo Keith—, en grupo no. Uno solo. Ya quise llevar otra vez a una familia que había viajado cien años luz y a los marcianitos no les gustó. Pero bueno, si no se anima...

—¿Cómo no me voy a animar? —respondió el comandante orgulloso. Giró hacia la tripulación y añadió—: Enseguida vuelvo.

—No toquen nada —pidió Keith.

Fue hasta el rincón, metió un pie en la burbuja, después el otro, y desapareció en su interior.

Los astronautas estaban paralizados, incluido el comandante.

Keith volvió a salir, asomándose hasta el cuello.

—¿Y? —preguntó.

—Voy, voy —dijo el comandante.

Y entró detrás de Keith.

Cayó en un tubo por el que se deslizó a toda velocidad y que terminó depositándolo en un colchón de tierra blanda y pasto duro, en lo alto de una montaña, como si en lugar de caer hubiera subido. Estaba al revés, pero el dato no le sirvió de nada, aparte de quitarle el susto por la caída, por la subida. Absolutamente todo estaba invertido.

—¿Keith? —llamó.

Al pie de la montaña había una ciudad. Era de día y el sol achicharraba las calles desiertas. No vio a Keith por ninguna parte.

—¡Keith!

Bajó por la ladera y fue a parar a una avenida, donde grabó en la bitácora del reloj pulsera: "Árboles a ambos lados de las calles, autos

de modelos desconocidos estacionados, sillas y banquetas en las veredas. Nadie a la vista”.

Un marcianito de baja estatura apareció doblando una esquina. Se miraron. Bitácora: “Un marcianito viene a mi encuentro. Es negro. Lo tengo a diez metros y ya alargó un brazo con la mano abierta”.

El comandante le dio la mano.

—Buenas tardes, cómo le va —dijo el marcianito—. ¿Está perdido? ¿Necesita ayuda?

Al contacto con la mano del comandante el marcianito cambió de color: el negro de su piel se volvió de un verde pálido semejante al del comandante, que lo interpretó como una señal de amistad. Y en efecto, a partir de ese momento se comportó con él como con un amigo de toda la vida.

—Venía con un colega, Keith...

—Sí, lo conozco.

—... pero no sé qué se hizo, lo perdí de vista.

—Ya va a aparecer. Cada vez que viene con alguien hace lo mismo, se va y lo deja solo.

El marcianito lo invitó a su casa. Era la hora del almuerzo. La madre, el padre y la hermana del marcianito estaban sentados a la mesa cuando entraron, uno más negro que el otro. El marcianito presentó al comandante como a un colega de Keith, y en señal de bienvenida los tres adoptaron rápidamente su verde pálido. Las que lo hicieron rápidamente fueron las mujeres, en realidad; el padre se puso a la tarea de inmediato, sí, pero mientras que para ellas fue como sacarse el sombrero, a él le llevó su tiempo.

La madre le ofreció una silla entre el marcianito y la hermana.

—Espero que le guste la carne —dijo sirviéndole un churrasco apenas tostado, casi crudo.

—¿Puedo saber qué es? —le preguntó el comandante.

—Lomo de vaca.

—¿Tienen vacas?

—Por supuesto. ¿Ustedes no?

El diálogo se hizo minuto a minuto más ameno, a tal punto que el comandante olvidó enseguida que era un extramarciano y se entregó a la charla como si estuviera en un almuerzo de domingo con los vecinos de su pueblo.

Era una charla de lo más agradable. La hermana del marcianito era gimnasta, el marcianito era un tiro al aire pero ya se le notaba una inclinación por el Arte, y la madre era muy graciosa e inteligente y cocinaba como los dioses. El único que seguía callado era el padre; no había dicho una palabra desde la llegada del comandante, se limitaba a sonreír, asintiendo con un bamboleo irregular de la cabeza a cada cosa que se decía. Por momentos se le caían los párpados, pesados.

La madre y sus hijos se desvivían por atender a la visita. Tenían toda la pinta de ser marcianos de clase media (esa fue la impresión del comandante) baja, honestos, sencillos y tan poco pretenciosos como era posible imaginar. Pero era evidente que el padre estaba cansado, así que cuando la madre dijo que iba a hacer café el comandante se levantó diciendo que no, gracias. No quería “abusar de su amabilidad”, dijo mirando sugestivamente al padre, que parecía agotado.

—No se preocupe por él —dijo la madre—, está muerto. Tome un cafecito y después si quiere se va.

Al principio el comandante creyó que era un chiste y volvió a sentarse. Pero la naturalidad con que la madre había dicho que su esposo estaba muerto terminó hundiéndolo en un profundo mutismo del que lo rescató el marcianito con una explicación que, ahora, lo dejó aturdido: bastaba con extrañar a un muerto para que se hiciera presente. El hecho duraba apenas minutos, pero era un tiempo más que suficiente para abrazarlo y decirle cuánto lo querían; a veces, si lo llamaban en continuo uno tras otro, como en el caso de la familia del marcianito durante el almuerzo, podían tenerlo con ellos un par de horas. El comandante preguntó dónde estaba el baño.

Bitácora: "Me levanto de una mesa en la que hay un muerto. Sí señor, esta gente tiene la capacidad de convocar a los muertos. Según me dicen es de lo más común acá, por lo que nunca nadie está demasiado triste. Vuelvo a la mesa".

Después del café se despidió de la madre y de la hermana y salió a dar un paseo por la ciudad en compañía del marcianito y de su padre muerto.

Ni bien pisaron la calle, el comandante no pudo resistir la curiosidad (cosa rara en un hombre tan poco curioso como él) y le preguntó al padre del marcianito cómo era estar muerto. El padre miró a su hijo como diciendo "mirá la tontería que pregunta este". El marcianito le explicó que los muertos no hablaban, y que tampoco entendían lo que se les decía. Estaban en un estado de beatitud, absortos, podía decirse incluso que descerebrados, siempre sonrientes, con los párpados a media asta. Eran blandos y extremadamente livianos, como si flotaran, lo que hacía que se los pudiera manejar con un dedo.

Pasearon un rato hablando de muertos. El comandante se enteró de que el muerto no tenía que ser necesariamente un familiar, podía ser un amigo, o alguien a quien se había amado años atrás. De modo que a veces el muerto era convocado por más de una persona, y se volvía ubicuo, o un muerto múltiple. Según le dijo el marcianito, no era raro que el muerto se encontrara de pronto consigo mismo en la calle, durante un paseo. Entonces los que lo habían convocado se decían "ah, ¿vos también?" o "qué casualidad", mientras el muerto y su doble se miraban de reojo.

Personas que habían sido queridas por mucha gente podían repetirse varias veces cuando el deseo de estos coincidía en la hora. De hecho, mientras el marcianito y el comandante tomaban una cerveza en la vereda de un bar (el calor había aflojado y ahora las calles estaban llenas de gente ociosa), este contó diecisiete veces al mismo muerto. Incluso presencié una pelea; dos muertos distintos que en vida se habían odiado acababan de encontrarse frente a frente; cada uno de los que los llevaban puso una mano sobre el brazo de su muerto, como deteniéndolo o tranquilizándolo; los muertos bajaron la frente sin dejar de mirarse.

Mientras los convocantes charlaban, el comandante notó que los dedos de una mano del muerto que estaba a su izquierda trataban de cerrarse en un puño, sin conseguirlo del todo, tan débil era, y que el muerto a su derecha separaba los labios para mostrar los dientes, como si quisiera morderlo. Se amenazaban con movimientos lentos, milimétricos, increíblemente débiles, e imperceptibles para quien no estuviera atento, pero aun así transmitían una enorme carga de violencia.

La imposibilidad de concretar la agresión no parecía aumentar la furia, al contrario, el comandante tuvo la impresión de que en esos adelantamientos de puños y dientes descargaban toda su potencia, por lo que se ponían azules, con un azul brillante que expulsaban del cuerpo y que se evaporaba en el aire como humo.

El marcianito pagó la cuenta (el comandante no tenía un centavo) y lo llevó a conocer el pueblo vecino, a media hora de caminata. Dijo que seguramente ahí lo iban a encontrar a Keith.

El padre del marcianito se disolvió durante el trayecto, pero el marcianito no pareció notarlo. Estaba muy entusiasmado con la excursión.

Subieron y bajaron por la ladera de la montaña zigzagueando entre rocas enormes que se astillaban bajo los pies o allí donde uno apoyaba una mano. Finalmente se detuvieron a una cierta altura, desde donde podía verse un desordenado y ruinoso caserío.

El marcianito desestimó la propuesta de ir a ver que le hizo el comandante; los habitantes del caserío eran gentes muy ordinarias y era mejor no acercarse más.

El comandante le pidió una explicación. El marcianito abrió la boca, pero enseguida volvió a cerrarla, ahora asustado, como si acabara de ver un fantasma. El comandante se dio vuelta: un marciano ancho y fuerte los observaba inmóvil, con un hacha en el cinturón. Sostenía en los brazos un montón de troncos recién cortados. El comandante lo saludó con toda corrección.

El leñador no adoptó el verde pálido del comandante. Al contrario, se puso más negro de lo que era y le preguntó con voz doble, como si hablaran dos personas a la vez, una de ellas disfónica:

—¿Viene de la Tierra?

—Exacto.

—Esperó mucho tiempo este momento —intervino el marcianito refiriéndose al comandante.

—Estoy hablando con él —cortó el leñador.

—Es verdad —dijo el comandante—. Esperé mucho tiempo el momento de hacer contacto con ustedes. Hace ya decenas de años que tratamos de comunicarnos. ¿No han recibido nunca ninguno de nuestros mensajes?

—Oh, sí, sí, miles de veces. Pero nunca hemos tenido ganas de contestar.

En ese momento apareció Keith. Salía de entre unos matorrales con un pasto entre los dientes. Tomó al comandante de un brazo y lo apartó fingiendo tranquilidad.

—Tenemos que irnos —dijo por lo bajo—. Hay mala onda.

No estaban lejos de la pared de la burbuja.

—Lo molestó verlo solo por acá —le dijo Keith durante el trayecto—, no tendría que haberse separado de mí.

Según Keith, los conocimientos técnicos y científicos de los habitantes del caserío se aceleraban día tras día, e incluso minuto a minuto; en la mayoría de los casos, el conocimiento se daba instantáneamente. Entre muchísimas otras cosas habían descubierto la fórmula de la Inmortalidad Reconsiderable, es decir, habían alcanzado la inmortalidad y el modo de librarse de ella si se cansaban o aburrían; algunos elegían morir, otros se reintegraban al ciclo natural de la vida, por lo que el caserío estaba habitado por gente de todos los tiempos.

—Y lo mejor de todo es que están en la Tierra, como nosotros —agregó el marcianito, que había seguido el relato con atención.

—¿En la Tierra? ¿Cómo en la Tierra? ¿En qué sentido?

—Son los descendientes futuros de los habitantes de la Tierra. Sí, yo también, yo también, aunque no tan avanzado como ellos. Esta es una interdimensión, señor Isla. ¿Dónde pensó que estábamos? ¿En Marte? Ja, perdón, me río de los nervios. ¿No se lo dijo mi mamá? Cuando usted fue al baño le pregunté si lo había puesto al tanto y me dijo que sí, debo haber entendido mal.

—¡Basta, basta! —dijo Keith. Habían llegado a la pared de la burbuja—. ¡Tenemos que irnos ya mismo, ahí vienen más, estamos en peligro! ¡Chau, querido! —le dijo al marcianito, y al comandante —: ¡Sigamé!

Sin más discusión, sacaron un pie de la burbuja, y enseguida el otro, y en un santiamén estuvieron afuera, en el interior de la cueva.

El comandante se pasó las manos por el pelo electrificado. Los astronautas dieron un paso adelante al verlo. Le decían atropelladamente:

—¿Todo bien?

—¿Algún problema?

—¿Cómo le fue?

—Vengan —dijo Keith—, dejenme que les muestre el resto de la “cueva”, como dicen ustedes.

—¡Qué!, ¿hay más? —preguntó el comandante.

—Si no me siguen no lo ven —respondió Keith con un cantito.

Lo siguieron hasta una pared en la que había una pequeña ranura, apenas visible en la oscuridad. Keith se agachó y, gateando, se metió en la ranura; primero la cabeza, después el torso, las nalgas, los pies...

Gatearon todos en fila india detrás de Keith. Veinte o treinta metros después, salieron a una especie de balcón de piedra que daba a un amplísimo ambiente de paredes pulidas y techos altos con perforaciones varias por las que entraba la luz del atardecer.

Los astronautas estaban mudos. Abajo, en el suelo, había una cama de piedra de tres cuerpos; en el primero de los cuerpos de la cama, Keith había tallado un bajorrelieve de su silueta boca arriba; en el segundo, el bajorrelieve estaba echado sobre el costado izquierdo, en posición fetal, y en el tercero lo mismo, pero ahora sobre el costado derecho. Lo único que tenía que hacer Keith para cambiar de posición durante el sueño era pasar de un bajorrelieve al otro.

Keith dio una fuerte patada en el suelo y, aunque la luz que entraba por las perforaciones del techo era suficiente, se encendieron una decena de huevos con escamas allá y aquí. En un rincón había un gran amontonamiento de piezas de distintas formas y materiales, piezas averiadas de las más diversas naves, que Keith había recogido y conservado; eran metálicas, y algunas de ellas todavía se movían.

Bajaron del balcón deslizándose sentados por un tobogán. Al fondo de la cueva había una escalera trabajada en la roca. El comandante preguntó adónde daba.

—Al exterior, lógico —dijo Keith.

—Me sabrá disculpar —intervino Araoz—. ¿Hay baño?

—Sí, cómo no —dijo Keith—, venimos de ahí. ¿Recuerda el camino?

—¿Estábamos en el baño? —dijo el comandante—. Pensé que lo habíamos encontrado meditando...

—Y sí, también. Y además de baño, es comedor. ¿Cómo es su nombre?

—Araoz.

—Muy bien, Araoz. Suba el tobogán, agarre el túnel y sale derecho.

¡El trabajo que le dio a Araoz subir el tobogán! Se resbalaba, retrocedía, avanzaba dos metros y bajaba uno, y a veces tres, así que a cada rato tenía que empezar de cero.

—¡Parado, suba parado! —le dijo Keith—. ¡De rodillas no va a llegar nunca!

Mientras Keith le daba instrucciones a Araoz, el comandante le dijo por lo bajo a los demás, refiriéndose a Keith:

—Lo vamos a tener que llevar a la fuerza, así que vaya preparando la jeringa, doctora, hay que dormirlo. Y dígame una cosa, don Keith. Las uñas ¿cómo se las corta?

—Con los dientes, lógico. En una época también me cortaba el pelo y la barba, más que nada los bigotes, pero al final qué se yo, lo dejé así —dijo y miró hacia el tobogán—. ¡El casco, Araoz! ¿Para qué lleva el casco? ¡Dejeló!

Araoz llevaba el casco debajo de un brazo. Lo soltó y el casco rodó por el tobogán. Ya con los dos brazos libres, Araoz subió tres metros de un tirón, sin patinarse. (No, ahí va de nuevo para abajo).

La doctora Lemes, en tanto, sacó una pastilla de un frasquito. A su juicio la pastilla era mucho más poderosa que la jeringa; no tenía jeringa, por otra parte. El problema ahora era cómo hacérsela tomar.

—Bueno, don Keith, nosotros nos vamos a tener que ir yendo. ¿Seguro que no quiere venir?

—Segurísimo.

—¿Nos podremos llevar algunas de esas piezas que tiene ahí?

—Cómo no, agarren lo que quieran.

—Los muchachos allá en la Tierra se van a volver locos con estas cosas. ¿Qué me recomienda?

—Bueno, veamos... —Keith se arrimó a los despojos—. Acá hay un engranaje que sigue vivo, le falta una bolita pero todavía anda. Ese tentáculo de cristal no sé qué es ni para qué sirve, pero el que lo dejó lamentó mucho tener que abandonarlo.

—¿Todo listo? —le susurró el comandante a la doctora.

La doctora mostró la pastilla, de canto entre el índice y el pulgar.

—Wapito, usted lo agarra de un brazo, yo lo agarro del otro, usted Espina le abre la boca y la doctora le mete la pastilla. Que no la escupa. Hay que mantenerle la boca bien cerrada hasta que trague. ¡Araoz, pedazo de boludo, deje ese tobogán y venga ya mismo para acá!

Keith seguía revolviendo la basura. Era basura de una tecnología tan avanzada que se hacía difícil elegir.

Ya se había decidido por un trompo que al girar convertía el vacío en espuma, cuando Wapito y el comandante lo agarraron de los brazos.

Keith era flaco y débil y opuso apenas una mínima resistencia.

Espina tiró de la barba para abajo con una mano y del bigote para arriba con la otra. Keith no tenía más que un par de dientes (los colmillos), así que la doctora Lemes no tuvo ningún problema con la pastilla: se agachó, hizo puntería y la arrojó con fuerza hacia el interior de la boca, pegándole a la campanilla.

En el acto Keith cayó dormido.

El comandante lo alzó y se lo echó sobre un hombro.

—Vamos —ordenó.

Subieron por la escalera hasta la salida. No había puerta ni nada que se le pareciera, pero salieron limpiamente al exterior. Araoz aprovechó para orinar ¡por fin! Era de noche. La nave se recortaba contra el cielo, no muy lejos de ahí. La alcanzaron en cuestión de minutos. De inmediato embutieron a Keith en uno de los trajes de repuesto, le calzaron un casco, sin olvidar quitarle la arveja de la nariz, y lo amarraron a una butaca. Después ocuparon cada uno su lugar, pusieron en marcha los motores, y a la cuenta de diez salieron disparados para la izquierda, aunque parecía para arriba; la Tierra estaba a la izquierda.

Ni bien la nave dejó atrás la gravedad marciana, Wapito fue a ver si Keith seguía dormido y se encontró no solo con que se había despertado sino también con que no estaba en el traje.

Dio la voz de alarma. Corrieron todos hacia allí. El traje seguía firmemente atado a la butaca, el casco seguía ajustado, los guantes posados en los apoyabrazos, como si Keith se hubiera evaporado.

Recorrieron la nave palmo a palmo, sin encontrarlo. No estaba, no estaba en ninguna parte. Volvieron a reunirse alrededor del traje vacío. Entonces el comandante hizo un descubrimiento sorprendente: había una mosca. Del lado de adentro del traje, apoyada en el visor del casco, había una mosca.

No cabía ninguna posibilidad de que la mosca hubiera subido a la nave. De hecho, no había moscas en Marte. Ninguna. Lo único que podía pensarse de algo así era que unas horas antes del despegue, en la Tierra, un año atrás, durante la ardua tarea de embutir a los astronautas en sus trajes, la mosca se hubiera colado en el casco o en la manga de alguno de ellos. Pero la más longeva de las moscas

vive apenas treinta días, y esta había llegado a Marte (¡y ahora volvía!). Misterio.

La doctora Lemes propuso que el origen de la mosca era un huevo que, arrastrado por la brisa hasta la oreja de alguno de ellos, camino a la base el día del lanzamiento, o hasta su pelo, o escondido debajo de una uña, sorteando los controles higiénicos, había subido a la nave, donde se mantuvo en stand by hasta que despertó y se convirtió en larva y luego en ninfa. Después, mientras el planeta rojo ocupaba progresivamente la totalidad de las ventanas, sus órganos juveniles debían haberse reabsorbido y desarrollado patas y, lógicamente, también alas. Sin embargo, la metamorfosis completa no podría haberle llevado más de una semana, como a las mariposas. ¿Entonces? Era imposible, absolutamente imposible, pero tenía que haber sido así. ¿De qué otro modo, si no?

—Oh, Dios, basta, por favor, basta —exclamó el comandante masajeándose las sienes—, paren un poco. ¿Qué pasa que de repente nos importa más la mosca que la desaparición de Keith?

Se inclinó sobre el visor y la observó atentamente.

—Tiene cara de cansada...

Desprendió el casco y la liberó.

Ante la falta de gravedad, la mosca, ahora sin ningún apoyo desde el que impulsarse, como hacían los astronautas, a los que bastaba un empujoncito con el pulgar de un pie contra una pared para avanzar, quedó un rato batiendo las alas en el aire, fija en un punto. Las patitas no tocaban nada sólido donde posarse a descansar, ni pared, ni techo, ni piso, y de tanto en tanto plegaba las alas, agotada, durante dos o tres segundos, a fin de recuperar el aliento.

El comandante estiró una mano hacia ella y la mosca volvió a aletear hasta cansarse. El comandante repitió la operación, esta vez estirando una mano a espaldas de la mosca, que sin embargo lo vio y se puso a aletear de nuevo. Finalmente, otra vez cansada, se apoyó en el dedo meñique del comandante y se puso a mirar a su alrededor. A pesar de los miles de telescopios diminutos y ligeramente divergentes de sus ojos, movía la cabeza a un lado y a otro como si no pudiera creer que avanzara sin volar, cuando hasta entonces había volado sin avanzar. En un par de ocasiones aleteó a modo de prueba, sin despegarse del dedo. Aleteó, se quedó quieta, volvió a aletear. La pausa entre un aleteo y otro era, según el comandante, un signo de inteligencia. Y no se equivocaba. Sí, se equivocaba. Se equivocaba en cuanto a que estaba extenuada: en realidad estaba despabilándose. No se equivocaba en cuanto a su inteligencia.

—¡Imbéciles autoritarios malparidos! —gritó de pronto la mosca con voz humana, salivando en abanico—. ¿Qué derecho tienen de llevarme contra mi voluntad? ¡Lacras! ¡Si fuera asesino los asesinaría!

Los astronautas estaban atónitos, llenos de un terror brusco, de un asombro inmóvil.

La mosca escupió de lado con desprecio y voló furiosa hacia la punta del cohete, donde apoyó las patitas, y empezó a empujar. Todos sintieron la frenada. Sonaron todas las alarmas. La nave giró sobre su eje y volvió a dispararse, pero ahora hacia la derecha. El monitor indicaba que se dirigían de nuevo a Marte.

Pasaron toda la noche tratando de atraparla. Imposible. La mosca se había metido en lo más agudo del ángulo de la punta de la nave y

no la alcanzaban ni siquiera con un dedo.

Cuando llegaron amanecía.

—¡Abran la puerta, idiotas! —gritó la mosca.

Se hizo un silencio.

—¡Isla! —gritó la mosca—, ¡ordená que me abran la puerta!

Le abrieron. La mosca salió volando y se perdió en el aire azul.

Una hora después del nuevo despegue, cuando la nave dejó atrás las turbulencias y se estabilizó en la línea oscura del regreso a casa, el comandante invitó a sus subordinados con un whisky. Pero no tenía nada que festejar, al contrario, tenía el ánimo por el suelo.

—No era Keith. ¿Se dan cuenta? Era un intruso, a lo mejor el indio, o la guitarra, o uno más de los que paran como a un costado del camino y que se entretuvo jugando con nosotros a la mosca y el ratón. Si Keith vive todavía, no estuvo ahí en ningún momento. ¡Salud!

Bebieron un rato callados, en absoluto silencio de no ser por el zumbido del motor.

—Allá —dijo el comandante señalando con un pulgar por encima del hombro en dirección a la Tierra— tenemos que decir la verdad. No lo encontramos.

Así, uno repitiendo la palabra “verdad” y los otros asintiendo, vaciaron la botella.

El comandante miró de reojo su copa y lo asaltó la tristeza de que no quedara nada; por efecto del facetado del vidrio, eso era lo que parecía. Pero no. Golpeó la copa con el meñique, empujándola sobre la mesa, y vio que le quedaba todavía una olita más.

SEGUNDA PARTE

EL CINE

Una tarde mi papá entró a casa diciendo que había comprado el cine. Mi hermana y yo saltamos de alegría; en casa no teníamos televisor, pero ahora teníamos un cine.

Era el único cine de Ramallo, lo que no es de extrañar: en aquella época, fines de los sesenta, todo en el pueblo era único, *la* farmacia, *la* panadería, *el* kiosco, *la* óptica, *la* escuela, etcétera. No había dos cosas de nada. ¿Sería esa la causa, me pregunto, de la torsión por la que a todo lo llamábamos de otra manera? A la discoteca le decíamos “confitería”, al bar le decíamos “club”, al hospital, “doctor” (“sí, lo llevaron al doctor”). También había una única avenida, a la que llamábamos “la principal”, como si hubiera otra, de siete cuabras de largo, que iba desde la estación de trenes (“la vía”) hasta la estación de servicio (“lo de Menéndez”). Tres de las siete cuabras tenían un cantero central con palmeras centenarias. Sobre una de estas cuabras estaba el cine.

Mirado desde afuera, nada indicaba que era un cine; podía ser la sucursal de Obras Sanitarias o la Oficina de Faltas. La boletería, una ventanita con dos barrotes de hierro, daba directamente a la vereda. El edificio estaba más adentro, al otro lado de un patio al aire libre. Sobre la puerta de doble hoja de la entrada al edificio había un letrero que decía *Cine Libertador*; así se llamaba la avenida. Seguía un hall, con un kiosco a la izquierda y una escalera a la derecha que conducía a la cabina del proyector. Al final del hall, se paraba cada

noche de función un hombre de saco y corbata que me impresionaba con la habilidad que tenía para cortar los tickets con una sola mano, usando los dedos índice y pulgar, mientras abría con la otra, en simultáneo, la pesada cortina negra de ingreso a la sala.

La pantalla estaba montada sobre un escenario. El dueño anterior había quitado el telón y pintado la sala de un blanco insólito. Mi papá arregló las butacas (doscientas, muchas de ellas rotas), puso ceniceros de aluminio en los apoyabrazos, pintó con un color oscuro las paredes, reparó el proyector y colocó de nuevo el telón en el escenario; había comprado un motorcito que, ni bien se apagaban las luces, abría el telón en cámara lenta.

Al cine se iba por muchas razones: porque era una salida, porque no había otra cosa que hacer, para encontrarse con amigos o conocidos, porque era una buena ocasión para estrenar un vestido o un traje, y a veces también para ver una película, o mejor dicho "las películas", porque las funciones eran dobles, era lo único doble que había, con un intervalo de quince minutos entre una y otra. Durante esos quince minutos, la gente salía al patio delantero a estirar las piernas y tomar una cerveza.

Históricamente se daba una película mala y una buena. La mala, también llamada "la de relleno", (wésterns americanos, comedias argentinas), era siempre la primera, muchas veces en copias lastimosas; la buena era un estreno, una novedad, aunque también fuera mala. El dueño anterior, en efecto, programaba siempre una de relleno para la primera función, y, para la segunda, una lo más comercial posible, un estreno, una de la que se hablaba en televisión y en los diarios y revistas y que se vendía como "la buena".

Mi papá hizo un cambio radical. Ahora la segunda era siempre una película de calidad.

Sería injusto decir que en Ramallo no había gente capaz de apreciar una obra maestra. Los había, sí. Pero su número, si mi papá hubiera dependido de ellos, no habría alcanzado ni para pagar el sueldo del boletero. Y lo que a mi papá le molestaba no era que la sala se llenara con la mala, lo que le molestaba era que se vaciara con la buena. El hecho de que el público empezara a abandonar la sala (al principio tímidamente, y enseguida en masa) durante los primeros diez o quince minutos de la segunda película, si es que no se habían ido en el intervalo, era algo que vivía como una afrenta personal.

“¿Será posible que el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de la gente (se usaba mucho esa expresión) quiera ver nada más que películas malas?”, decía. El tema era más viejo que la humedad, pero a mi papá lo había tomado por sorpresa. La mayor parte de los espectadores regulares, en efecto, estaban tan habituados a pagar la entrada para ver *dos* películas que, sabiendo que verían nada más que una, poco a poco dejaron de ir.

Viendo que el negocio naufragaba a causa de sus elecciones, en lugar de espaciar o dejar de lado las películas buenas mi papá se emperró en sostenerlas, por lo que además de perder plata vivía discutiendo con amigos y conocidos que le reprochaban a cada rato la programación. Años después mi madre me contó que mi papá programaba películas de Orson Welles, de Fellini, de Kurosawa —ien blanco y negro!— no porque quisiera dar a conocer en el pueblo la obra de los grandes directores del cine mundial, sino porque él *quería verlas*.

Se le ocurrió entonces, para recuperar público, revivir el escenario y combinar teatro y cine. La idea, si funcionaba, le permitiría continuar con la programación de las grandes películas de todos los tiempos. Había decenas de monologuistas, cantantes, adivinos, cómicos, magos, girando por la provincia; lo único que tenía que hacer era contratar a alguno de ellos para un show entre una película y otra. Contrataría “números”, como se los llamaba, que no duraban más de veinte o treinta minutos, y elencos de no más de dos personas, que cobrarían un porcentaje de las entradas.

Era una buena idea, y la coronó con un golpe de gracia: para que la gente no se fuera después del show, vaciando la sala, invirtió el orden de las películas: primero la buena, segundo la mala.

En una época en la que no era posible comprar la entrada para una sola película —no estaba permitido ingresar a la sala durante el intervalo para ver nada más que la segunda, es decir la mala—, la gente no tuvo más remedio que ver primero la buena, si querían asistir al show y ver después la otra.

El programa con el que estrenó esta nueva modalidad fue: primero *El silencio*, de Bergman; intervalo con un show de Tu Sam; y por último *Un vikingo en Mar del Plata*, o algo parecido, de un director cuyo nombre no recuerdo.

Tu Sam, un ilusionista muy conocido en aquella época, hipnotizó a media docena de voluntarios (tuvo que despertar al intendente, que se ofreció de buena gana para ganarse el aplauso del público, cuando empezó a bajarse los pantalones) y se tragó una bombita de luz y un sable. El público aplaudió a rabiar. Durante la proyección de *Un vikingo en Mar del Plata* nadie se movió de su asiento, con excepción de cinco o seis intelectuales que se reunieron con mi papá

en el patio delantero para hablar de Bergman, y de paso también de Tu Sam. La función fue un éxito.

El nuevo sistema funcionaba en todos los planos: los shows llevaban gente al cine, mi papá se daba el lujo de programar las obras maestras que quería ver, y nadie abandonaba la sala. Durante varios meses, siempre con buen resultado, se sucedieron presentaciones de cantantes, contorsionistas, etcétera.

En 1969 un grupo de actores y actrices de teatro y televisión conocido como Clan Stivel (por su director, David Stivel) estrenó en Buenos Aires su primera película, *Los herederos*. El grupo estaba integrado por Bárbara Mujica, Marilina Ross, Norma Aleandro, Emilio Alfaro, Carlos Gené, Carlos Carella y Federico Luppi. Eran jóvenes, talentosos, famosos, prestigiosos, algunos incluso bellos. Lo tenían todo.

Mi papá era primo hermano de Federico Luppi. Federico había nacido en Ramallo, en una casa pegada a la mía, donde todavía vivía su madre. Mi papá quedó huérfano de padre a los ocho años y el padre de Federico prácticamente lo adoptó, así que mi papá y Federico se habían criado juntos. Eran más hermanos que primos.

A los veinte años Federico se fue del pueblo, primero a Bernal, en el Gran Buenos Aires, y después a la Capital Federal, donde estudió actuación y donde pocos años después se convirtió en un actor de renombre. Cada vez que venía de visita a Ramallo, pasaba buena parte del día en casa.

Esos encuentros eran todo un festín para mí. Mi papá era un narrador extraordinario, el mejor narrador que conocí en mi vida. Federico era un hombre muy culto y un conversador ingenioso y agudo. Escuchándolos, yo sentía una suerte de admiración en

estéreo: cuando mi papá contaba una anécdota, yo me arrimaba a Federico y compartía con él el desarrollo de la intriga, paladeaba los detalles y las divinas descripciones; cuando el que hablaba era Federico, me arrimaba a mi papá y escuchaba fascinado las frases que Federico construía sobre la marcha, con profusión de adjetivos de lo más coloridos y acotaciones que me resultaban siempre sorprendentes. Durante uno de esos encuentros, que podían extenderse desde el asado del mediodía hasta la cena, mi papá le propuso estrenar *Los herederos* en Ramallo, con la presencia del Clan completo en el escenario.

A Federico la propuesta le gustó. Habló con Stivel y con el elenco y acordaron una fecha. Cuando llegó el día, todos excepto Aleandro y Gené, que tenían otros compromisos, se subieron a dos autos y salieron a la ruta. En uno de los autos llevaban una copia de *Los herederos*, quince latas de película de 35 milímetros.

Sin más promoción que el boca a boca, todo el pueblo supo que ese sábado el Clan Stivel estaría allí. Era un acontecimiento. Desde muy temprano varias personas ya merodeaban por los alrededores de mi casa.

A eso de las once de la mañana, Federico, que conducía el auto de adelante, guiando la expedición, no tuvo más remedio que dar varias vueltas a la manzana antes de que encontrara por fin una ocasión para detenerse y bajar sin que nadie los viera.

La primera en entrar a casa fue Bárbara Mujica. Era, sin exagerar, absolutamente hermosa. Marilina Ross, que entró segunda, no se quedaba atrás, por lo que no recuperé el aliento hasta que Carlos Carella me pegó un cachetazo amistoso que me hizo tambalear, y bajé la vista avergonzado. Mientras Bárbara Mujica, Marilina Ross y

Carlos Carella pasaban al living, donde estaban mi hermana, mi mamá y una amiga suya, desde el quincho de la casa salieron al encuentro de los recién llegados mi papá y tres parejas de amigos invitados al asado con el que se agasajaría a las estrellas. Hubo una serie de presentaciones cruzadas entre gente que entraba y salía de todas partes cargando bolsos, botellas de vino, cámaras fotográficas, bandejas con vasos y copas, cartones de cigarrillos, y abrigos que pasaban de mano en mano sin que nadie supiera dónde dejarlos.

Mi mamá había contratado a dos chicas para que la ayudaran, pero las chicas, obnubiladas con la presencia de tantos famosos a la vez, andaban de acá para allá como perdidas. Emilio Alfaro estrechaba la mano de los locales sosteniendo una enorme bolsa de pan que alguien le había puesto en la otra mano. Los bolsos iban del palier al living, del living a los dormitorios y de los dormitorios al quincho, como cosas vivas que no encuentran un lugar donde quedarse. Había abrigos en los respaldos de las sillas del jardín, en la mesada de la cocina, o doblados sobre un brazo equivocado. La confusión, sin embargo, se aclaró pronto, y mi papá prendió el fuego mientras Carella desgrasaba y salaba la carne, tarea para la que se ofreció gustoso ni bien puso un pie en el quincho. Federico, oficiando de anfitrión a la par de mis padres, servía whisky y vino y distribuía bandejas con los bocaditos que había preparado mi mamá.

El Clan había aceptado presentarse en un pequeño cine de pueblo para acompañar a Federico, sin duda, pero también para pasar un fin de semana juntos fuera de Buenos Aires, comiendo asados al aire libre (era parte del programa que el día siguiente lo pasarían en el campo, en la estancia más coqueta de Ramallo, si no la única) con gente que los trataría más que bien. Así dispuestos, en menos de lo

que canta un gallo ya eran todos —locales y visitantes— como viejos amigos que acaban de reencontrarse. Mi mamá había puesto un disco, y Marilina Ross y Emilio Alfaro, que eran pareja, con las manos en alto enlazadas a las del otro, movían las caderas al ritmo de la música, en puntas de pie. En determinado momento mi hermana, que tenía ocho años, cuatro menos que yo, me agarró de un codo y me preguntó si no creía que era una buena oportunidad para probar el whisky, cosa que no hicimos.

El vecino de la casa de al lado, Nando Lepas, un hombre de mediana edad, traumatólogo, asomaba la cabecita por encima del tapial. Era un tapial bastante alto, así que debía haberse subido a una silla o a una escalera. Cuando mi mamá desvió la vista hacia él, Nando se ocultó entre las ramas de un árbol.

—Nando —le dijo mi mamá—, después de comer dese una vuelta si quiere.

—Cómo no, Lithis —dijo Nando desde atrás de las ramas—, con mucho gusto.

Fue el primer invitado fuera de programa. Mis padres habían previsto que cuando se corriera la voz de que el Clan Stivel ya estaba ahí, no serían pocos los que se acercarían para verlos, y resultaría imposible negarles la entrada a los amigos, a los parientes, a los compañeros de trabajo. Lo que no habían previsto era la magnitud de lo que sucedería apenas un par de horas después.

Durante el almuerzo, un pariente de mi papá y una compañera de trabajo de mi mamá se presentaron de pronto, casi al mismo tiempo, perfumados y vestidos con sus mejores ropas. Entraron sin llamar, como hacían siempre, y por un instante se fingieron sorprendidos de encontrar ahí a las estrellas. Ocuparon un lugar en

la mesa, una mesa larga, con capacidad para más de veinte personas, y, aunque el asado ya iba por los cortes principales, mi papá retrocedió para servirles unos chorizos y morcillas de la primera vuelta. Lo que nadie hizo fue volver atrás en la conversación para ocuparse de ellos, que no tuvieron más remedio que comer callados. En efecto: con la charla, alegre y a la vez curiosamente ordenada, se había creado un microclima en el que nadie que no hubiera estado ahí desde el principio se habría atrevido a intervenir. Anécdotas personales, opiniones políticas, los temas iban de un lado para el otro, como persiguiéndose. El interés en la conversación era genuino, las risas verdaderas, sin tics profesionales.

La onda se interrumpió con el tercer autoinvitado: el intendente, un hombre bonachón, de dos metros de alto, que por suerte no se quedó más que unos pocos minutos. Estrechó la mano de los varones, besó a las mujeres, puso a disposición del elenco una camioneta municipal para que recorrieran el pueblo y visitaran sus atracciones (la idea más ridícula del mundo) y se fue después de amenazar con un acto de homenaje oficial el lunes a primera hora. Nadie le dijo que en la tarde del día siguiente ya ninguno de ellos estaría allí.

A esta visita siguió una media hora de calma. Después empezó a sonar el timbre. Mi mamá fue a atender y volvió con un matrimonio amigo al que no pudo rechazar. Minutos después el timbre sonó de nuevo. Mi mamá cruzó una mirada con mi papá, que se levantó. Federico le puso una mano sobre un hombro y mi papá volvió a sentarse. Iba él. Había entendido perfectamente que negarle la entrada a los que llegaban era algo que mis padres no podrían hacer, así que decidió ocuparse personalmente del asunto; con su

sola presencia los haría vacilar y con su facilidad de palabra los rechazaría sin ofenderlos. A lo sumo tendría que firmar algún autógrafo.

Volvió a la mesa en compañía del doctor Van Haasen, médico de la familia y profesor mío de Biología en la Escuela Industrial. Lo siguió el vecino, Nando Lepes, que desde el otro lado del tapial había escuchado que aplaudían a mi mamá por el postre: peras en almíbar con crema y con la peladura de las cáscaras tostadas. Cuando el timbre sonó de nuevo, mi mamá le dio instrucciones a una de las chicas del servicio, que volvió diciendo un nombre:

—Bernardo Aráoz y señora.

Amigos de mi papá. Imposible decirles que no.

—La próxima vez que toquen el timbre... Bueno, ahí sonó —le dijo mi mamá a la chica—. Abrí y decí que estamos comiendo y que los vemos esta noche en el cine.

Eso funcionó. Pero el timbre siguió sonando. Las dos chicas se turnaban para atender a los que venían y explicarles la situación. En determinado momento la afluencia de gente fue tal que una de las chicas optó por quedarse directamente del lado de afuera. Yo me acerqué y alcancé a escuchar que la chica respondía a las preguntas que le hacían, diciendo “sí, están todos”, “es divina”, “en este momento medio borracho” y cosas por el estilo. Alguien le pidió que por favor le consiguiera un autógrafo. “¡Ja, ya quisiera yo uno para mí!”, fue su respuesta.

El amontonamiento en la puerta de calle crecía a toda velocidad. La situación empezaba a desbordarse. Algunos saltaban como resortes, una y otra vez, para echar un vistazo por encima del portón. En cada salto captaban un fragmento de la escena. Al cabo

de tres o cuatro saltos unían los fragmentos y componían un panorama general en el que ya ubicaban y reconocían a alguien, así que en los saltos siguientes gritaban: “¡Emilio le pone soda al vino!” o “¡Marilina come fumando!”. Unos se subían con un pie a las manos enlazadas de alguien a modo de estribo y, acodados a la parte superior del portón, absorbían todo lo que podían antes de cederle el lugar a otro.

Mi hermana y yo subimos a la terraza para ver lo que pasaba. En aquel momento me pareció que todo el pueblo estaba ahí. Ahora, revisando la imagen en mi memoria, calculo que serían unas quinientas personas. El diez por ciento de la población de Ramallo.

A las tres o cuatro de la tarde, el elenco, los invitados, los autoinvitados y mis padres decidieron refugiarse en el interior de la casa. Los gritos que llegaban desde la calle eran insoportables. No obstante, cesaron inmediatamente cuando el elenco dejó de estar al alcance de la mano, por decirlo así; la esperanza de hacer alguna clase de contacto más allá del contacto visual, con los actores en el interior de la casa, ya no tenía ningún sentido. Ahora se trataba de empujar. Esperar una oportunidad, y empujar. Clementina, “la tía Clementina”, madre de Federico, una mujer pequeña que caminaba echada hacia adelante y bamboleándose de un lado a otro, a la que Federico había ido a saludar minutos después de su llegada y a la que había aconsejado venir en horas de la tarde, se abrió paso como pudo (mi hermana, que seguía en la terraza, dijo que la multitud la trasladaba llevándola en andas) hasta donde estaba la chica, que le abrió el portón. La gente aprovechó la apertura del portón para colarse en el garage. Al lado del portón estaba la puerta que daba al living. Cuando la segunda chica vio por la mirilla que la que llamaba

era Clementina, abrió la puerta y la gente se abalanzó inmediatamente detrás de ella, empujándola, por lo que Clementina aterrizó boca abajo sobre la alfombra.

Federico montó en cólera, salió y enfrentó a los curiosos. Pero ninguno de ellos estaba dispuesto a abandonar el terreno ganado. Hubo un forcejeo. Según contó Federico un rato después, un admirador le había pegado una patada en un tobillo. Para que Federico pudiera cerrar la puerta fue necesaria la ayuda de mi papá y de Carlos Carella, y aun así no resultó fácil. No solamente tenían que vencer el empuje de los de afuera, además debían tener cuidado de no quebrar ninguno de los brazos que se estiraban hacia adentro. Esto me recordó una escena de *Zorba, el griego*, que mi papá había proyectado semanas atrás: Zorba agoniza en la cama, la puerta se entreabre y unas viejas horripilantes vestidas de negro meten los brazos y tratan de agarrar cualquier cosa a su alcance, cortinas, ropa, mientras alguien desde adentro lucha por cerrarla...

Después de esto ya no hubo nada que pudiera hacerse para sacar a la gente del garage. Se apretujaban todos en la ventana que daba al living. Mi mamá no tuvo más remedio que bajar las persianas.

A pesar de la invasión, el clima durante las horas que duró el encierro (mi mamá lamentaba que la gente estuviera destrozándole el jardín delantero; pisoteaban los canteros y las flores, agolpados contra el ventanal del frente, con las manos a modo de pantalla apoyadas en el vidrio, tratando de ver algo por entre las ranuras de las persianas) siguió siendo alegre y hasta festivo.

A mí me llamaba mucho la atención el modo que tenían de fumar, principalmente Bárbara Mujica y Marilina Ross. Fumaban unos cigarrillos larguísimos, Benson & Hedges, de cien milímetros. Habían

traído varios cartones y prendían un cigarrillo atrás del otro. Lo curioso era que le daban tres o cuatro pitadas y lo aplastaban en el cenicero. Para mí, que había empezado a fumar hacía poco —ia los doce años!— y que en las expediciones al río con mi amigo Víctor en busca de piedras preciosas y maderas trabajadas por el agua juntábamos colillas de la calle, aquello era el colmo del glamour. Los ceniceros estaban llenos de colillas de entre setenta y ochenta milímetros. Lo único que tenía que hacer para apoderarme de ese tesoro era fingir que iba a vaciar el cenicero. En determinado momento conseguí robarme un atado completo que alguien había dejado sobre un mueble.

Aparte de ese robo, falsifiqué las firmas de todo el elenco. Había subido a la terraza a fumar un Benson y descubrí abajo, en la vereda, a la chica que me gustaba, Iris. La vi y levantó la vista hacia mí (o levantó la vista hacia mí y la vi) y me pidió que le consiga un autógrafo “de alguien”. Dejé los Benson en la canaleta y bajé a buscar un papel y una lapicera.

Emilio Alfaro, medio bebido, al que mi mamá había adjudicado el cuarto de mi hermana, donde había dos camas singles (en la otra cama dormiría Marilina Ross), acababa de sentarse en el colchón, listo para una siesta. Me acerqué con el papel y la lapicera y le pedí un autógrafo. “Para Iris”, le dije. Alfaro escribió su propio nombre, nada más que eso, con letra bastante clara según recuerdo y unos firuletes que iban y venían como átomos desgastados alrededor de la “o” final del apellido. Pero ¿cómo iba a hacer para dárselo a Iris sin que lo agarrara otro? No podía abrir la puerta, ni tirarlo desde la terraza. Se me ocurrió doblarlo en cuatro y atarlo a un hilo.

Volví a la terraza, solté el papelito atado al hilo y lo fui bajando muy lentamente en dirección a Iris, que lo esperaba con una mano en alto. Evité las manos ajenas recogiendo el hilo y corrigiendo la dirección hasta que di con la mano correcta. No recuerdo que Iris me haya sonreído. Presumo que estaba feliz: desplegó el papelito, miró el autógrafo, dio media vuelta, salió de entre la multitud y se echó a correr. En la mano llevaba todo lo que quería.

“¡Uno a mí! ¡Uno a mí!”, me gritaban decenas de señoras de ambos sexos. Falsifiqué (en realidad inventé) la firma de cada actor y cada actriz, hice diez de cada uno, volví a la terraza y los arrojé a la multitud como papel picado. Decía: “¡Marilina Ross!” y tiraba un puñado con los diez autógrafos falsos de Marilina Ross. “¡Carlos Carella!”, y tiraba los diez de Carlos Carella, y así sucesivamente hasta completar el elenco. Los autógrafos producían el mismo tumulto que un ídolo de la canción cuando arroja a su público el pañuelo con el que acaba de secarse las axilas.

Fue una estafa, por supuesto, pero piadosa, considerando que no había ninguna otra forma de que la gente que se agolpaba frente a la casa pudiera conseguir algo de ellos.

A las nueve de la noche el Clan Stivel tenía que subir al escenario a presentar *Los herederos*, que se proyectaría a continuación. A las seis de la tarde el boletero llamó por teléfono a mi papá y le dijo que las localidades estaban agotadas.

Emilio Alfaro roncaba en el cuarto de mi hermana, boca arriba, con la cara de costado. Mientras fumaba el cigarrillo número cuarenta o cincuenta Marilina Ross contó algo de su infancia — recuerdo la sensación de algo extraño y generoso y un largo asentimiento pensativo de Carlos Carella, mirando al suelo—.

Federico y mi papá, siempre de acuerdo en todo, discutían acaloradamente de política con el doctor Van Haasen; atento a la discusión, David Stivel comentó en voz baja: "Qué lástima no tener una cámara". Mi mamá le mostraba a Bárbara Mujica las cosas que ella misma había hecho para la cena después de la función. Cada vez que mi mamá cerraba la heladera, Bárbara Mujica la abría de nuevo, como si no terminara de creer lo que veía. Los autoinvitados, primero el doctor Van Haasen, que iba perdiendo la discusión, después algunos de los amigos de mis padres, manifestaron su intención de ir a cambiarse y prepararse para la función (que no verían, ya que habían pasado la tarde en casa pavoneándose y no tenían entrada: el señor que cortaba los tickets con una sola mano era inflexible en eso). El doctor Van Haasen salió sin demasiados problemas, quizá porque era el doctor de todo el mundo ahí afuera, y la gente, paradójicamente, le abrió paso como a un infectado. Pero a los otros se les complicó, hubo empujones y apretamientos, y no tuvieron más remedio que volver a entrar.

Anocheceía. Cada vez había más gente rodeando la casa. Mi papá estaba seguro de que no iba a tener más opción que pedirle a la policía que los escoltara hasta el cine, pero no hizo falta: a los ocho y media la multitud se disolvió como por arte de magia.

Los autoinvitados salieron sin ningún problema, aunque apuradísimos por el poco tiempo que les quedaba para cambiarse de ropa e ir al cine a ver a aquellos con los que habían estado hasta recién. Los actores, las actrices, mis padres, mi hermana y yo, entretanto, nos habíamos ido turnando para ducharnos y vestirnos. A las nueve en punto salimos y caminamos tranquilamente las dos cuadras que nos separaban del cine.

No recuerdo nada de lo que se dijo en la presentación. Recuerdo, sí, que esa noche la primera película fue *La gran ilusión*, de Jean Renoir, y, aunque yo no tenía ni la menor idea de quién era Renoir, pensé que (habiéndola visto la noche anterior, sentado en mitad de la sala) si *Los herederos* no tenía esa calidad era mejor que el Clan Stivel ni se enterara del sistema de “primera buena, segunda mala” que había establecido mi papá. Estoy seguro de que él ni siquiera lo advirtió. Y a decir verdad tampoco yo: pensé en eso cuando me encontré con un amigo en el patio delantero y escuché que su padre, uno del grupo de los cultos, le decía a alguien que el film le había parecido “superlativo”. Recuerdo el término. “Un film superlativo”. No supe qué quería decir “superlativo”, pero el tono y el gesto no dejaban lugar a dudas. Recuerdo también que nunca antes había escuchado a nadie en el pueblo emplear el término “film”, que esa misma tarde había escuchado varias veces en boca de Federico, quien lo pronunciaba con una “e” final: “filme”. Volví a escuchárselo durante la presentación: “Este es un filme...”.

Mi papá fue el primero en hablar. Lo siguieron Federico y David Stivel, en ese orden. A su turno, Bárbara Mujica, Marilina Ross, Emilio Alfaro y Carlos Carella avanzaron hacia el micrófono (un micrófono de pie) y se limitaron a saludar a los presentes y a desearles que la pasaran bien. El acto no duró más de veinte minutos. Los aplausos cuando enfilaron hacia la escalerita para bajar del escenario eran agudos y enérgicos y sonaban como una fritura amplificadas. Las luces de la sala se apagaron.

Mientras se proyectaba la película volvimos todos a casa. Pero solamente entramos mi hermana y yo. Los demás siguieron de largo. “Enseguida volvemos”, dijo mi mamá. Y se internaron en la

penumbra de las calles irregularmente iluminadas del pueblo. ¿Adónde iban? Cinco cuadras más allá estaba la cancha de fútbol, después había una franja larga y angosta de campo sembrado y un bosque de sauces lleno de perros. Si doblaban a la izquierda o a la derecha el panorama no era muy distinto. A la derecha estaba la plaza, a la izquierda la estación del tren.

Volvieron media hora después, muertos de risa. Pienso ahora que más que ir a estirar las piernas o a tomar un poco de aire pudieron haber ido a fumar marihuana. Pero ¿por qué irse, cuando podrían haber fumado en casa?

Las dos chicas (a una de ellas mi mamá la llamaba Rey, no sé si porque ese era su apellido o como apócope de reina) habían puesto la mesa, y los actores, ni bien entraron, se sentaron a comer. Los platos quedaron limpios, como lustrados.

—¡Un brindis por los dueños de casa! —propuso Marilina Ross.

Mi hermana y yo, que habíamos sido ubicados a un lado de la mesa principal, en una mesita ratona, levantamos nuestros vasos de gaseosa. Mi hermana me dijo en voz baja:

—No quiero que nadie me use la cama.

Más tarde, quizá un par de horas después, mi papá alzó a mi hermana del sillón en el que se había quedado dormida y seguimos a Federico hasta la casa de la tía Clementina, donde pasamos la noche.

Todo el mundo se acostó relativamente temprano, a eso de la medianoche, así que a media mañana ya habían hecho los bolsos y ahora tomaban mate en el jardín. Íbamos a pasar un día de campo en la estancia Los Sauces, propiedad del intendente.

Estábamos a punto de salir cuando alguien notó que faltaba Carella. El episodio no tiene ninguna intriga, así que lo mejor es referirlo ya. Carella se había levantado a las ocho (“dormí dos horas más de lo que duermo siempre”, dijo después) y, previo acuerdo con uno de los autoinvitados, que vivía a media cuadra de casa, este lo había pasado a buscar y se habían ido al río a probar suerte con el pique. No tardó en volver —no habían pescado nada—, pero eso demoró una hora la partida, así que cuando llegamos a la estancia ya estaba todo el mundo ahí. “Todo el mundo” eran los verdaderos invitados: amigos de mis padres, etcétera, unos treinta en total, número al que hay que sumarle una decena de chicos de todas las edades; entre ellos, por suerte para mi hermana y para mí, uno o dos amigos nuestros por cabeza.

Los autoinvitados del día anterior también estaban ahí, por supuesto. Cuatro de ellos jugaban al truco en una mesita al aire libre, dos más charlaban con los parrilleros, otro le cebaba mate a su señora. Y ni bien bajamos de los autos saludaron sin abandonar sus posiciones, como agrandados. “Yo a estos ya los conozco”.

Esa actitud liberó al elenco de la parafernalia de presentaciones y de fotos que prometía la situación, porque ninguno de los que los veían por primera vez quiso ser menos que los que ya los habían visto y pasado varias horas con ellos, así que las presentaciones resultaron sobrias, de a poco, o, mejor dicho todavía, al paso, a medida que el elenco se distribuía por la casa y los alrededores y uno se topaba con ellos como de casualidad.

La estancia era para sacarse el sombrero. Una casa enorme, de una sola planta, rodeada por una galería en “U”, con un parque delantero repleto de flores y con árboles que también parecían

flores, a su vez rodeado de montes que la distancia, en sus distintas extensiones, pintaba de verde, negro o azul.

Uno de los parrilleros, Pedro Salvatierra, chaqueño, muy musculoso, capturó la atención de David Stivel con un relato de abducción extraterrestre. En un aparte, mi papá tuvo que explicarle a Stivel que Salvatierra no le tomaba el pelo: hacía años que contaba lo mismo. Y nadie le creía. Salvatierra y su compañero manejaban con eficacia no solamente las brasas sino también el humo, que iba siempre para arriba en línea recta, sin molestar a nadie. Era un día limpio y despejado.

Mi amigo Mati y yo nos alejábamos de tanto en tanto para fumar uno de los Benson que me había robado el día anterior, y cada vez que volvíamos al parque los grupos se habían modificado: la gente pasaba de un grupo a otro; también se trasladaban las discusiones y los temas de conversación, como si se los llevaran con ellos, o como si hubiera un hilo conductor del que nadie podía soltarse. La política era el tema principal. Mi papá y Federico no hablaban casi de ninguna otra cosa, o sí, pero derivándolo todo hacia allí, y más que nadie mi papá. En efecto, mi papá aprovechaba la compañía de un grupo de actores y actrices respetados que compartían en general sus opiniones para refregárselas en la cara a sus amigos y conocidos, mayoritariamente de derecha. No obstante eso, el carácter de las discusiones era más bien amable.

Alguien trajo un caballo. Marilina Ross fue la primera en acercarse. Montó y se alejó al paso.

—¿Hay otro? —preguntó Bárbara Mujica.

Cuando le trajeron otro, montó y salió en la misma dirección que Marilina. Mati y yo nos quedamos mirándola hasta que se perdió de

vista.

Ahora, medio siglo después, me cuesta creer que Bárbara Mujica apenas nos doblaba en edad: tenía veintiséis años. ¡Veintiséis! La atracción que sentí por ella durante esos dos días en Ramallo fue tan intensa que durante muchísimo tiempo, décadas diría, busqué una mujer que se le pareciera.

Una tarde, a veinte años de aquel día, yo tomaba un whisky sentado a una mesa al lado de la ventana en un bar del microcentro con Miguel Briante y alguien más, alguien del que no recuerdo ni la cara ni el nombre, cuando Bárbara Mujica pasó por la vereda y al verlo se detuvo, entró y se sentó con nosotros. Era una tarde de 1990.

—¿Qué andás haciendo? —le preguntó el amigo cuyo cara no recuerdo.

Ella dijo encogiéndose de hombros:

—Nada, paseaba un poco.

Tomó café, se quedó veinte o treinta minutos y cuando se levantó para irse la detuve y le dije, de manera más bien atropellada: “Estuviste en mi casa, en Ramallo, en 1969, estrenaron *Los herederos* en el cine de mi papá, pasaste un fin de semana en mi casa y yo estuve todo ese tiempo enamorado de vos, y durante unos cuantos años después de que te fuiste también”.

Me miró desde arriba (ya se había levantado), hizo una pausa, un silencio, mirándome a los ojos pensativa. Finalmente recordó de qué le hablaba y dijo, sin que yo registrara el menor esfuerzo de su parte por obviar la confesión de mi enamoramiento, como si no lo hubiera escuchado:

—Cierto, sí, Ramallo... ¡La pasamos tan bien! Mandale saludos míos a tu mamá. Bueno...

Y se fue. Murió ese año.

De pronto alguien empezó a correr hacia la parte trasera de la casa.

Lo enérgico de la carrera hizo que la gente, distribuida en el parque en pequeños grupos, algunos tomando mate, otros vermut, interrumpiera la charla y lo siguiera con la vista. Mi papá fue tras él. “¿Qué pasa?”, le preguntó mi mamá. La intriga se contagió rápidamente, aunque nadie acertaba a moverse. Miraban todos para el mismo lado, con preguntas parecidas en mente: “¿Qué hay?”, “¿revivió el cordero?”, “¿se abrió la tierra?”. Poco a poco, de a uno, de a dos, empezaron a ir hacia la parte trasera de la casa. Carlos Carella trataba de levantarse de una reposera demasiado baja, sin conseguirlo, cuando Mati y yo le pasamos al lado, pisándoles los talones a los demás.

Lo que vimos fue triste, para Mati más que para nadie.

Mi papá, con los brazos bien abiertos, separaba a dos personas. A un lado, un señor bajito y ancho. Al otro, el padre de Mati; una salpicadura de vermut le atravesaba la camisa en diagonal. Volcado en el pasto había un vaso largo, y a un metro del vaso una rodaja de limón. La distancia entre el vaso y el limón indicaba que el manotazo había sido fuerte.

“Bueno, basta, basta”, les decía mi papá mientras ellos se insultaban en voz baja, casi en susurros, furiosos y a la vez avergonzados por el espectáculo que daban. “Basta”. Finalmente bajaron la guardia, se sonrieron apretando las mandíbulas y se fueron cada cual por su lado.

No hubo otra pelea en el resto del día. Al contrario, el clima era amistoso y relajado. Pero Mati ya no se recuperó; a partir de ese momento se mantuvo callado, caminaba despacio, sin curiosidad, había que llevarlo.

Cuando el asado estuvo listo (media res en cruz) nos sentamos a dos mesas larguísimas que el servicio doméstico había preparado en la galería y, por un error de timing de los parrilleros o de los mozos, empezaron a volar achuras y costillas antes de que llegara la ensalada.

—Espero, espero —le dijo Bárbara Mujica a David Stivel, que ya había atacado un chorizo y le preguntaba por qué no comía.

Me acuerdo de aquel “espero” por la carga de malhumor. Se habían sentado en el lugar equivocado: a un lado y a otro tenían a dos mujeres demasiado emperifolladas y supongo que muy poco interesantes, y, enfrente, a mí, a Mati y a sus padres. No tenían con quién hablar. El sector más animado estaba en la otra punta de la mesa.

Bárbara había cortado un pan al medio antes de lanzar su “espero”. Cuando llegó la ensalada se hizo un sándwich de chorizo con lechuga y tomate y lo mordió mirándome. Siguió mirándome mientras masticaba. Eso debió durar un total de cinco segundos. Entonces mi papá advirtió el desánimo en nuestro sector de la mesa y los llamó con una excusa cualquiera. Bárbara y David no dudaron en levantarse y cambiar de lugar. Yo corté un pan al medio.

Bebían todos como esponjas y comían sin respirar. Federico mantenía apretado entre las piernas un recipiente (un tacho de basura) en el que iba tirando las sobras, huesos y grasa, para tener el plato siempre limpio, algo que muchos años después le vi hacer

cada vez que iba de visita a su quinta de fin de semana en las afueras de Buenos Aires. A juzgar por las cargadas que recibió en esta ocasión, cuando alguien lo descubrió, era la primera vez que hacía algo así.

Mientras los mozos servían el postre, el intendente dio un discurso que todos escucharon con la mente en blanco. “No hay champagne”, dijo sobre el final, “pero hay vino suficiente para honrarlos por su visita hasta la hora que quieran”.

Se lo aplaudió sin energía y por etapas, como si fueran dándose cuenta de a poco que había terminado. Después habló David Stivel y a continuación mi papá, menos de un minuto por cabeza y sin que ninguno de los dos dijera nada en concreto. Me acuerdo también de un discurso ad hoc de uno de los invitados (lo veo en alguna de las fotos que mi mamá me dio años después, envarado y con un saco a cuadros) que se hizo brevísimo ante la evidencia de que no era escuchado. Carlos Carella directamente se levantó de la mesa y fue a tirarse boca arriba sobre una esterilla, abajo de un árbol.

En otra de las fotos que muchos años después de aquel día me dio mi mamá se la ve a Marilina Ross jugando a las cartas rodeada de chicos y chicas de todas las edades y de sus madres. Yo no aparezco en la foto, pero estaba ahí. Recuerdo que en determinado momento Marilina Ross comentó que pensaba retirarse de la actuación para dedicarse a la música.

—¿En serio? —preguntó alguien.

—¿Puedo cantarles algo que acabo de componer? —dijo ella.

Fue hasta el auto, volvió con una guitarra criolla y cantó *Quereme... tengo frío*. El tema resultó ser un hit pocos años después.

Al atardecer, el Clan Stivel empezó a despedirse.

Abrazos, apretones de manos, promesas de reencuentro. Fue una despedida lenta, larga. Mi mamá, mi papá, mi hermana y yo dejamos la estancia unos minutos después de que lo hicieran ellos. Íbamos despacio para no llenar de tierra a los autos que venían atrás.

En determinado momento, durante la vuelta a casa, le pregunté a mi papá qué quería decir abducción. Después de explicármelo, me miró por el espejito retrovisor y dijo: “Yo debo ser el único que le cree”; había entendido que, de todo lo que pasó ese día, yo me quedaba pensando en el relato del chaqueño, Pedro Salvatierra, y en la triste montaña de músculos con la que sostenía la expresión desconsolada de su cara mientras hablaba.

El abducido

Un mediodía de fines de enero, Pedro Salvatierra, preparador físico oriundo de la ciudad de Resistencia, Chaco, fue abducido en una playa de Mar del Plata, donde veraneaba con su mujer y con su hijo. Hacía muchísimo calor, la playa estaba llena de gente, el mar inundado de bañistas. Y de pronto un ovni se detuvo sobre la orilla, a no más de treinta metros del suelo!

Fue todo extraordinariamente rápido. Salvatierra —en ese momento cruzado de brazos, vigilando a su hijo, que jugaba en las olas encastrado en un flotador con cabeza de pato— ni siquiera alcanzó a verlo. Sintió que algo lo succionaba, por supuesto, sintió

que se elevaba, pero no tuvo tiempo ni de descruzar los brazos. Después de tragárselo, el ovni literalmente desapareció.

De aquella cosa ya no podía decirse que fuera un objeto volador no identificado, al contrario: era la primera vez en la historia que podía llamársela “nave” sin el más mínimo margen de error; centenares de personas la vieron con toda claridad, ¡y desde muy cerca! La conmoción fue tan grande que nadie, excepto un tal Romeo Alcaraz, llegó a fotografiarla. El suceso, la aparición casi repentina, la abducción, la desaparición, duró apenas segundos, tiempo más que insuficiente para reaccionar, revolver un bolso o una canasta en busca del teléfono y activar la cámara; tampoco lo hizo el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento (sigo usando la expresión) de los que en ese momento tenían el teléfono en las manos. Solo un rato después, cuando la foto que tomó Alcaraz había dado ya varias veces la vuelta al mundo —una foto tan nítida que se impuso de un plumazo como prueba excluyente de la existencia de vida extraterrestre, por encima del inmenso historial de capturas lejanas, borrosas o fuera de foco al que estamos habituados—, los que estaban en la playa pudieron ver lo que habían visto, verlo detenidamente. Absortos, parecían asimilar a paso de hormiga una idea terrible, fantástica y sin embargo lógica: basta encontrarse con vida proveniente de alguna otra parte fuera de la Tierra para afirmar que el universo está llena de ella; pero no: por el momento la imagen de la nave los dejaba, igual que al mundo entero, con la boca abierta y la mente en blanco.

Tenía la forma, se diría que clásica, de dos platos de sopa unidos por la parte superior, y diez o más metros de diámetro. A pesar de la baja altura a la que había sido fotografiada, no hacía sombra; la luz

del sol la atravesaba como a algo inmaterial. La sombra de Salvatierra, en cambio, que en la foto aparecía en el aire, con la cabeza ya en el interior de la nave, y todavía con los brazos cruzados, se alargaba claramente sobre la arena.

Según la hora a la que había sido tomada la foto (11,31 a. m.) y la hora que Salvatierra diría haber visto en su reloj ni bien la nave lo depositó de nuevo en tierra (sorprendido de que fuera de noche, miró el reloj: 11,32 a. m.) había pasado apenas un minuto. Y en efecto, un minuto después de abducirlo, la nave lo dejó en un paraje solitario al costado de un camino cubierto de nieve, y volvió a esfumarse.

Un cartel indicador decía *Oymyakon*. Todo lo demás era blanco.

Salvatierra se enteraría después que Oymyakon era una ciudad de Siberia, pero en ese momento creyó que era el nombre de un balneario. Pronto, sin embargo (en parte porque la luna le señalaba una cadena de montañas, y en parte porque hacía veinte grados bajo cero), entendió que estaba muy pero muy lejos de Mar del Plata.

Revivió su ascenso en el aire y la sensación vaga, porosa, de haber caído de espaldas sobre algo metálico y acolchado a la vez. No había visto la nave desde afuera, la vio directamente desde adentro (un gran salón y una serie de cabinas dispuestas en semicírculo frente a él, de las que salían unos haces de luz azulina que le daban en la cara), así que ahora, al repasar lo ocurrido, su sorpresa fue el doble de intensa que la sorpresa de los que la habían visto de afuera, en la playa. ¿Sorpresa doble? Triple, quintuple, infinita. Estuvo a punto de desmayarse. Se sobrepuso. Fue entonces cuando miró la hora en el reloj, un reloj sumergible que le había

regalado Nidia, su mujer, esa mañana, por el cumpleaños. A esa hora, 11,32 a. m., cuidaba a su hijo en la playa. Ignoraba que el viaje desde Mar del Plata hasta Oymyakon había durado apenas un minuto, pero sabía, de todos modos, que había estado muy poco tiempo en la nave. ¿Por qué lo habían desechado? ¿Qué habían alcanzado a hacer con él? Podía aceptar que la nave se hubiese desplazado del día a la noche y del verano al invierno a una velocidad inimaginable, inimaginable incluso para él, que acababa de experimentarla, pero tuvo que palparse una y otra vez de arriba abajo (empezando por la entrepierna) para convencerse de que no le faltaba un miembro, ni un dedo, ni una oreja, y que no tenía ningún pinchazo o herida en la piel. Descubrió, y al hacerlo estuvo a punto de echarse a llorar, un poco de arena en la espalda y en los codos, sobre los que se había apoyado para incorporarse cuando su hijo se metió al agua embutido en el flotador.

Empezaba a congelarse. Ya no sentía los pies, ni los dedos de las manos. Para entrar en calor, saltó varias veces sobre un punto y se puso a trotar.

A sus cincuenta años era todavía un hombre fuerte, incluso atlético; de hecho, era el entrenador más solicitado de Resistencia, donde vivía con su familia y donde dirigía una cadena de gimnasios, precisamente llamados "Resistencia": Resistencia I, II y III. No obstante, pronto se quedó sin aire y tuvo que detenerse.

Tenía los pulmones llenos de agujas de hielo que chocaban y se fundían entre sí, haciéndose cada vez más grandes. Los pies emitían un latido lejanísimo, desesperado, como el grito de un enterrado vivo. Se sentó en el suelo, sobre la nieve, y se llevó a la boca primero un pie y después el otro, una y otra vez, con lo que no

consiguió más que congelarse los labios y la lengua. No hay que perder de vista que lo único que llevaba puesto era una sunga y un reloj.

Intentó pararse y no pudo. Los pies ya no le respondían. Si hubiera sido cuestión de voluntad, habría corrido sin pies, solo apoyándose en las piernas, como en zancos. Pero las piernas tampoco le respondían. Se dejó caer de espaldas. "Qué raro", pensó, "tengo el cuerpo más frío que el hielo".

En ese preciso momento lo abdujo una segunda nave (o la primera, que había vuelto por él, ¿cómo saberlo?), y en un abrir y cerrar de ojos lo soltó entre los surcos de un campo recién sembrado, ahora con el sol a pico.

¿Jugaban con él?

Se incorporó; había caído de rodillas. ¿Dónde lo habían dejado esta vez? ¿Qué era ese desierto de tierra revuelta? Era tal el desconcierto que sentía que confundió a un tero con un copo de nieve.

Temblaba. No se tranquilizó hasta que vio un grupo de vacas, que por la cara le parecieron argentinas. Supuso que estaba en las afueras de Mar del Plata, y creyó, guiándose por el oído y por el rumor crepitante que exhalaba el campo, que no muy lejos del mar. Se encaminó en dirección de una arboleda que se contoneaba sobre la línea del horizonte. Ahora transpiraba agua hirviendo.

Llegó a una casa. En la puerta, sentado sobre un tronco, un hombre de boina limaba la placa de una pala. El hombre no levantó la vista hasta que Salvatierra le habló; ya lo había visto, lo había visto venir, pero no creyó que fuera cierto.

Apartó la boina con la punta de la lima y dijo:

—No, por acá no hay ningún mar.

Salvatierra se sintió descolocado, e inmediatamente avergonzado. Forzó una sonrisa a modo de disculpa, como si la pregunta por el mar hubiera sido una broma apuntada a justificar su desnudez, y dijo apesadumbrado:

—Me asaltaron, me robaron todo. Por lo menos me dejaron la sunga.

El hombre le miró el reloj.

—Alcancé a tirarlo entre unos yuyos cuando vi que se me venían encima —explicó Salvatierra—. Me lo regaló esta mañana mi señora, por mi cumpleaños.

—Bueno, feliz cumpleaños —dijo el hombre y se levantó.

Entró a la casa. Medio minuto después salió trayendo un pantalón, una camisa arrugadísima y un par de alpargatas desflecadas.

—No sé cómo agradecerle... —dijo Salvatierra.

—Devolviéndomela ni bien pueda —le dijo el hombre—. ¿De dónde viene?

—No, de acá nomás —contestó Salvatierra señalando vagamente hacia atrás con un pulgar por encima del hombro.

Un peón lo arrimó en tractor hasta la tranquera. Salvatierra, para no llamar la atención más de lo que ya la había llamado, evitó preguntarle dónde estaban. Ya del otro lado de la tranquera alcanzó a ver a lo lejos un edificio, un único edificio, y empezó a caminar para ese lado.

A medida que avanzaba le pareció reconocer las formas de la zona, la inclinación del camino, alguna que otra de las casitas aisladas que se levantaban o escondían entre los árboles. Y de

pronto se detuvo. No lo podía creer. Estaba en Monte Alegre, Santa Fe, el pueblo donde había nacido.

Se había ido de Monte Alegre a Resistencia treinta años atrás y desde entonces no había vuelto nunca, ni una sola vez. ¿Era posible que los miembros de una civilización aparentemente tan avanzada como los que lo habían abducido tuvieran esa información? Y es más: ¿era posible que se manejaran con información desactualizada?

No había terminado de preguntárselo cuando se zambulló en unos pastos al costado del camino. No quería ni pensar en que lo abdujeran de nuevo, esta vez acaso por cortesía, para llevarlo al lugar correcto. Enseguida volvió a levantarse. Era un avión.

¿Por qué no lo habían dejado en Mar del Plata, ya que estaban?

Tenía que llamar a Nidia, su esposa, para tranquilizarla, si es que en ese mismo momento no estaba llena de tranquilizantes... Caminó por la única avenida del pueblo buscando a alguien a quien pedirle prestado el teléfono. No había un alma. Se paró un instante frente a la panadería de Percudani, que seguía en pie después de tanto tiempo. La panadería, cuando él era adolescente, además de pan vendía cerveza, y se había convertido en el lugar de encuentro de los chicos de su edad. Se sentaban en el cordón de la vereda y tomaban del pico; en el Club Social y Deportivo también les vendían alcohol, pero tenían que ir a tomarlo a otra parte, así que cuando querían emborracharse iban directamente a la panadería.

El club quedaba unos metros más allá, en la esquina. Entró.

Había una decena de parroquianos agolpados frente a un televisor que colgaba de la pared. Seguramente conocía a alguno de ellos, o a varios. Nadie, lo conociera o no, iba a negarse a prestarle el teléfono. Pero la idea del reencuentro, después de décadas de

ausencia, el relato de su vida, la obligación de escuchar la vida de otros, lo desanimó y dio media vuelta para irse. En el acto, describiendo un círculo completo, giró de nuevo hacia el televisor.

La pantalla mostraba la foto de Romeo Alcaraz. Se veía a un hombre en el aire, cruzado de brazos, con la cabeza ya en el interior de la nave. “Soy yo”, se dijo reconociéndose por la sunga, más que por el hecho en sí. La nave le pareció sencillamente im-pre-sio-nante. La pantalla mostró un primerísimo primer plano de su cara. “Este es el hombre”, decía el videograf. “Este es el hombre”, decía ahora sobre una foto en la que aparecía sentado en una de las bicicletas fijas del gimnasio. “Este es el hombre”, abrazado a su esposa, los dos muy sonrientes, inclinados en el mismo grado que la torre detrás de ellos, en Pisa. Agachó la cabeza y salió.

En la puerta del club lo reconoció un muchacho que llegaba y que al verlo gritó su nombre con voz de pito. Salvatierra apuró el paso.

Varios de los que se agolpaban frente al televisor se desprendieron del grupo, lo alcanzaron —uno le puso una mano en un hombro, otro le rodeó el cuello con un brazo— y lo metieron de nuevo en el club.

Lo sentaron a una mesa.

Estaban encantados de tenerlo ahí. Hablaban todos a la vez, volaban las preguntas. Querían saber cómo lo había hecho. ¿Cuál era el truco?

Salvatierra pidió calma con un gesto de las manos.

—¿Alguien me puede prestar el teléfono?

Agarró uno cualquiera de los muchos que le ofrecieron y digitó el número de su esposa.

—Nidia, soy yo —dijo—. Estoy acá en Monte Alegre. Nidia, ¿me escuchás? Se cortó.

El dueño del teléfono estiró el cuello, miró el display del aparato y dijo:

—No, no se cortó, sigue ahí, le están hablando.

—¿Holá? ¿Holá? —decía ahora una voz desconocida al otro lado de la línea.

—¿Holá? —dijo Salvatierra.

—¿Quién habla?

—¿Quién habla ahí?

—El Jefe de Gobierno de Mar del Plata. ¿Pedro? ¿Es usted?

—¿Cómo está mi hijo?

—Bien, bien, estamos todos bien —dijo el Jefe de Gobierno de Mar del Plata incluyéndose—. ¿Dónde está usted, Pedro?

—En Monte Alegre.

—Ajá. ¿Provincia de...?

—Santa Fe.

—Monte Alegre, Santa Fe, bien —dijo el Jefe de Gobierno de Mar del Plata—. No se mueva de ahí, Pedro. Ya mismo sale gente para allá. Espere un cachito, le quiere hablar su esposa...

—Pedro... —dijo Nidia, y no dijo nada más.

A continuación volvió a escucharse la voz del Jefe de Gobierno de Mar del Plata:

—Es la emoción, Pedro, usted me entiende, está shockeada, no le salen las palabras. Me pregunta por señas... A ver, no sé si la interpreto bien... Sí, quiere saber cómo está. ¡Cierren esa puerta, carajo! ¡Afuera todo el mundo, esto es la Intendencia! Pedro, ¿sigue

ahí? ¡Entran periodistas como panchos por su casa! Le quiere hablar su hijo. Nene, vení...

El visor del teléfono hizo un circulito de burbujas y se fue a negro. Salvatierra se lo alcanzó al dueño, que lo miró de adelante y de atrás como a algo desconocido. Se había quedado sin batería.

Nadie ofreció otro. Ahora querían hablar con él. ¿Había sido o no había sido un truco? Si era verdad y lo habían chupado de sunga, ¿cómo era posible que estuviese ahora de camisa y alpargatas?

Salvatierra dijo que necesitaba ir al baño. Los parroquianos se abrieron en dos para dejarlo pasar y lo siguieron con la vista, todos mudos menos uno, que murmuró:

—Para mí que es cierto.

Salvatierra cruzó el salón, entró a la cantina y salió por la puerta secundaria del club. Más tarde uno de ellos comentaría que caminaba sin pisar el suelo, y otro que a su paso se borroneaba el contorno de las cosas.

Caminó por las calles desiertas del pueblo (en tanto, todo el mundo, literalmente el planeta entero, seguía la transmisión del caso) decidiendo si esperaba la llegada de la gente del Jefe de Gobierno de Mar del Plata o tomaba un ómnibus a Resistencia. Si esperaba a la gente del Jefe de Gobierno de Mar del Plata y se iba con ellos, cabía la posibilidad de que la comitiva fuera interceptada en el camino, quizá por fuerzas especiales del Ministerio de Seguridad Nacional, quienes más temprano que tarde lo entregarían a la NASA. Se inclinó por Resistencia. Desde luego, entendía que la situación en Resistencia no sería muy distinta que en Mar del Plata, si es que alcanzaba a llegar. Pero en Resistencia, al menos, estaría en su casa, en su propiedad; no había cometido ningún delito, y

nadie, por más poderoso que fuera, tenía derecho a sacarlo de allí, y mucho menos todavía entregarlo a otro país. Abogados, jueces y fiscales defenderían su derecho a permanecer en casa. Él, para reforzar su posición con una muestra de buena voluntad, aceptaría contar lo sucedido, y si era necesario lo haría con lujo de detalles. Estaría dispuesto, de mala gana pero dispuesto, a entrevistarse con científicos, estudiosos del fenómeno ovni y autoridades religiosas, a través de la ventana abierta, mientras Nidia le cebaba mate. Podría incluso revelar que no había sido abducido una sola vez, sino dos, para divertirse un poco, dentro de todo, con la reacción del mundo, al que con este dato haría entrar de nuevo en el terreno de la sospecha, de la ficción, aun cuando había una foto y centenares de testigos que probaban la veracidad del hecho. Convencido de que esta era la mejor opción, se encaminó a la terminal de ómnibus de Monte Alegre.

No tenía plata para el pasaje, pero calculó que no habría chofer que se negara a llevarlo, siendo quien era. Y no se equivocaba. Encontró a los dos choferes del ómnibus a Resistencia sentados a una mesa en el bar de la terminal. Compartían un sándwich y miraban fotos suyas en el televisor. Cuando se les acercó por detrás y les preguntó en voz baja, con pudor, si lo llevarían a Resistencia gratis, uno de los choferes se rio entre dientes. El otro, al reconocerlo, dijo, después de un silencio, con la boca abierta y un pedazo de sándwich sobre la lengua, que sí, que cómo no.

Salvatierra se ubicó en uno de los asientos del fondo. Desde Monte Alegre hasta la ciudad de Santa Fe el ómnibus fue casi vacío. En Santa Fe se llenó. De las ocho horas de viaje hasta Resistencia, Salvatierra durmió siete. Durante la hora que pasó despierto hizo un

intento tras otro de ocultar su identidad modificando su cara con muecas —inflaba las mejillas, apretaba los músculos de la nariz sobre el tabique, torcía hacia un lado el labio inferior, revestía con un tic nervioso a un párpado ya demasiado caído en relación con el otro —, muecas que, cuando la noticia de su presencia en el ómnibus se desparramó desde adelante hacia atrás en efecto dominó, le sumaban curiosidad a la curiosidad. Iba todo el pasaje dado vuelta, mirando para atrás, incluido el chofer.

Finalmente se quedó dormido. No despertó hasta que llegaron a Resistencia. Bajó primero, dando una carrerita por el pasillo del ómnibus todavía en movimiento, y en un abrir y cerrar de ojos se hizo humo.

Su casa no estaba lejos, a unas pocas cuadras de la terminal.

Era una casa de dos plantas. Unas columnas helicoidales, idea de su suegro, que Nidia aceptó encantada, enmarcaban la puerta principal, a la que se accedía subiendo los tres peldaños de una escalera inútil que Nidia había vuelto necesaria haciendo cavar una depresión en el terreno: ahora, para subirla, primero había que bajar. Pero allí, en la bajada, se acumulaba agua los días de lluvia, así que Salvatierra colocó unos caños subterráneos que, conectados a una bomba, enviaban el agua a unos copones a ambos lados de la fachada, donde soltaban chorros en forma de flor.

El problema de esta obra era que su hijo y sus amiguitos bebían el agua dudosa de los chorros cuando salían a jugar después de la tormenta. Para evitarlo (he aquí cómo una sola cosa inútil es capaz de disparar una serie), Salvatierra cubrió los copones con una malla metálica en forma de sombrero que no impedía la salida del agua,

aunque sí beberla, pero en la que ahora se enganchaban toda clase de insectos y en la que los pájaros se detenían a comer y defecar.

Con el fin de mantener alejados a los pájaros, puso al lado de cada copón uno de los caballos hiperrealistas, de cerámica cocida, con las patas delanteras alzadas y expresión furiosa, que hacía Nidia desde muy joven, y, aunque no consiguió espantarlos por completo, sí redujo las visitas de las especies más grandes: caranchos, charatas, jotes cabeza negra.

Chingolos, tacuaritas y cotorras seguían viniendo. Entonces electrificó las mallas metálicas, y de paso también los caballos, con el mismo cable. Era un voltaje mínimo, no representaba ningún peligro para las personas, pero fue más que suficiente para que los insectos se quemaran en el acto y para que los pájaros aprendieran que no debían posarse allí.

Todo esto le daba a la casa un aspecto petulante, particularidad que no se repetía en su interior, donde era tan sobria que, después de haberla visto desde afuera, resultaba insulsa. La única correspondencia entre el afuera y el adentro eran los caballos de Nidia. Y aunque los caballos se acumulaban en la parte de atrás, en el taller, no había ambiente en el que no hubiera alguno de ellos, incluidos los baños.

Nidia los hacía de diferentes tamaños y materiales —cerámica, madera, piedras, hierro— pero siempre idénticos. Había encontrado, casi desde el primero que hizo, una zona de confort que ya no pudo o no quiso abandonar y que fue perfeccionando con el tiempo. Se había ganado también, con una serie de tres exposiciones repetidas, un cierto renombre como escultora. La gente miraba los caballos y decía que eran “perfectos”. “¡Y cómo no van a ser perfectos si hace

treinta años que hace lo mismo!”, pensaba Salvatierra divertido. Tenían en los ojos algo inquietante, sin embargo, una mirada viva con la que procuraba no hacer contacto y que sentía permanentemente fija en él.

Entró por el taller. Abrió una ventana usando como palanca un inflador de bicicleta abollado y se zambulló entre una manada de caballos de todos los tamaños.

Un pasillo comunicaba el taller con el resto de la casa. Fue hasta el living, donde la penumbra rozaba la oscuridad total, abrió una de las persianas que daban al enorme jardín delantero y descorrió las cortinas.

Esperaba que la luz del día inundara el ambiente, pero la única luz que entró fue la de la luna. ¿Podía estar tan abstraído? Había caminado desde la terminal hasta su casa sin notar que era de noche. Abstraído y también cansado, a pesar de las horas que había dormido en el ómnibus. Era un cansancio del cuerpo —no de la mente, como el cansancio del ómnibus— que se solucionaría con una siesta rápida, e incluso con solo pasar un rato sentado, pensando en nada, si es que eso era posible.

En el Resistencia III, gimnasio al que iba más seguido que a los otros —era el más nuevo y el que más apoyo necesitaba—, solía descansar de las irregularidades de los principiantes apoyando un codo en la mancuerna o una rodilla en una tabla de abdominales; con eso era suficiente. Le sería suficiente ahora con sentarse en un sillón y mirar un rato hacia afuera por la ventana para sentirse renovado.

Cuando despertó era de día. Nunca había dormido tanto. Habitualmente dormía cinco o seis horas y se levantaba más fresco

que una lechuga fresca. Pero esta vez se sentía todavía más cansado que antes.

Era un día luminoso: el sol ocupaba toda la ventana, cegándolo. No tuvo fuerzas para ir a correr las cortinas. Cerró los ojos y no volvió a abrirlos hasta que sintió que el sol frontal había pasado. Recién entonces se levantó y se asomó.

Había dos curiosos en el jardín delantero, un hombre y una mujer. Parecían quietos, pero avanzaban con pasitos de hormiga, inclinando de tanto en tanto el cuerpo para un lado y para el otro, como si enfrente de ellos hubiera un animal oculto, listo para atacarlos. En determinado momento el hombre apoyó una mano en uno de los copones y recibió una descarga eléctrica. Su reacción, intempestiva, hizo que la mujer, no él, gritara tapándose la boca. Estaban tensos.

Salvatierra se quedó mirándolos. ¿Lo veían ellos a él? Todo indicaba que no: ahora el sol velaba el vidrio como con una membrana, al darle desde arriba.

El hombre sospechaba que lo que había sentido era una mera descarga electrostática y para salir de dudas volvió a tocar el copón. Recibió por segunda vez la descarga correspondiente. "Cuidado", le dijo a la mujer tirando de un párpado hacia abajo con un dedo. Ella se apartó del copón, mirando acá y allá como si el perímetro completo de la casa pudiese estar electrificado.

Salvatierra fue hasta la puerta. Cerrada con llave. Abrió la ventana y les preguntó si buscaban algo. Al oírlo, y al verlo, el hombre y la mujer se paralizaron (la boca fue lo único de ellos que siguió en movimiento, abriéndose como en cámara lenta). Segundos después dieron media vuelta y se alejaron a paso rápido.

Más tarde un joven de aspecto tan serio que parecía desorbitado se paró a diez metros de la ventana y dijo a los gritos:

—¡Me gustaría saber cómo es que está acá si se lo llevaron!

Salvatierra apareció en la ventana y se encogió de hombros, sinceramente desconcertado con la pregunta.

—¡Si se lo llevaron, cómo es que está acá! —repitió el joven. Salvatierra cerró las cortinas—. ¡Quiero saber cómo es que está acá!

—¿Está acá? —preguntó un vecino asomándose al tapial.

—¡Dice que se lo llevaron pero está ahí adentro! ¡Recién lo vi! ¡Cerró la cortina! ¡Está ahí! ¡Cómo es que se lo llevaron si está ahí adentro!

Sin duda los pasajeros del ómnibus habían hecho correr la voz. De un momento a otro empezarían a llegar cada vez más y más curiosos. Pensó en Nidia, en hablar con ella, que era lo que siempre hacía cada vez que se metía en problemas, pero no tenía teléfono de línea y el celular había quedado en Mar del Plata; el celular debía estar al rojo vivo en ese momento, igual que el de Nidia.

—¡Por qué está ahí adentro si se lo llevaron!

Le llamaba la atención que Nidia, sabiendo que él estaba en la Tierra, y más precisamente en Monte Alegre (daba por descontado que Nidia estaba ahora mismo en Monte Alegre), acompañada por fuerzas y servicios secretos de todos los colores, buscándolo hasta debajo de las piedras, no dijera de pronto: “Capaz que se fue para casa”. Era lo más razonable. Si se había ido de Monte Alegre, tenía que ser a Resistencia. Después de todo, Monte Alegre quedaba más cerca de Resistencia que de Mar del Plata. ¿O acaso creían que se escondía atrás de un arbusto, que había enloquecido, o que se encontraba mentalmente desorientado, incapaz de valerse por sí

mismo, como un gusanito asmático, y que no se había movido de ahí?

El joven que exigía a gritos una explicación se retiró por fin cuando un señor que dijo ser pariente de Salvatierra le pidió que se callara o..., apretando los puños. Después el pariente llamó a la puerta.

—Pedro, abrí, soy yo, Cristian —dijo.

Salvatierra espió por la mirilla. Sí, era él, al que ahora se sumaba Fina, su esposa. Y si el angular de la mirilla no lo engañaba, en la esquina había un grupo de cinco o seis personas alrededor de alguien que apretaba un teléfono contra la oreja.

—Pedro, ¿estás ahí? Abrí, somos nosotros... —dijo Fina con voz de caño de escape libre; era una gran fumadora.

Salvatierra se apartó de la puerta en puntas de pie. Fue a la cocina y puso una pava al fuego. Mientras el agua se calentaba, entró al taller y aseguró la ventana que había abierto con el inflador de bicicleta, temiendo que Cristian y Fina pudieran meterse por ahí. Después se cebó un mate, dos, tres, de parado, forzándose a pensar con la mente en blanco hasta que se le llenó de venas, y volvió al living. Apoyó la pava y el mate al lado de un velador, sobre una mesita, agarró el control remoto del televisor y se dejó caer en el sillón.

Tenía trescientos canales. Quitó el volumen para no estimular con una prueba de su presencia a los parientes, que seguían llamando, ni a los curiosos que empezaban a acercarse, y los pasó uno tras otro. De los cincuenta canales que sintonizó, cuarenta y nueve mostraban su foto con la nave de sombrero. Lo apagó. Quería y no quería pensar en eso, en lo que le había ocurrido, y en el hecho de

que en apenas un puñado de horas se hubiese convertido en el hombre más famoso del planeta. La abducción y la fama eran dos maravillas que, juntas, resultaban desconsoladoras, como si la conmoción mundial le arrebatara la intimidad del más grande de los sucesos humanos posibles. ¡Cuánto más le hubiese gustado que no hubiera foto ni testigos y que al contar lo que había ocurrido lo creyeran loco! Ah, qué bien le vendría un poco de incredulidad. Volvió a prenderlo y a apagarlo.

Se acercó a la ventana y miró hacia afuera por una mínima separación de las cortinas.

—¡Acá está, acá está! —gritó alguien que justo tenía la nariz pegada al vidrio.

Salvatierra se echó para atrás. Si no había visto mal, el de afuera era Ricardo Rico, vocalista de una banda local de cumbia que, a pesar del nombre, *Los Conchos*, y a pesar también del ritmo, se caracterizaba por las letras de sus canciones, de temática fantasy.

Fue hasta la mirilla. Afuera había un gran amontonamiento de gente curiosamente silenciosa, como ante la morada de un espectro o de un ser divino. Una cámara de televisión filmaba la casa. Un periodista sostenía un micrófono pegado a la boca de Cristian, el pariente, que debía estar revelando vaya uno a saber qué intimidades sobre él.

Seguramente la noticia de que Salvatierra estaba en su casa volaba ahora alrededor del mundo; y quizá —era razonable no estar seguro— ya había llegado a Monte Alegre. Si era así, Nidia y su hijo no tardarían en hacerse presentes. ¿Qué les diría? ¿Qué le dirían ellos? ¿Lo mirarían distinto? ¿Interpretarían cada cosa que hiciera o

dijera como consecuencia de la abducción? ¿Lo seguirían queriendo? Eran todas preguntas sin sentido, y también ridículas, pero posibles.

Fue a darse una ducha. Necesitaba sacarse de encima la ropa prestada. La camisa era demasiado chica para él, el pantalón y las alpargatas demasiado grandes. No obstante, volvió a ponérsela después del baño, distraído por el sonido de un helicóptero que sobrevolaba la casa.

En el techo del piso de arriba había una ventana, una ventana al cielo; el propósito, cuando Nidia y él decidieron hacerla, años atrás, abriendo un boquete que los llenó de polvo durante semanas, no era darle más luz al piso (había luz de sobra) sino acostarse de espaldas en el suelo a mirar las estrellas, cosa que nunca hicieron: las estrellas se veían mejor desde una reposera en el jardín. El vidrio de la ventana, además, se ensuciaba en cuestión de días y subir al techo para limpiarlo era incómodo y peligroso, por lo que mandaron hacer un toldo de lona que lo cubriera. El toldo, sujeto a unas varillas metálicas, podía abrirse y cerrarse con un control remoto. Pero ¿dónde estaba? No lo había usado nunca, excepto el día de la instalación, para probarlo. Cuando finalmente lo encontró, las aspas del helicóptero sonaban tan cerca que pensó que iba a aterrizar en el techo. Apuntó el control hacia la lona, la descorrió y no vio nada. Las aspas, sin embargo, seguían oyéndose.

Bajó y apartó apenas las cortinas con un dedo. Ahí estaba el helicóptero, en el jardín. Terminaba de apoyarse en el césped. Decenas de personas se amontonaban en las veredas, en la calle, con las ropas flameando. Las aspas giraban todavía.

Por la izquierda y por la derecha del helicóptero bajaron dos hombres enfundados en mamelucos antirradiación y fueron directo

hacia la casa. Uno de ellos golpeó la puerta y dijo algo que ni él mismo alcanzó a escuchar. El otro giró hacia el helicóptero, y a una señal suya se apagó el motor.

—Pedro —dijo el primero de los hombres—, abra por favor. Lo vamos a llevar con su esposa y su hijo.

—¿Dónde están?

—Abra la puerta.

—No tengo la llave. ¿Dónde están ellos?

—En Casa de Gobierno, lo están esperando.

—No tengo la llave. Y si la tuviera no abriría. Rompan la puerta si quieren.

Los dos hombres se miraron. Uno de ellos fue al encuentro de otros tres, estos de camisa blanca de mangas cortas, como evangelistas; cruzaron unas palabras; después, uno se apartó para hablar por teléfono y otro subió al helicóptero, de donde no bajó hasta que el primero lo fue a buscar. Parecían movimientos de ajedrez. Por último, el de camisa blanca, que hasta entonces no se había movido ni un centímetro de donde estaba, se arrimó a la ventana y llamó golpeando el vidrio con la punta del dedo medio.

Salvatierra separó las cortinas.

—Pedro, mucho gusto. Yo también me llamo Pedro. Vamos a hacer una cosa: usted no sale, se queda tranquilo acá. Digamos que va a hacer la cuarentena en casa, ¿de acuerdo?

—¿Qué cuarentena? —dijo Salvatierra—. Estuve con un montón de gente en el club de Monte Alegre, viajé en un colectivo lleno...

Los hombres cruzaron miradas.

—No hay problema, de eso nos encargamos nosotros. Por el momento, como le decía, usted se queda acá, piense en la suerte

que tuvo de que lo dejaran bajar. ¡Mire si se lo llevaban a Marte y lo metían en una jaula! Ahora por lo menos está en su casa. Así que no salga. No puede salir. Y no deje que entre nadie.

—Quiero ver a mi esposa y a mi hijo.

—Se los traemos. Usted quédese acá adentro. Si lo invitan a irse a otro planeta diga que no. Ja ja ja, broma. Duerma, Pedro, descanse. ¿Se siente bien?

—Perfectamente.

—Mejor así. En un rato le traemos a la patrona. Adiós, Pedro, encantado.

Ni bien el helicóptero ganó altura, la multitud volvió al jardín. Salvatierra alcanzó a ver que los hombres de camisa blanca, aunque se habían dispersado, seguían ahí.

Otra de las cosas de la casa que se destacaba por su inutilidad era la bodega, una bodega bajo tierra que Nidia y él habían diseñado a mano alzada, igual que el resto de la casa. Fue lo primero que hicieron: un pozo de tres metros cuadrados, al que una vez terminada la construcción de la casa se accedería levantando una tapa y bajando una escalerita perpendicular al suelo. Finalmente, cuando no hubo ya ninguna posibilidad de corrección, se encontraron con que, por un error de apenas un par de metros, la tapa había quedado justo en el lugar cantado para la alfombra y su mesa ratona. En un principio a Salvatierra y a Nidia no les importó tener que apartar la mesa y la alfombra cada vez que llegaban invitados, o en cualquier otra ocasión que mereciera un brindis. Pero no pasó mucho tiempo antes de que los ganara la pereza. Preferían limitarse a la botella que traían los invitados, o iban a comprar una al supermercado, con tal de no tener que apartar la mesa y la

alfombra, bajar a la bodega, subir, y poner de nuevo todo en su lugar. En efecto, apartar la mesa y la alfombra cada vez que querían tomar una copa les resultaba agotador, así que, ya bebida la última botella, dejaron de guardar las siguientes, y la bodega quedó vacía. Pronto (no hacía ni un año todavía del estreno de la casa), rajaduras y filtraciones convirtieron la bodega en un foco de humedad. Las tablas del piso se doblaron, y por el espacio que se abrió entre ellas pasaba un vaho de lo más desagradable. Las reparaciones que hacían no duraban nada. La humedad genética de la tierra chaqueña, combinada con una mezcla barata de materiales en las paredes de la bodega, hacía imposible una solución duradera. A Salvatierra se le ocurrió entonces quitar dos listones de madera del piso y colocar en su lugar unas rejillas para que pasara el aire, enmarcando los bordes de la alfombra. Y tuvo éxito, pero solo en parte: ahora los listones no se doblaban, pero el vaho, ya libre, inundaba el living. Había que eliminarlo de una vez por todas. Rellenar la bodega implicaba una obra con máquinas, camiones que trajeran tierra y piedras, las descargaran en el jardín, arruinándolo, operarios que las transportaran en carretillas haciéndolas rodar por tablones y, según le dijeron, asesorándolo con toda lógica, la operación, en la medida en que el relleno fuera aplastándose sobre sí mismo, debería repetirse una y otra vez hasta que ya no hubiera nada que agregar. No, no y no. El único remedio indoloro era una ventilación regular, diaria. Salvatierra colocó en la bodega un ventilador que se encendía activando una perilla en la pared, al lado del sillón. El plan (al cabo de semejante desacierto, la perilla respondía a un plan) consistía en encender el ventilador cada mañana, cuando Nidia se metía en el taller y él se iba al gimnasio, y

apagarla al regresar. De ese modo mantenían seca la bodega, sin necesidad de apartar la mesa y la alfombra. Esa perilla era lo que Salvatierra miraba ahora, sentado en el sillón, con las manos enlazadas entre las piernas. La miraba fijo, como a un objeto vivo, y como a punto de decirle algo.

¿En qué, con qué cosa, en qué asunto, no se había dejado llevar? La pregunta le resultó dramática, no porque lo fuera —era una pregunta bastante corriente, una pregunta del montón— sino porque nunca se la había hecho. ¿Imaginará la gente qué cosas se pregunta la máxima celebridad mundial, el primer cobayo humano confirmado? Esa era otra. ¿Podré volver a comer un asado con amigos sin que me hagan chistes de marcianos? Antes de sentarse en el sillón había echado un último vistazo afuera y divisado a algunos de ellos acá y allá, todos callados, o inclinándose apenas para cuchichear con otro, diciéndole algo en la oreja primero y ofreciéndole después la suya. Los hippies, es decir la música, la despreocupación, las semillas, era la clase de gente que más le gustaba, siempre había sido así. Pero los amigos que había hecho a lo largo de su vida eran todo lo contrario: emprendedores de poca monta, el dueño de un lavadero de autos, un fabricante de almohadones. ¡Y lo bien que se llevaba con ellos, sin embargo! ¡E incluso con sus esposas! Una de ellas, dietóloga, solía aleccionarlo con tips para el cuidado de la alimentación (“Si el estómago es un recipiente que recibe las impresiones del mundo exterior, la capacidad de recibir exige apertura, pasividad y entrega”). Salvatierra tenía frecuentes problemas digestivos. A veces pasaba dos y hasta tres días sin probar bocado. Pero su fuerza física no decaía. Al contrario: en el gimnasio, durante esos períodos, se

mostraba más exigente que nunca, un poco rabioso incluso. Sospechaba que, con excepción del estómago, el resto de su cuerpo, siempre indemne, no experimentaba nada de lo que había asumido con la mente.

No era eso lo que le pasaba ahora, sentado en el sillón, mientras caía la tarde. Se sentía perdido y el cuerpo lo acompañaba; no tenía fuerzas ni para sacar las manos de entre las piernas, a la altura de las rodillas, que de tanto en tanto las presionaban como llamándolas a reaccionar.

Se hacía de noche. Salvatierra se sacudió como un perro mojado y, haciendo un esfuerzo descomunal, abrió la ventana de par en par y salió al jardín.

La multitud dejó escapar una exclamación de asombro.

Él avanzó por entre la gente, que se abría para dejarlo pasar (no faltó quien apoyara la mano en uno de los copones electrificados), y se detuvo ni bien alguien le preguntó cómo se sentía.

—Bien —respondió después de pensarlo un poco—, como siempre.

—Cualquier cosa que necesite...

—Gracias.

Este breve diálogo animó al resto. Los más atrevidos le palmearon la espalda. Los tímidos le pedían información (¡información!) sobre la vida extraterrestre. Él respondía a todas las preguntas con una humildad que resultaba insólita y desconcertante: “No sé”, “sé lo mismo que usted”, “ni idea”. El Chilo Chiapari, amigo de la infancia, le dio un abrazo sin decir palabra y se apartó caminando marcha atrás, sin quitarle la vista de encima. Salvatierra le hizo un gesto de comprensión con la cabeza.

Los hombres de camisa blanca, en tanto, se abrían paso a los codazos, gritándole a la gente que se apartara. Uno de ellos, ante la nula respuesta, sacó una pistola y disparó al aire. Por un instante la multitud quedó paralizada.

—Guarde esa pistola —dijo Salvatierra—. Dígame dónde tengo que ir y voy.

—¡Vaya a la casa!

—Vengo de ahí.

—¡Entre ya mismo!

Obedeció sin discutir. Entró por la ventana, cerró las cortinas, las abrió, volvió a salir. La gente aullaba a cada movimiento suyo.

Entró de nuevo, agotado, y se dejó caer otra vez en el sillón.

A lo largo de la vida había cultivado cada uno de sus músculos como si fueran magnolias. ¿Por qué? No lo sabía. En cierta ocasión, un atleta al que entrenaba para una competencia le dijo: “El brazo con el que lanzo la jabalina se siente más importante que el brazo que me equilibra, y ni hablar de las piernas que me sostienen, por eso fallo”. Qué misterio. Él no era vanidoso, no pretendía ser temido o respetado; tampoco sentía ninguna predilección por la ropa deportiva, que llevaba puesta todos los días del año. Su padre, su madre, un pariente, alguien cualquiera, ¿quién le había dicho, cuando él era todavía joven y naturalmente fibroso, que si se dedicaba a la gimnasia tenía el futuro asegurado? Ni siquiera se interesaba por la salud. Su único problema era el estómago, que resolvía con una dieta estricta, a la que por otra parte ya estaba totalmente habituado. Esta falta de propósitos volvía incoherente todo lo demás —incluyendo la sunga que usaba en los veraneos— y convertía cualquier *camino*, en el sentido metafísico del término, en

una mera excursión. Todo lo que él era resultaba de un “dejarse ir”, como hacían, o creía que hacían, los hippies que tanto apreciaba, con la diferencia de que él no había descartado en el tránsito ningún compromiso ni deber, antes bien los había ido sumando, acumulando, como a cosas cuyas facetas coincidían entre sí, pero muy poco con la “filosofía hippie” y mucho con lo que llamamos “apremios cotidianos de la vida”. Y, en la medida en que había ido entregándose a ellos, todo lo demás fue convirtiéndose en su sombra.

De un momento a otro vendrían a vallar la casa.

TERCERA PARTE

EN EL TREN

Tenía por delante un fin de semana completamente vacío y me pregunté: ¿por qué no visitar el único lugar del mundo donde fui feliz?

Tomé un taxi hasta la estación de Retiro y saqué un pasaje de tren. Ya con el pasaje en la mano, la idea me empezó a gustar. El panorama —pasear por el pueblo, libre de todo compromiso, tomar un poco de aire y al otro día pegar la vuelta— era tan sobrio que resultó alentador.

Mientras el maquinista enganchaba la locomotora miré a un lado y a otro. Una señora acababa de ubicarse al borde del andén, justo en el punto donde la experiencia le decía que frenaría el vagón al que debía subir, y oteaba la formación de reojo, con las rodillas apenas flexionadas; un grupo de chicos y chicas hablaban a los gritos y entre risas, excitados con la promesa de una fiesta en alguna ciudad vecina. Llegaba gente en oleadas irregulares, uno, tres, cinco, dos, arrastrando bolsos y valijas, con botellitas de agua en las manos, sándwiches, diarios y revistas. “Ojalá no me encuentre con ningún conocido”, me dije. Dicho y hecho, en el acto vi una cara conocida en el andén.

“¿Ese no es Ríos?”. Me di vuelta automáticamente, dándole la espalda, y caminé unos metros de costado como un cangrejo hasta que alcancé la puerta del vagón que acababa de abrirse frente a mí.

Ocupé un asiento al lado de la ventanilla; no llevaba gran cosa y me acomodé sin ningún alboroto. Entonces volví a verlo.

Ríos, todavía en el andén, ahora parado a la altura de mi ventanilla, sostenía un bolso entre las piernas y se palpaba una y otra vez los bolsillos delanteros y traseros del pantalón —e incluso bolsillos inexistentes, sobre los muslos, en el pecho— como si hubiera perdido algo. Temiendo que girara de pronto hacia mí y me reconociera, cerré los ojos y me fingí listo para dormir. Enseguida noté que había quedado con la cara apuntada hacia arriba, como tomando sol, lo que era absurdo, ya que la formación completa, incluida la máquina, estaban bajo techo, y la enderecé muy lentamente, cuidando no llamar su atención, con los ojos siempre cerrados. Los abrí de nuevo unos minutos después. Ríos ya no estaba. Ahora estaba sentado a mi lado. No exactamente en el asiento junto a mí, sino al otro lado del pasillo.

“Maldición”, pensé, pero me dije: “La concha de la lora”. Años atrás, en mi época de estudiante, cuando volvía a Ramallo todos los fines de semana, padecí más de una vez la inagotable compañía de un conocido ávido de dar y recibir información personal “para hacer más ameno el viaje”. El acercamiento y la invasión se justificaban por el mero hecho de haber nacido en el mismo pueblo, aunque uno no hubiese cruzado nunca una palabra con el otro; evitarlo era despreciativo y ofensivo. Es el mismo efecto que se produce cuando dos personas que solo se conocen de vista se topan de casualidad en el extranjero.

El peligro, sin embargo, parecía contenido. El tren se puso en marcha.

Ríos, sentado del lado del pasillo, iba mirando hacia afuera, a su derecha. Lo hacía con tal fijeza que la mujer junto a la ventanilla se revolvió en el asiento molesta, como si la mirada de Ríos estuviera dirigida a ella y no al paisaje, todavía urbano. Ríos captó el fastidio de la mujer y se volvió hacia mí. Yo di vuelta la cara lo más rápido que pude; no tenía ningún inconveniente en resultar antipático, tratándose de un viaje relámpago, que además no volvería a repetirse, pero quería asegurarme de viajar solo.

Galpones, corralones, fábricas apagadas. ¿Por qué había elegido sentarme a la izquierda del vagón en lugar de a la derecha, para ir mirando hacia el este, que era el lado del viaje que más me gustaba? ¿Qué haría si Ríos me descubría?

¿Y si me iba a otro vagón? La posibilidad de verme forzado a una charla con Ríos, uno a cada lado del pasillo, lo que nos hubiera obligado a hablar en voz más bien alta, enterando a los demás de nuestras nimiedades, me decidió. Pero me acobardé al calcular que si los otros vagones también iban completos tendría que volver al vagón donde estaba ahora. ¿Y si entretanto la mujer, molesta con la mirada fija de Ríos, aprovechaba que me había ido y se mudaba a mi asiento? En ese caso yo no hubiera tenido más remedio que sentarme con Ríos y viajar con él. Ya me había puesto de pie. Volví a sentarme.

Mis movimientos alertaron al hombre que viajaba a mi lado.

—¿Quiere pasar? —me preguntó y puso las piernas de costado.

Atravesábamos campos de todos los colores y por un momento el tren se llenó de basuritas voladoras. Ante mi negativa, el hombre reclinó el asiento y se acomodó para dormir. Con un rápido vistazo

de reojo alcancé a ver que la mujer sentada al lado de Ríos hacía lo mismo, encogiéndose en la butaca.

Abrí un libro que compré en la estación. No había terminado el primer párrafo cuando sentí que Ríos me observaba. ¿Por qué no me había hecho el dormido, hasta que pasara el peligro? El dormido funciona siempre mejor que el lector, al dormido se lo respeta. Pero el error ya estaba en marcha, así que me mostré interesado en el libro: fruncí el ceño.

Ríos se levantó. “¡No, que no venga para acá!”. Suspiré aliviado cuando se alejó por el pasillo, apoyándose allá y aquí en los respaldos de los asientos; el tren se bamboleaba en una curva. Lo vi entrar al baño con facilidad.

Retomé la lectura. Dos páginas después, una voz por encima de mi cabeza me preguntó si por casualidad yo no era el que efectivamente soy. ¿Y si le decía que no? Ríos achinaba los ojos como ante un enigma, aunque su sonrisa indicaba que ya lo había resuelto.

No tuve más remedio que asentir. Estiró una mano abierta hacia mí y con un pliegue de la camisa rozó al pasar la nariz del hombre dormido a mi lado, que la sacudió a izquierda y a derecha sin despertarse, como si espantara una mosca.

—Qué casualidad, querido, tanto tiempo —dijo Ríos—. ¿Qué es de tu vida?

—Nada, acá.

—No me digas que vas a Ramallo...

—Sí.

—¿Cuánto hace que no nos vemos, cinco años, treinta?

Hablaba en voz alta, con un temblor que copiaba el traqueteo del tren. El hombre que iba a mi lado abrió un ojo al escucharlo y al cabo de un rápido estudio de la situación le preguntó si quería sentarse. Yo no podía creer las ganas que tenía este hombre de darle el asiento a alguien.

—Siéntese —dijo y se levantó—, yo voy allá con mi esposa.

Su esposa era la mujer al otro lado del pasillo. Habían subido al tren cuando quedaban nada más que dos lugares libres, uno junto a Ríos y otro junto a mí, precisamente, y no tuvieron más remedio que sentarse separados.

Ríos se apartó para dejarlo pasar. Después se desplomó en su nuevo asiento con un suspiro, como descomprimiéndose.

—No lo puedo creer —dijo—. Hoy a la mañana me acordaba de una noche que estábamos con los chicos en la esquina de tu casa. Éramos cinco o seis y había una bicicleta. Estabas vos, estaba Dardo, estaba yo, no sé quién más. Y ahora te vengo a encontrar.

¿Quién era este Ríos? Yo no tenía ninguna duda de que era Ríos y que se trataba completamente de él, nombre y cara, pero no alcanzaba a ver un fondo detrás de él ni un suelo bajo sus pies. ¿Habíamos sido amigos? ¿Habíamos participado alguna vez en algo que debería recordar, más allá de haber compartido una noche en la esquina de mi casa en compañía de una bicicleta? ¿Fuimos vecinos?

Mi viaje era un programa íntimo y breve, no estaba en mis planes ponerme en contacto con los amigos de la infancia para comer un asado y cosas por el estilo. Nada más quería ir a echar un vistazo, llenar el tiempo. Envidié a la mujer de al lado cuando agarró a su marido de un brazo y le dijo, acurrucándose contra él: “¡Qué suerte!”.

Ríos parecía de lo más contento con el encuentro. Habló un rato de esto y de aquello con medias frases, como haciendo fintas. En determinado momento me mostró la mano derecha: tenía una pequeña venda al lado del pulgar.

Entonces lo ubiqué. Era el Ríos que décadas atrás dibujaba como los dioses y al que todos auguraban un gran futuro en el mundo del arte. Tenía seis dedos en una mano. Era alto, flaco, peludo, de piernas largas. Casi al mismo tiempo recordé algo que me erizó la piel; ahora lo pongo en dos palabras, pero en aquel momento no encontré ninguna: había muerto.

Sí, Ríos había muerto. Y a la vez era imposible: estaba ahí, se había amputado el sexto dedo...

Me quedé inmóvil, como suspendido en el aire; el movimiento del tren no me afectaba.

Dejé caer la cabeza contra el respaldo y volví a levantarla, ahora haciendo un gran esfuerzo para disimular mi contrariedad. Sentí que salía como de una bruma, tropezando todavía con mis propios pies.

Por supuesto, no podía decirle nada de esto a él. ¿Qué le iba a decir, "Ríos, creí que habías muerto"? Encogí una pierna y me abracé a la rodilla pensativo. "Tengo esta conversación con un amigo que murió hace años. ¿Puede ser que este en realidad no sea Ríos, que sea algún vago del barrio que se hace pasar por Ríos, alguien del que no recuerdo nada, al punto de confundirlo con otro, y que me está haciendo una broma?".

Ríos estaba al tanto de las novedades políticas y deportivas del momento, como si acabara de leer un diario. Fue una suerte que no incursionara en el terreno de nuestra juventud en Ramallo, porque a un dato de la actualidad se puede responder con gestos, con un

asentimiento, con un arqueado de las cejas, con una inclinación de la cabeza sobre un hombro y sobre el otro, como hacía yo, pero el pasado no acepta esta clase de comentarios ligeros, el pasado pide palabras y un esfuerzo para empujar hacia el presente la mayor parte posible de sí mismo, así que su soliloquio siguió adelante sin contratiempos. Mientras él hablaba, yo no hacía otra cosa que abrir puertas a un lado y a otro en el pasillo cada vez más angosto de la memoria en busca de una explicación al error sobre su muerte. No la encontré.

¿Era posible que alguien me hubiera dado alguna vez la noticia de que Ríos había muerto, y que nadie a posteriori hubiera corregido semejante “información”? Durante los primeros años desde que me fui de Ramallo seguí en contacto con muchos de los amigos de entonces, que venían a visitarme o a los que visitaba yo, lo que quería decir (lo reconozco con tristeza) que nunca había preguntado por él, y que nunca nadie había vuelto a mencionarlo, por lo menos en mi presencia. Entonces recordé algo que terminó de horrorizarme: el diario del pueblo, un periódico semanal de ocho páginas, había publicado un dibujo de Ríos en la tapa, a modo de homenaje y despedida!

Sí, había muerto, Ríos tenía que estar enteramente muerto.

Me levanté y fui a refugiarme en el baño.

Reaccioné diez minutos después, cuando alguien golpeó la puerta.

—¿Quién es? —pregunté como si estuviera en mi casa.

—Rubén.

—¿Quién?

—Ríos. ¿Está todo bien?

—Sí, sí, todo bien. Ahí voy.

—¿Necesitás algo?

Negué con la cabeza.

—¿Necesitás algo?

—¡No, Rubén, no, todo bien, gracias!

Un rato después escuché que el corazón me latía de nuevo. Ahora lo único que me faltaba era recuperar la cordura.

Salí del baño y me quedé un rato en esa especie de hall que hay entre vagón y vagón, retorciéndome los dedos. Desde ahí alcancé a ver, a unos cinco o seis asientos de distancia por detrás de Ríos, a una mujer vestida de verde, pulcra y seria, con la mirada perdida en la ventanilla. La conocía. Era una oportunidad inmejorable para averiguar si lo mío era una alucinación, o qué. Lo único que tenía que hacer era acercarme a ella y cruzar unas palabras intencionadas que desembocaran en Ríos.

Salí de mi escondite y fui a su encuentro.

Ríos levantó la vista cuando pasé a su lado y me siguió hasta donde le dio el cuello con los ojos bien abiertos, como si no entendiera adónde iba.

Me detuve al lado de la mujer y le pregunté:

—¿Sos vos? —No recordaba su nombre.

—¿¡Sergio! —exclamó ella después de mirarme unos segundos con desconfianza—. ¡Qué sorpresa, tanto tiempo! ¿Qué es de tu vida?

Me arrepentí en el acto. A pesar de su sonrisa, despabilada resultaba más fría que sumergida en el paisaje, con la luz de frente. Recordé que nos habíamos metido mano en el asiento trasero de un auto en medio del campo treinta años atrás, por lo que intuí que para llegar al tema Ríos iba a tener que pasar por más temas de los

que me creí capaz de soportar, y me despedí de pronto, como si el hecho de haberme detenido no hubiera sido más que una consecuencia del bamboleo del tren.

Seguí adelante. Durante el trayecto pasé al lado de tres o cuatro conocidos más; con uno de ellos crucé una mirada relámpago, con otro un golpe hacia arriba del mentón.

Ya en el último vagón me dejé caer en un asiento libre al lado de un anciano delgadísimo y muy elegante que miraba fijo un punto en el aire.

—Vea esa mosca —me dijo; por encima del respaldo del asiento delantero una mosca daba una función de saltos ornamentales con sus trapecios invisibles—, no está apoyada en nada, está en el aire, pero se desplaza a la misma velocidad del tren...

—Ahí se apoyó.

—Sí. Y si ahora la espantara, debería salir disparada para atrás y estrellarse contra la pared del fondo, ¿no?

—Sí, o sobre mi frente.

Decidí volver. Después de todo, Ríos no merecía ser ofendido así, ni él ni su fantasma.

Ya en mi vagón, al pasar al lado de la mujer de la que había huido un momento atrás sentí que alguien me pellizcaba un brazo. Me detuve. Era ella.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—En Capital.

—No, viviendo no: ahora.

—¡Ah! —Señalé hacia adelante—. Allá... —No podía creer que la ocasión de tocar el tema que me importaba se hubiera presentado así, mágicamente—. ¿Te acordás de Ríos? Estoy sentado con él.

—¿Ríos...?

—Rubén... El dibujante... El que tiene seis dedos... —dije haciendo una pausa entre un dato y otro.

Ella frunció el ceño sin quitarme la vista de encima mientras inclinaba la cabeza sobre un hombro con un movimiento lentísimo, pensativa, al cabo del que volvió a enderezarse y dijo:

—No, no lo tengo. ¿Vas de visita?

—Por hoy nomás —respondí decepcionado.

—Hacía mucho que no te veía.

—Sí, la verdad es que fue un gusto. Bueno, nos vemos. —Alcé una mano y volví a mi asiento.

Me desplomé en mi butaca y, para ganar tiempo, o mejor dicho para darme tiempo de procesar la realidad de los datos que manejaba, escasos pero contundentes y contradictorios a la vez, le pregunté por su vida. Si era él quien hablaba, yo podría pensar. Y *necesitaba* pensar. Como todo el mundo sabe, lo único que hay que hacer para pensar cuando otro habla es dejar que el significado de las palabras decrezca progresivamente hasta cero, al grado de un ronroneo. Ese era mi propósito.

Pero Ríos lo desbarató enseguida. Había vivido muchos años en una isla, Formentera, de donde huyó a la Coruña “en busca de un poco de salud”; de hecho, ahora mismo venía de ahí.

Lo que dijo Ríos

Durante años bebí como una esponja. Pero mi problema, al menos en esos primeros meses del año, febrero, marzo, no era el alcohol

sino la heroína, de la que me había descolgado poco tiempo atrás. Entonces un conocido mío, Gabriel, me invitó a pasar un fin de semana en su yate, que él mismo definía como “un club de yonkis en abstinencia”, en compañía de amigos suyos, todos desconocidos para mí, con nombres que sonaban a seudónimos y que tal vez lo fueran: Aspinal, Trixie, Curvo, Raga, Negrete, Almendro, Ricarlos, Gumy, Concho..., todos aparentemente ricos y, si me preguntás a mí, insalvables. Pasaban los fines de semana en el yate de Gabriel, de viernes a lunes, cuando la ciudad burbujeaba de tentaciones. Hacía meses que se internaban en el club. Yo iba por primera vez.

Anclados mar adentro, no había mucho que hacer; algunos tomaban cerveza, otros dormían, otros pescaban. Fumábamos todos: tabaco, hachís. El clima general era de tedio y sopor; hacía un calor extraordinario para esa época del año. “La gran canícula invernal de 1982”, titulaban los diarios. En determinado momento la chica llamada Trixie se tiró de cabeza al agua. Enseguida volvió a subir. No había terminado de apoyar los pies en cubierta cuando Curvo y yo, que estábamos sentados a estribor, uno al lado del otro, los dos somnolientos, vimos que un inmenso tiburón blanco sacaba la cabeza del agua con la boca abierta.

El tiburón dio una dentellada en el aire y volvió a sumergirse.

—Por poco —dijo Curvo.

Era un tiburón pesado, de labios del color del coral, y “muy lento”, según Curvo.

Trixie no se había dado cuenta de nada y no se lo dijimos. Pero cuando otra chica, Gumy, se paró en la borda, lista para zambullirse, le advertimos a dúo sobre lo que habíamos visto un momento atrás.

Gumy se quedó callada mirando el agua. Daba la impresión de estar decidiendo si nos creía o no. Tenía el cuerpo completamente embadurnado con protector solar y brillaba al sol como recién barnizada. Yo me quedé mirándola, en parte porque era muy bonita y en parte porque no podía creer que calibrara la posibilidad de tirarse al agua de todos modos. La abstinencia es la más loca de las drogas.

—No lo hagas —le dije en voz baja—. Lo vimos de verdad.

—¿Que no haga qué?

—Zambullirte.

Gumy se pasó las manos por la cara, barrió la transpiración y sacudió los dedos en el aire.

—¿Cuánto hace que lo vieron? —preguntó.

—Diez minutos, a lo mejor cinco.

—Ya debe estar lejos...

—Quién sabe —intervino Curvo de malhumor, quizá porque la chica no terminaba de creernos y la charla lo cansaba—. Pero si quieres sacarte la duda, pues adelante.

Entonces oímos el golpeteo, breve, de unos pies desnudos a nuestras espaldas, y uno de los dos negros del club, Almendro, pasó corriendo a nuestro lado y se clavó en el agua como una flecha.

A tres metros por detrás de nosotros estaba Ricarlos. Le había sacado una foto a Almendro y nos la vino a mostrar. La mitad del cuerpo de Almendro estaba sumergida; quedaban afuera las piernas juntas y los pies apenas encimados. Miramos la foto sin decir palabra hasta que Almendro emergió unos metros más allá y empezó a dar brazadas, alejándose del yate.

Gumy le gritó que había un tiburón, pero Almendro no la escuchó y siguió nadando. Acto seguido le gritó Curvo y también yo, y enseguida se acercaron los demás.

A unos treinta metros de distancia, Almendro se detuvo y empezó a nadar de regreso. Algunos le hacían señas, saltaban y agitaban los brazos. Otros se habían dispersado y vigilaban los alrededores.

Gabriel salió del camarote empuñando una pistola. Almendro nadaba rápido y con estilo, pero no escuchaba nuestros gritos; nadaba con los ojos cerrados, así que tampoco veía las señas que le hacíamos. De todos modos, en cuestión de segundos ya estaba otra vez a bordo. Lo pusimos al tanto del peligro que había corrido y no pareció inquietarse en lo más mínimo.

—¿Sí? ¿De verdad?

Esa noche cocinó Almendro. Cenamos en cubierta a la luz de la luna. Bebimos. Almendro habló de Casablanca, Aspal de Tarragona y yo de Ramallo. Empezábamos a bostezar cuando aparecieron unas botellas de bourbon y bebimos mal, con sed. No hay nada peor que beber con sed. Trixie vomitó.

—¿Alguno de ustedes tiene ganas de follar? —dijo después limpiándose los labios con un brazo—. ¿El argentino? ¿Dónde está el argentino?

—Aquí —dijo Curvo señalándome por encima de su hombro con el pulgar.

—¿Te apetece un polvo? —me dijo Trixie.

—Podría ser —dije yo.

—¿Alguien más? —preguntó Trixie.

—¿Te va una chica? —respondió Gumy.

—Por mí no hay problema —dije.

—Me gustaría una doble penetración —Trixie—. No te ofendes, ¿no?

Gumy negó con la cabeza.

—¿Sabes que nunca se la he metido en el culo a ninguna chica? —intervino Almendro.

—¿Eres gay? —dijo Trixie.

—Desde luego.

—¿Esto no está muy conversado? —pregunté.

—Un momento —dijo Trixie—. Almendro, ¿me estás cargando, como dice el argentino? ¿De verdad eres gay? ¡Estaba segura de que eras un machazo!

—Lo soy, lo soy —dijo Almendro—, pero puto.

—Vaya, qué interesante —dijo Trixie—. Macho, puto y virgen. Venga, veamos cómo lo resuelves. Tú no —me dijo a mí cuando empezaba a levantarme—. Cambio de planes.

Se tomaron de las manos como enamorados y bajaron al camarote.

—¿Esto es siempre así? —le pregunté a Curvo un momento después.

—No te creas —dijo él mirando el mar—. ¿A qué te dedicas?

—Cine. ¿Vos?

—Novela.

Pero los temas no nos interesaron, así que nos echamos de espaldas y nos pusimos a mirar estrellas. Gumy, que se había dormido, roncaba a nuestro lado como un varón. Aspinal nos pasó por encima con una gran zancada. Estaba tan borracho que no se le ocurrió que podía rodearnos.

—No les recomiendo dormir en cubierta —dijo—. Si se levanta viento y esto empieza a moverse, pueden caer al agua.

Tenía razón. Nos levantamos y bajamos con él. Gumy quedó allí dormida.

Un poco más tarde, pero no mucho más tarde, el yate, efectivamente, empezó a bambolearse. Yo seguía despierto, así que me acordé de Gumy y la fui a buscar.

El mar se había agitado, el viento silbaba, la luna se escondía, empezaba a llover; la naturaleza entera había entrado en acción. Pero Gumy no estaba donde la habíamos dejado. Di una vuelta completa al yate llamándola hasta que una voz me dijo que Gumy estaba allí. Dónde era “allí” no lo sé y tampoco importa. Era un yate grande, de más de veinte metros de eslora.

Al día siguiente, cuando me desperté, o despertándome todavía, salí a cubierta. Gumy desayunaba en compañía de Aspinal y de Almendro. El mar estaba otra vez tranquilo, el cielo limpio y el yate inmóvil, como apoyado en tierra. Durante la noche el frío se había hecho sentir, pero ahora hacía otra vez calor. De hecho, a mí me había despertado la transpiración; estaba empapado. Pregunté si alguien se había tirado al agua. Me dijeron que no.

Raga, Negrete y los dos tipos más viejos de la tripulación (Jujo, de unos cuarenta años, y Concho, de unos cincuenta) estaban inmóviles en posiciones de lo más extrañas, como de equilibrio forzoso, aunque agarrados con una mano a la baranda. En el suelo había pedacitos de pan y de sardinas. Raga, una marroquí con dreadlocks en el pubis, se mantenía agachada, totalmente desnuda, con un brazo adelantado, y giraba la cabeza a un lado y a otro lentamente, como a control remoto; los otros hacían más o menos lo mismo,

pero Raga se destacaba por su concentración y por la parsimonia de sus movimientos. Parecía en trance.

Pensé que practicaban taichi o algo por el estilo. Enseguida noté que un grupo de gaviotas revoloteaba cerca de ellos y que en realidad lo que hacían (ellos) era competir para ver quién agarraba una con la mano.

A mi lado, de pronto, Trixie dijo:

—¿Tú eres amigo de Gabriel?

—¿En qué sentido?

—¿Cómo en qué sentido? ¿Quién te ha invitado?

—Lo conozco hace poco —dije yo echándole un vistazo al mar—. ¿Por?

Trixie empezó a decirme algo, pero a mitad de camino abandonó y fue a unirse a la competencia de caza de gaviotas. Yo lo fui a buscar a Gabriel. ¿Podría volverme, podría volver a tierra? Sabía, Gabriel me lo había dicho el día anterior, que una vez a bordo no contaba empezar con excusas, con caprichos, con compromisos que se recuerdan de pronto; una vez embarcado, uno quedaba embarcado. Pero ahora creía haber entendido que si uno quería volverse no había problema, así que lo fui a buscar.

No lo encontré. Como dije antes, el yate era grande y Gabriel podía estar en cualquier parte: no necesariamente iba a encontrarlo en el camarote. Después de un rato yendo y viniendo —y distrayéndome de tanto en tanto con asuntos de los más variados, a pesar de la monotonía y el desinterés general que mostraban todos —, llegué a la conclusión de que Gabriel no estaba en la nave. La nave es el yate. En ese momento me pareció que estábamos en el espacio exterior, a años luz de distancia de mi patria, de mi casa.

Di la voz de alarma. “¡Gabriel no está, Gabriel se fue!”. A nadie pareció importarle. Me sentí tan idiota por haber gritado de esa manera que llegué a pensar que me habían puesto un ácido en la medialuna. Pero cómo, ¿no se dan cuenta?, pensaba. Estamos solos, Gabriel se fue, nadie sabe manejar el yate. Un rato después, cuando se dieron cuenta de que era verdad, empezaron a asustarse y me sentí mejor.

Aspinal tranquilizó a la tropa asegurando que Gabriel había ido a tierra a hacer unas compras y que volvería pronto. No era cierto —la lancha de auxilio seguía en su sitio—, pero todos le creyeron... y yo también. Seguramente había llegado alguien mientras dormíamos y se había ido con él. Fuera quien fuese el que lo había llevado, pronto lo traería de vuelta. ¿No es curioso que a ninguno de nosotros se nos haya ocurrido que Gabriel podría haber caído al mar? No, estábamos en abstinencia, el cerebro funciona de otra manera, no quiere completar lo que ha empezado. Yo me distraje en la contemplación de dos insectos: una abeja y una mosca, las dos posadas sobre el mismo pétalo de una planta de especie desconocida (para mí) en una maceta de procedencia también desconocida. ¿Quién la había traído? ¿Gabriel?

La maceta estaba justo en el extremo de la proa, a tal punto que podía deslizarse y caer al mar con el menor movimiento del yate... La mosca tenía una explicación, precisamente en la despensa, pero ¿de dónde había salido la abeja? Lo más probable era que hubiera zarpado con nosotros.

Entonces empezó a escucharse un rumor impreciso, continuo; podía ser el zumbido de la abeja, podía ser una brisa fina y elástica que avanzaba y retrocedía rozando los bordes del yate. Pero las

velas, aunque recogidas, no se movían, y la abeja descansaba tranquilamente sobre un pétalo. Miré a mi alrededor; el agua estaba quieta, el cielo despejado. ¿Qué era eso que se oía?

Agarré por un tobillo a Aspinal cuando pasó a mi lado y le pregunté si no escuchaba algo.

—¿Algo como qué?

—No sé, ¿un ventilador?

—¿Un ventilador?

—O una aspiradora.

Nos quedamos quietos un momento, atentos, yo todavía con la mano en su tobillo. Aspinal se soltó y se alejó sin decir nada.

Bajé al camarote, me tiré en la cama y traté de dormir. No lo conseguí. Pensaba en la posibilidad de que algo en el yate estuviera funcionando mal, así que me levanté y lo recorrí de un lado a otro. Los motores estaban apagados. Volví a cubierta y me senté otra vez en la borda. Ahora el rumor era un poco más alto. Se me ocurrió que tal vez lo producía una tormenta en formación, por encima del cielo.

Me miré los pies, sacudí los dedos, escupí. Cuando levanté otra vez la cabeza y miré a lo lejos, la línea del horizonte acababa de romperse.

Era una protuberancia, una mancha oscura que parecía ondular. Pensé en un grupo de ballenas. Sí, seguramente eran ballenas, pero igual fui en busca de los binoculares. Era un barco. A un lado y a otro del barco —a cierta distancia de él, como escoltándolo— había dos puntos muy pequeños que por momentos se veían oscuros y por momentos soltaban destellos color plata.

Bajé los binoculares para mirar directamente y descubrí a Curvo sentado a un metro de mí. Él también tenía binoculares y miraba lo

mismo que yo.

—¿Son barcos?

—Sí, tres o cuatro, todos alrededor de uno bien grandote. Ahora cinco. Seis.

Volví a mirar.

—¿Te parece que vienen para acá? Quiero decir *¿directamente* para acá?

—Sí.

—¿No tendríamos que hacer una señal, decirles dónde estamos?
Asintió.

—El problema —dijo— es que Gabriel se ha ido. ¿Tú sabes manejar el radio?

—No. ¿Y si tiramos una bengala?

—No he visto que haya ninguna bengala a bordo.

—Debería haber. ¿No es obligatorio llevar bengalas?

—¡Guau, el tamaño de ese barco!

Un par de horas después estábamos todos en cubierta mirando para el mismo lado. Los binoculares volaban de mano en mano.

Raga fue el primero en darse cuenta de que el barco no era un barco sino un portaaviones. Eso explicaba su tamaño en relación con los otros. Algunos navegaban a los costados del portaaviones y otros por adelante.

Trixie encontró dos bengalas que lanzamos una tras otra, sin ninguna modificación visible en el rumbo del portaaviones y de su escolta.

En mar abierto, sin ningún punto de referencia, los veíamos navegar de lado, como si avanzaran escorados, ofreciéndonos una cierta perspectiva de ellos, pero avanzando derecho hacia nosotros.

Concho era el que estaba más tranquilo (decía que la flota iba a pasar a kilómetros de donde estábamos), pero el resto empezó a entrar en pánico, algo que sucede poco a poco y a veces de golpe; este era el caso. Unos iban de acá para allá; otros bajaban y subían y volvían a bajar, buscando quién sabe qué, y se llevaban unos a otros por delante en las escalerillas; alguien intentó poner el motor en marcha, tras lo cual llegamos a la conclusión de que el yate no tenía combustible y que ese error era justamente lo que había ido a corregir Gabriel. ¿Cuánto tiempo más tardaría en regresar con los galones necesarios para poner en marcha el yate y huir? Trixie pronosticó que la flota nos pasaría por encima en tres horas.

Ni Trixie ni Concho se equivocaron: tres horas después teníamos a la flota encima. Cerramos los ojos. Incluso los que, al contrario, los abrieron más que nunca, no alcanzamos a ver nada, aparte de una pared de hierro altísima decorada con cañones y lanzamisiles y un enjambre de pequeños aviones seguramente repletos de bombas, contra la que nos recortábamos como una pulga contra una montaña.

La flota pasó a varios kilómetros de distancia de nosotros —ante semejante tamaño, nada era lo suficientemente lejos; el portaaviones era tan grande que tuvimos la sensación de que podíamos estirar un brazo y tocarlo—, el oleaje nos hizo bambolear de tal manera que estuvimos a punto de naufragar. Nunca había visto algo así. Los puntos sobre las íes de su nombre, estampado a babor, *Invincible*, eran más grandes que nuestro yate.

Unas horas después vimos el resto. Un nuevo portaaviones, ocho destructores, quince fragatas, veinticinco buques tanque, dos buques de asalto anfibio, seis buques para desembarco de tanques,

un rompehielos, tres dragaminas, y los periscopios erectos de seis submarinos.

—¿Alguien sabe adónde va todo esto? —preguntó Concho—. Supongo que no lo habrán arrojado al mar así porque sí.

Desde luego (digo desde luego pero esto lo supe después) era la flota inglesa que iba a atacar las islas Malvinas. Sí, podría haberlo deducido, porque estaba al tanto de lo que ocurría, aunque vagamente, pero entonces ocurrió algo que nos distrajo de la intriga por la flota: Gabriel salió literalmente volando del agua, no como un superhéroe, más bien como si algo o alguien sumergido acabara de pegarle una patada en el culo, y cayó en la popa despatarrado.

—Pues que vi una abeja sobre aquella puta planta —dijo ni bien se sintió capaz de hablar—. Todos ustedes dormían, y yo me pregunté: ¿Qué hace una abeja a kilómetros de la costa? ¿Puede una flor tan pequeña atraer a una abeja a semejante distancia? Evidentemente sí, me dije, a menos que se trate de una abeja perdida que de casualidad encuentra una balsa y polen en el mar. Y quise espantarla. La abeja describió un ocho y al completar el dibujo del número me picó. Acto seguido, en lugar de soltarse, dejándome clavado el aguijón, me arrastró al fondo del mar. Tomé conciencia de lo que ocurría cuando me vi en el interior de una burbuja, una gran burbuja oval adherida al lecho marino. Estaba todo muy oscuro. Palpé las paredes aterciopeladas de la burbuja —no era una burbuja de aire, aunque sin duda estaba llena de oxígeno— y di con algo metálico que me pareció eran unas gafas. Me las puse. ¿Qué otra cosa podría hacer quien ha sido arrastrado al fondo del mar por una abeja y encuentra unas gafas en el interior de una burbuja? Enseguida empecé a ver con claridad. Frente a mí había un

botoncito rojo que decía en letras de imprenta PUSH. Lo presioné y la burbuja empezó a moverse. Subía. Subió lentamente, balanceándose, y apenas rozó la superficie estalló, arrojándome al agua. Nadé hacia el yate, impresionadísimo con lo que acababa de ocurrir. Cuando llegué, descubrí que no tenía por dónde subir. Grité. Nadie me escuchó. Hice un trompo con las piernas y me impulsé hacia arriba estirando los brazos, pero no estuve ni cerca de alcanzar la borda. Lo intenté de nuevo. Con el tercer fracaso me di cuenta de que al caer me hundía más de lo que subía al impulsarme, así que decidí no intentarlo más, al menos por el momento: tenía que dosificar la energía o terminaría ahogándome. Tomé aire, me estabilicé, miré alrededor, suspiré y alcé la vista hacia la borda... Cuarto fracaso. Di una vuelta al yate con la esperanza de encontrar una cuerda, algo, cualquier cosa que el viento hubiera dejado colgando. No había nada. Empecé a desesperarme. Volví a gritar. ¡Vaya sueño el que tienen ustedes! Pero gritar me cansaba más que nadar. Di otra vuelta al yate. No debería haberlo hecho, porque ahora, además de estar desesperado, empezaba a dolerme la cabeza. Era insólito. No podía creer que en una situación como esa me doliera la cabeza. Hice la plancha. Por suerte no me había olfateado ningún tiburón, no se había levantado viento (el mar era un espejo, y de hecho me vi reflejado en las estrellas) y el mar me permitía flotar sin ningún esfuerzo, a tal punto que en un momento tuve la sensación de estar en la cama, soñando. Un relámpago a lo lejos me puso nervioso, pero no pasó a mayores. No se veía ni se oía nada. Y de pronto empecé a escuchar el zumbido de la abeja. Venía de lejos. En cuestión de segundos lo sentí primero sobre una oreja y después sobre la otra, como si acabara de dar alrededor de

mi cabeza una vuelta de reconocimiento; finalmente se apartó y cesó. O la abeja se había posado en la flor a esperar que amanezca para darse una panzada, o en la baranda de popa y me miraba. “¿Y?”, escuché. La escuché perfectamente: sí, estaba parada en la baranda de popa. Y además de mirarme, me hablaba. No tuve ninguna duda de eso, pero me hice el desentendido. “¿Y?”, volvió a preguntarme, “¿qué se siente?”. “¿Qué se siente?”, repetí yo.

“Hasta ese momento no me había parecido nada raro que la abeja hablara, pero me irritaban las pausas que hacía. Se tomaba su tiempo. A lo mejor no le resultaba fácil hablar. Debe ser difícil ser tan pequeño y hablar en castellano; si a mí en esa situación me hubieran dicho que hablara el lenguaje de las abejas, no lo hubiera conseguido. El hecho es que la abeja hacía pausas larguísimas. Me ponía nervioso. A esa altura del partido confiaba en entablar un diálogo razonable con ella, en lugar de verla aprovecharse así de su poder sobre mí. Cuando uno está en el agua, de noche, sin ninguna posibilidad de subir al yate del que ha caído, la compañía de una abeja no es nada al lado de la tortura de sus pausas al hablar. Debo haberle preguntado “¿Qué se siente en qué sentido?” unas diez o quince veces y nunca me respondió. Cuando por fin abrió la boca lo que dijo fue: “¿Sabés lo que voy a hacer con tu florcita cuando salga el sol?”. “No, qué”, le pregunté.

“Hizo otra pausa. Como las anteriores, duró varios minutos. Esta vez me resultó imposible esperar la respuesta. Le pregunté si había algo que quisiera negociar. No se me había ocurrido. A lo mejor la abeja quería que llevara la flor a tierra y se la regalara, a cambio de mi vida. Para mí cualquier cosa que dijera habría estado bien. Repetí la pregunta, porque la abeja no se dignaba responder.

“No”, dijo después de la pausa más larga desde que habíamos entablado conversación. “La verdad es que no hay nada que negociar. Yo soy de otro planeta. Estoy acá porque se me rompió la nave. Provisoriamente me alimento con polen, no tengo otra alternativa, pero hoy a la mañana vos me quisiste matar. Y yo no tengo buena onda con la gente que quiere matarme”.

“Se hizo un silencio.

“Juro que me dejás helado”, le dije. “¿Viste? Es así”, dijo ella y se lanzó frenética sobre los pistilos de la flor. “¿Qué es lo que quieres? Hablemos, por favor. ¿Qué quieres? ¡Habla!”, insistí. “Bajá el tonito”, dijo la abeja, “necesito una tenaza”. “¿Una tenaza? ¿Y de dónde voy a sacar una tenaza?”, pregunté. “Tenés una acá abajo. ¿Me preguntás qué es lo que quiero? Te lo estoy diciendo. Necesito que agarres la tenaza, que bajes hasta la nave, la mía, la que está en el fondo del mar, y me ajustes una tuerca. Ajustás la tuerca y te vas a tu casa y yo a la mía. Si no, te podés ahogar tranquilo. Elegí”.

“Elegí lo que ella proponía.

“La abeja me agarró de la nariz y me subió al yate.

“Si levantás la perdiz te tiro al agua y arreglate”, me dijo.

“Yo había pasado tantas horas en el agua que estaba completamente aterido. Apenas si podía sostenerme sobre los pies. Haciendo un gran esfuerzo, fui a buscar la tenaza. Y efectivamente: la encontré donde había dicho la abeja.

“¿Estás listo?”.

“Asentí. La abeja me agarró de un dedo y volvimos a sumergirnos. El viaje fue en todo igual al anterior: la misma velocidad, la misma burbuja, las mismas gafas. Pero la abeja no estaba por ninguna parte. Esperé un rato y, como no aparecía, presioné el botón que

decía PUSH. Segundos después estaba otra vez flotando al lado del yate. La abeja me sobrevolaba la cabeza, enojada.

“¿Qué hacés? ¿No viste que estaba ahí?”.

“Le juré que no. “¡Estaba en una burbuja al lado de la tuya! ¡Me volví loca haciéndote señas! ¡Tenés que prestar un poco más de atención!”.

“Volvimos a sumergirnos. Me puse los anteojos y esta vez la vi, pero no me extrañó que no la hubiera visto en la inmersión anterior: la abeja flotaba en una burbuja muy pequeña, del tamaño de su cuerpo; si no me hubiera dicho que prestara atención no la hubiera visto nunca. El caso es que ahí estaba. Con un ala señalaba algo a mi derecha. Miré a la derecha y no vi nada. Me volví hacia ella y le indiqué por señas que no veía ninguna tuerca, y además me había olvidado la tenaza. Subimos a buscarla.

“¡Imbécil!”, dijo la abeja, “¡a tu derecha, mirá a tu derecha, a tu derecha, ahí vas a ver una tuerca, estirá un brazo y ajústala!”.

“¿A mi derecha en el interior de la burbuja o fuera de ella?”, pregunté. “¡Afuera, afuera! ¿Cuándo viste una tuerca adentro de una burbuja?”, respondió. “Pero si estiro la mano con la tenaza, la burbuja se puede romper, y la presión me mataría...”, dije. “No se va a romper, es de una materia irrompible: ¡es aire! ¡El aire no se rompe!”.

“Bajamos otra vez. Siguiendo las indicaciones de la abeja, vi que, efectivamente, había una tuerca a mi derecha, por fuera de la burbuja, pero ni señales de una nave ni de nada que se le pareciera. Era apenas una tuerca, una tuerca sola, flotando en el agua como un pedacito de goma... Había dos posibilidades: o la nave era invisible, o la tecnología de la civilización de la abeja había llegado a

un refinamiento tan extremo que ya viajaban sin vehículo, llevando de él nada más que una pieza.

“¿Y por qué no? Cuando decimos “una civilización extraterrestre muy avanzada” la medida somos nosotros, en el punto más alto y agudo del presente. Permitidme una digresión mientras ubico la tenaza en la tuerca... Pocas ideas han evolucionado tanto como la idea de “espacio”. Es una idea históricamente insulsa que ha llegado a ser “uno de los platos más succulentos y ricos del pensamiento contemporáneo”, como dijo Dalí, a tal punto que sus tres insípidas dimensiones terminaron por incluir el Tiempo. En el espacio exterior, donde no hay ancho, ni altura, ni profundidad, el Tiempo es su única dimensión. Esto permite suponer que, si los seres humanos, al ir para allá, cargamos todavía (por educación) con la mochila de las viejas tres dimensiones, una civilización que venga de allá para acá sería solamente Tiempo, por lo que no tendría ninguna necesidad de construir una nave completa, sino apenas proveerse de alguna pequeña pieza insignificante de la misma para realizar con éxito viajes infinitos.

“Me persigné.

“Coloqué la tenaza en la tuerca y le di unas vueltas hasta que quedó ajustada. La abeja me aplaudió con las alitas. “¿Y ahora?”, le pregunté por señas. Me indicó que tocara el botón. Lo toqué y volví a subir. Ya en la superficie, la abeja me depositó en el yate —no de modo muy agradecido que digamos, como habrán visto— y se sumergió sin despedirse, apurada por volver a su planeta. Bueno, eso es todo. Llegamos.

El tren acababa de detenerse.

Ríos y yo bajamos y caminamos callados por el andén. Ya afuera, estreché su mano con aprehensión y aun así con fuerza y nos fuimos cada cual por su lado; una despedida rápida, sin aclaraciones, sin epílogos, era justo lo que necesitaba. Encaré la avenida principal.

Me bastó un vistazo para saber que el pueblo no había cambiado. Nada de nada. No soy de los que vuelven a un determinado lugar después de una larga ausencia y esperan encontrarlo distinto, pero estaba todo tan igual que era imposible no advertirlo.

No había nadie, mirara donde mirara. Eran las dos de la tarde, hora más que suficiente para una siesta; en eso estaban todos, sin duda.

Me instalé en un hotel. Era un hotel bastante angosto, con una pequeña sala de recepción atiborrada de sillones en los que parecía no haberse sentado nunca nadie y que dificultaban el paso, y una decena de mesas con una esfera de vidrio cortada por la mitad en la que flotaba una rosa llamativamente fresca, a menos que fuera de plástico. La habitación era todo lo contrario, despojada, básica. Me di una ducha, me tiré en la cama y durante un rato bastante largo no supe qué hacer, ni qué hacía ahí. A la izquierda del hotel había un taller mecánico; se escuchaba un soplido regular de aire comprimido.

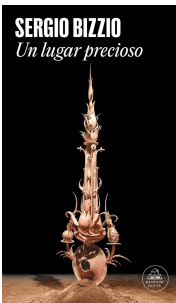
Salí a caminar. Pasé frente a la casa donde nací y frente a la casa donde quizá todavía vivía Iris, mi amor de la adolescencia, sin detenerme en ninguna, aunque me vi en las dos; apuré el paso.

Es notable lo poco que hay para hacer en el pasado. Volví al hotel y dormí una siesta con el televisor prendido. Más tarde pedí un remís y fui al río, donde hay un balneario. Atardecía. Me senté en lo alto de la barranca, con las piernas colgando, y me quedé ahí hasta que

se hizo de noche. Entonces decidí volver, volver a pie. Un caminito que subía y bajaba me llevó a una calle de tierra, con casitas aisladas allá y acá, todas a oscuras. Una hora después llegué al pueblo. El pueblo también estaba a oscuras, completamente a oscuras y como encapsulado en un silencio sensible al tacto. No se movía nada: ni gente, ni autos, ni animales, ni las hojas de los árboles; había viento, sí, pero era tan espeso que estaba igual de inmóvil que todo lo demás.

Mientras buscaba el hotel las luces empezaron a encenderse, tímidamente, como haciendo fuerza, y por un instante lo consiguieron: sonaron radios, televisores, alarmas. El encendido no duró nada, pero alcanzó para que me orientara.

Ya en el hotel, el conserje me confirmó que desde hacía unas cuantas horas había un corte total de energía eléctrica. Y se sonrió. Una sonrisa demasiado amplia y demasiado estrecha a la vez. Tenía las manos enlazadas sobre el mostrador y hacía girar los pulgares uno alrededor del otro como electrones.



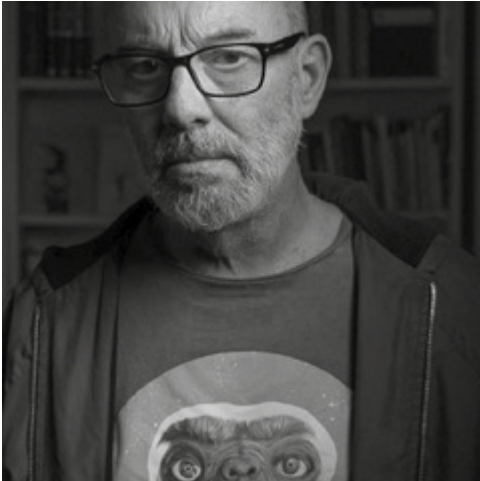
«Una escritura precisa y llena de detalles de gran belleza, despojada de toda ironía teórica».

Flavio Lo Presti

Dos *nouvelles* totalmente distintas entre sí (las vacaciones de una pareja que en la playa se encuentra con una conocida inesperada, la insólita naturaleza pueblerina de las abducciones marcianas) conectan sin embargo por la idea paranoica de que acercamiento e invasión funcionan como sinónimos.

Un lugar precioso designa tanto el espacio conocido de la casa en la playa como el de un universo paralelo y simultáneo al que se accede cruzando la membrana cristalina de una burbuja. Pero ¿qué estrategia, por más compleja que sea, puede emplearse para enfrentar con éxito las sorpresas del destino, que nos pone a prueba ante la incómoda presencia de una persona o la perturbadora familiaridad con un ser de otro planeta?

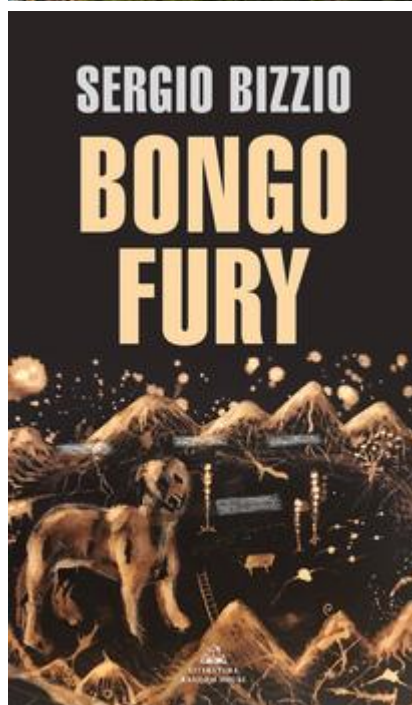
En la irreverente literatura de Bizzio, al placer fenomenal de la frase escrita puede seguirle un crujir de nervios astillados, y al idilio, un infierno de burocracia interestelar.



SERGIO BIZZIO

Nació en Villa Ramallo, en 1956. Publicó las colecciones de poemas *Gran salón con piano*, *Mínimo figurado*, *El abanico matamoscas*, *Paraguay* y *Te desafío a correr como un idiota por el jardín*; las novelas *El divino convertible*, *Planet*, *En esa época* (Premio Emecé), *Rabia* (Premio Internacional de la Diversidad, España), *Era el cielo*, *Realidad*, *Aiwa* (Premio Municipal), *El escritor comido*, *Un amor para toda la vida*, *Mi vida en Huel*, *Diez días en Re*, *Perdidos*, y los libros de cuentos *Chicos*, *En el bosque del sonambulismo sexual*, *Dos fantasías espaciales*, *La pirámide*, *Tres marcianos*, *La conquista*, *Iris* y *Construcción* (Premio Nacional) y *Bongo fury*. Es autor de las obras de teatro *Gravedad*, *La China* y *El amor* —las dos últimas en colaboración con Daniel Guebel, con quien también escribió la novela *El día feliz de Charlie Feiling*—. Varios de sus relatos y novelas fueron adaptados para el cine en Argentina, Brasil, España y Francia. Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, árabe, portugués, hebreo, búlgaro, holandés, bengalí, ruso, alemán y mandarín.

Foto del autor: © Alejandro Meter



Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Bizzio, Sergio

Un lugar precioso / Sergio Bizzio. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Random
House, 2024.

(Random House)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-769-356-0

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Obra de tapa: Nicola Costantino, *Fuente de la vida*, "El verdadero jardín nunca es verde", 2016

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

© 2024, Sergio Bizzio

By arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt
am Main, Germany

Edición en formato digital: abril de 2024

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-769-356-0

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: [penguinlibrosar](#)

Twitter: [penguinlibrosar](#)

Instagram: [penguinlibrosar](#)

Índice

Un lugar precioso

Les había dicho que estaba bueno y fueron para allá

Epílogo

Radiografía de la pompa

Primera parte

Marcianos muertos

En busca de Keith Medina

Segunda parte

El cine

El abducido

Tercera parte

En el tren

Lo que dijo Ríos

Sobre este libro

Sobre el autor

Otros título del autor

Créditos